

# ***TIEMPOS MODERNOS***

*Escrito en 1998*

**TOMÁS LÓPEZ ALONSO**

**tla.libros@gmail.com**

**Reg. Propiedad Intelectual 02 / 2016 / 2654**

**<https://sites.google.com/site/tlalibroses>**

## ÍNDICE DE HISTORIAS:

<i>TIEMPOS MODERNOS</i> .....	3
<i>SUEÑOS Y REALIDAD</i> .....	81
<i>ALGUNOS RATOS EN EL ZOO</i> .....	98
<i>UNA JOVEN Y UNA MUJER</i> .....	107

# ***TIEMPOS MODERNOS***

## ÍNDICE:

CAPÍTULO I .....	4
CAPÍTULO II .....	29
CAPÍTULO III .....	56

## CAPÍTULO I:

Suena pesado el teléfono, run run de continuo para molestar a Jose.

- ¡Hostia!

Continúa frenético, aburrido y hasta insidioso aquel mecanismo ideado por el maldito Bell.

- Ya va, ya va. Las once aún y seguro que será de nuevo el pesado de Alberto.

¡Sí!

- Jose, muchacho, ¿cómo la llevas?

- ¿Sabes qué hora es?

- Sí, las once, perdona, llevarás tres horas apenas de sueño. Fue gorda la de anoche ¡eh Jose!; por favor, tengo que verte ahora mismo.

- ¿Qué? ¿Has tomado algún *tripi* o qué? ¡Chalao!

- ¡Espera, espera! ¡No cuelgues, por Dios! Te tengo que ver. Tú eres mi amigo ¿no? ¡El mejor! -Un Sííí entre conformista y claudicante resonó por la línea de teléfono).- Por mí, por mi vida, he de verte ahora mismo. Esta noche debes de hacerme un favor.

- Pues ya me dirás esta tarde ¡coño, Alberto! ¿Te has vuelto majareta porque te lo pudiste montar con aquella pelirroja? Puri se llamaba ¿no?

¡Sí! Pero Alberto, no puede esperar hasta la tarde el tema, bueno, mi tensión. Voy a reventar. Déjame decírtelo ahora mismo y así me dejarás el halo de la tranquilidad.

- ¿Te has vuelto poeta?

- ¡Es que no se lo que me digo, joder! Voy para tu casa.

- ¡Oye, Dios, Alberto, no, no y no! ¡Mierda! -Este ¡Mierda! indicaba que había colgado y que Alberto venía hacia su casa. Le conocía bien, no pararía de aporrearle la puerta, de llamarle, mejor dicho, de gritarle, de

avisar incluso a los vecinos. En fin, de armar un escándalo hasta conseguir que le abriera. «¡Mierda! -se decía de nuevo-, *este Alberto está loco, bebe demasiado y abusa de alguna que otra pastillita. Cualquier día explota; lo peor es que lo hará delante mío y alguna agria consecuencia me dejará como herencia.*»

Volvía a mirar el reloj. Amargamente marcaba las once, algo más. Algo más su benéfico sueño hubiera caminado por los buenos caminos de Dios si Alberto, el de siempre, en fin, su amigo, no se hubiese metido de nuevo en algún lío. Era un chaval de veintiséis años, hipertenso por naturaleza, por carácter. Si no era una borrachera, era una tonta pelea; sino era un lío de una nueva falda, era un cuelgue por el que había que llevarlo a casa y disculparse «*de las amistades de su hijo*» que proferían sus padres, unos adinerados personajes de nuestro maravilloso mundo.

Jose conoció a Alberto en la facultad de económicas y la amistad con un niño pijo no le incomodó en absoluto porque su franqueza, aunque infantil, era verdadera. En los estudios hay que hacer pronto amistades por diversas razones, y una de las no menos importantes es la de poder tener al día todos los apuntes de clase. Ellos son la guía en este mundo tan bien organizado, donde la espontaneidad de la lectura no resulta ya rentable. Y los fines de semana son tan traidores, que se necesita de alguien para que por ti responda ante el dictado. Aunque no resultó muy buen fichaje, el de Alberto, para estos cometidos. Más bien al contrario, porque él aumentó el número de juergas y la duración de las mismas en Jose. Necesitaba su alma infantil, la de Alberto, moverse continuamente, variar su objetivo casi cada día. Era explicable porque un espíritu pobre como el suyo provenía de unos padres consentidos que estaban emborrachados por los billetes de banco. Sin embargo, Alberto era un trozo de pan, un crío con años, y cuando te

miraba con aquellos pequeños ojos, tras sus gafas de concha, no podía más que claudicar Jose frente a sus peticiones.

Ante tal resultado hubo de buscarse Jose otro aliado, ¿y qué mejor que el de una rubia de buena delantera y de buenas costumbres que nunca falta a clase? Desde la proposición, faltó como Jose y Alberto, y en el primero aparecieron las ojeras provocadas por los actos de la casi una ninfómana. La enfermedad no iba con ella, porque su objetivo sexual, por ahora, era único. Jose y Lurdes (*Lu*) salieron desde entonces. El problema de los apuntes apenas quedó resuelto con el resto de compañeros, que eran para la panda, poco más que la gente de la calle. Sus miradas asesinas se clavaban siempre sobre el que pedía los apuntes. Por eso se turnaron los tres en el mercadillo.

Con actitud lenta y molesta, Jose se levantó. Era inevitable la situación, Alberto vendría. Ya solo pedía que el escándalo sonoro, que iba a organizar su gran amigo a la hora de presentarse, fuese menor de lo acostumbrado. La cuestión no era de protocolos; con que las consecuencias fuesen como las de la última vez, se sentiría conforme. Pero algo le indicaba el tono de Alberto por teléfono, que era gordo de nuevo lo que tenía entre manos y seguro que no iba a ser un buen negocio para ambos. No pudo apreciar mas que la señal de aviso, pero estaba claro lo que se les venía encima. A pesar de su fuerte dolor de cabeza, de su gran sueño, de su gran despiste, pudo captar, en el tono vocal de su amigo, el cabo de una nueva madeja.

Estaba desechando por el inodoro lo que a la naturaleza parece no servirle, o en estos tiempos de la nueva química, lo que su cuerpo creía que debía rechazar inmediatamente para evitar un mayor contagio biológico, cuando Alberto ya estaba en su puerta armando el desatino.

- ¡Jose, Jose, Jose, abre, coño! ¿Dónde estás?

- ¡Mierda! -más todavía- ¡Ya voy, espera dos minutos que me limpie, que ni cagar dejás!

¿Qué hubiera opinado en estos instantes Quevedo? No hubiera opinado, habría definido: «*Qué jóvenes más gilipollas*».

- ¡Hostia, Jose, abre, maldito!

- Ya vale, ¿no sabe guardar la educación? -le amonestó un vecino que bajaba.

- ¿A usted qué le importa? Y tanto que la tengo guardada, porque jamás la uso.

- ¡Alberto!, no me líes -abriendo Jose la puerta.- Trata bien a mis vecinos al menos. Perdona señor Juan, está un poco fuera de sí mi amigo; tiene un pequeño problema que no puede controlar.

- Existen tantas cosas que deberíais controlar, semejante juventud.

- ¡Calle, fósil, pazguato!

- ¡Alberto!

- Te doy una galleta mocososo -y recibióla el tonto de Jose al interponerse entre los dos caballeros del torneo.

- ¡Perdónele, señor Juan!, ¡por mí! Ya me conoce que si le digo que existe un poco de alteración entre nosotros, es porque existe una explicación.

- ¡Explicaciones! Más vale que tú, que el año pasado te creía un joven digno, te dejases de las nuevas amistades de este año. Con ellas no paráis de armar algún follón todos los fines de semana: músicas, jolgorio, ruido, pero ya no aguantaré más y llamaré en la próxima ocasión a la guardia urbana.

- Señor Juan...

- Ni señor Juan ni señor Cojones, ¡adiós!

- Pasa Alberto -clavándole los ojos y empujándolo hacia el recibidor de su piso-, algún día te mato.

- Pero no ves Juan que es un simple vejestorio.

- Es mi vecino y yo lo tengo que aguantar cada día, ¿sabes?, ¡cada día!, y tú no estás aquí siempre para contenerlo.

- ¡Jose, Jose, estoy perdido!

El rostro infantil de Alberto volvió a ser el de siempre, aquel que le clama compasión y ayuda, un rostro en el que no se aprecia la hipocresía ni cualquier otra afectación. La demanda de un ser como el de su amigo, en esas condiciones, es preciosa desde el punto de vista estético. No se le podía negar nada entonces, al menos el corazón suyo claudicaba con la lágrima más fácil. Era como no acudir a la atención que reclama el bebé llorando.

- ¡Venga, Alberto, tranquilicémonos!, ahora me lo cuentas todo, pero antes déjame lavarme un poco, y después del café, ¡después, eh!, ¡antes no!, me cuentas el nuevo coño de tu vida.

- ¡No, ahora!

- He dicho después del café -cogiéndolo fuerte por los hombros, y mirándole enérgicamente, pudo calmar un poco su estado, que ya alcanzaba el descontrol-. Tómate un cigarro, ahí tienes, y un whisky si quieres, ¡uno más qué importa! Te traigo ahora hielo.

- No, no, Jose, café también, aguantaré, pero ve rápido.

- Poco más de diez minutos.

- ¡Diez minutos!

- Diez, Alberto, pero ¡chitón!

- ¡Chitón, papi!

- Así me gusta, ya me llamas por el mote de camarada. Todo se arreglará. No será nada.



- ¡No, no, es una locura, yo me muero! -Jose comprendió lo estúpida que había sido la última parte de su conversación, porque encendió de nuevo el fuego como si la pólvora fuese la leña para arder.

- ¡Mierda puta!, no he dicho nada, aunque te vayan a asesinar hoy mismo, preciso de diez minutos, ¡chitón, Fito!

Cuando en algunas situaciones delicadas, el padre se impone con su dureza sobre el hijo compungido, pero siendo capaz de acompañar con un mínimo de detalle cariñoso la reprimenda, el vástago adquiere de nuevo la esperanza perdida y se le hace posible el alcance de cierta tranquilidad, al saber que su situación está entre las mejores manos. Pudo por fin lavarse y preparar el café, que acompañó con unas galletas inglesas. Hasta tuvo el gusto de adelantar el café, Jose, presentando este neurótico desayuno en unas bonitas tazas chinas, auténticas al parecer; al menos, estéticamente eran de delicado equilibrio.

Mientras a leves sorbos iba digiriendo el café Jose, observaba, entre bocadito y bocadito de galleta inglesa, el no parar de Alberto.

- Tómate el café -le dijo con un tono suave, pero firme.

En el acto se echó café el hijo y sin azúcar se zampó el contenido en medio sorbo.

- Así no vamos bien, debemos de templar los nervios antes de que me plantees tu historia.

- En vez de café tenía que haber tomado algo más fuerte.

- ¡Alguna guarrada de las tuyas! Como te vea de nuevo con alguna pastillita, te pego cuatro hostias. En ti, el resultado de ellas es más que imprevisible.

- Tienes razón. ¡No!, apenas ya tomo.

- ¡Eso espero!

Mientras le hizo esta aseveración, Jose continuaba persiguiéndole con la vista para que fuese el temor, sino era capaz el raciocinio, el que consiguiese el resultado de su promesa.

- Bien, habla, explícate.

- ¿Cómo empiezo? ¡Dios! ¿Cómo empiezo?

- Pues después de que te fuiste con la *hippy* pelirroja.

- Era teñido.

- ¡Bueno, eso cantaba como nada! ¿Pero qué importa el origen del color? Joderías con una de pelo rojo, ¡por fin!, eso es lo que importa, y tan jovencita. Que se pirran por tus huesitos y magritas, Alberto. Cualquiera chica. ¡Te envidio! Con esa cara infantil las desmagras, las humedeces enseguida -y eso que no llovía ayer (*cita del narrador, que ya está un poco harto de ciertos comentarios en semejante diálogo*).

- ¡Bah!, preferiría tener una Lu como tú, una chica fija y responsable, no vagar como yo “como se dice vulgarmente” -(*las comillas son del narrador*)- de flor en flor.

- ¡Ja, ja! No me hagas reír. Lu y yo salimos, sí, pero cada uno es muy libre. No es que nos engañemos, pero tampoco la cosa va más allá del mero follar. ¡Sí!, existe cariño muchas veces, pero ambos tenemos bien claro el compromiso de la independencia. Así no tenemos nunca problemas, al no estar atados, por lo que las discusiones apenas surgen entre nosotros. Que un día uno decide irse solo de viaje con sus amigos y amigas, ¡bien! ¡Qué pasa! Natural como el yoghurt. El éxito de la pareja actual es ese, atados pero desatados.

- Por eso hay más divorcios que nunca, pero os envidio, os envidio, ¡Dios! -y en eso revienta entre lloros y dando golpes a las cosas de su alrededor. Se abalanzó asustado sobre él Jose para contenerle, pues ya le había tirado todos los objetos que había en una repisa a su lado, junto al

brazo derecho del sillón donde estaba sentado. -¡Calma, calma, Alberto!, estoy yo aquí para ayudarte; vale, vale, ¡venga!, ahora me cuentas.

Comprendió Jose que el argumento de su amigo podría ser más serio de lo que pensaba. Tuvo que amortiguar un fuerte estremecimiento, que comenzaba a recorrerle todo su cuerpo, para evitar efectos imprevisibles sobre Alberto. El aviso le hizo temer y coger al toro, definitivamente, por los cuernos. El cejo y expresión de Alberto le intranquilizaron sobremanera.

- Bien, ahora nos vamos a calmar y concentrar, y poco a poco me vas contando. Tú, tranquilo, Alberto. Jose, el papi, está aquí, junto a Fito, para ayudarle y solucionarle todo, todo el berenjenal, sea lo grande que sea esta vez el embrollo.

- No se puede, no se puede Fito, estoy perdido -dijo entre sollozos y apoyando su cabeza hacia el suelo con las dos manos, y sobre las piernas, los codos.- Ayer, cuando en mala hora salí con esa fulana, ¡sí!, una zorra de su madre, ¡la gran puta!, me prometí muy feliz la noche.

- Sigue.

- Me llevó a su casa, bueno, eso es lo que dijo. Al salir del pub, me metió por una calleja de mala muerte. Bueno, por la Plaza Real todo son callejas de mala muerte, pero como ahora, con la reforma del barrio, vienen a parar, y vivir en él, artistas y pijos como yo, no tomé el suficiente cuidado de que todavía viven, malviven para nosotros, mejor dicho, putas, tunantes, quinquis y todo tipo de maricones raros...

- ¡Y droga!

- ¡Y droga!; toda la mierda del mundo pervive todavía ahí, a pesar del lavado.

- Y los que vamos a comprar las guarrerías allí, incluidas las putas... Mucha de esa gente se va trasladando también hacia las afueras. El nivel

crece en todos los ambientes de la vida, aunque siempre existirá un margen para el sector de los más desarraigados, los que más bien son tontos y prefieren no aprovechar los cambios de nuestro tiempo, porque no los entienden, porque ya están deshauciados de la vida. Así siguen sucios y bastos entre su mierda.

- Entre toda su mierda y carroña, ¡hijos de puta! Quemaría todo el barrio, a toda la basura que vive allí, sin contemplaciones.

- ¡El nuevo *Führer*!

- Para eso solo tendría que haber servido aquel cabrón.

- Calmémonos, ¿te han robado? ¿te han pegado? ¡No!, no te veo nada.

- ¡Peor!, estoy acabado para toda mi vida. ¡Acabado!

- ¿Qué has hecho? ¿Eres tú el que has hecho el daño? ¿No habrás perdido los estribos con ella y la habrás...?

- ¡No! ¡Cómo voy a forzarla! Bebo, me dopo, mezclo, algún día explotaré, pero tengo el mínimo de dignidad. Si no, no tendría razón de ser el hecho de que quisiera quemar el barrio. Hay que predicar con el ejemplo. Atravesamos unas calles, si así se pueden llamar, que nunca vi, por detrás de la Plaza Real, tirando hacia el mar, por donde debe de estar Capitanía, y sin saber ya por donde me encontraba, de repente se paró la que luego se llamaba Asunción, y que le decían “*la Fresca*”, por lo de sus carnes, ¡qué carne joven!; se paró la muy perra en un pequeño portal, como todos los que me parecieron los de aquella zona. Y allí, flotando entre su ceñido vestido, iba moviéndose entre sus ropas como jamás vi a nadie, ahuecándose toda ella para comenzar la noche. Se puso las manos, con el mayor descaro y deseo, sobre sus pechos, reclamando mi ataque de hombre. Y yo claro, me abalancé sobre toda ella, que parecía que allí mismo lo íbamos a hacer todo y muchas de las cosas que me faltaban a mí

por experimentar. ¡Todas!, durante una noche, allí en plena calle. Saldría muerto, pero con el aprendizaje completo sobre el éxtasis. La variedad variada.

- ¡Bien! ¿y lo hicisteis todo y allí mismo, Alberto? ... ¡No!, si lo que estás tú es agotado. Tus nervios provienen de que “*La fresca*”, esa Asu, te ha absorbido todo lo que tenías de hombre, hasta tu cerebro, completamente.

- Ojalá ese hubiese sido el final. Después de esta incitación, y de unos cuantos arrumacos, supo frenarse la muy puta. Me subió por aquella escalera estrechísima, a punto de caer, hacia lo que se suponía que era su piso. La decoración hacía años que ya no existía, porque toda la pared aparentaba un perfecto desconchado. La luz era pobre, aunque había portero automático. En el tercer piso estaba su cueva, maldita Ariadna, y ahí me relamió de nuevo todo. Y yo como un tonto volví a expresar mi estúpido ensimismamiento. El esclavo dejaba hacerse a pesar del horrendo decorado. Incluso allí la pelirroja perdió casi todo su encanto, empezaba a resultarme algo repugnante. En eso, dióse cuenta la tarántula y se despechó toda frente a mí. Las piernas no sé como me las endosó sobre las mías; sus hermosas piernas enteras, porque toda su falda había cedido. Sus pequeñas bragas dejaban ver su hermoso amor, el único que ya me interesaba en aquella situación. Un toque a su pelo, un cambio de expresión, y junto a toda su dotación, de nuevo me excité como la primera vez que la abracé. El sexo, también en estos tiempos, resulta muy bien según la forma de expresión. La estética fue hábilmente cambiada por la bella arácnida. Sin que hubiese estudiado *marketing*, aceleró de nuevo mi pasión. Yo ya estaba salido, la buscaba, estaba preparado ya para penetrarla, cuando al abrir ella la puerta, no se cómo, girando sobre mí, me hizo caer al suelo debajo de la muy... Reía como una mujercuela de nuevo, pero yo ya solamente quería

joder. Y otra vez apareció una habilidad solo propia de las mujeres. Volviendo a cambiar, me estimuló todavía más con una especial sonrisa, a la que le siguió un largo, lento y maravilloso beso.

- ¡Bien!, veo que estás muy preocupado para venirme a contarme todo con pelos y señales. ¡Ja, ja!, aún te dura la borrachera de amor.

- ¡Calla Jose! Ahora comienza el tema, el tema de mi ruina. Después de su último zarandeo, se alzó cual imponente mantis sobre sus dos piernas. Solo faltaba su definitivo agujonazo. De pronto, me metió las mías, mis piernas, en el piso, cerró la puerta tras ella -estábamos por fin dentro- y me dijo: «*No te muevas de aquí, capullito de alhelí, o como se diga; enseguida vuelvo, pero no te muevas, quiero darte una sorpresa muy, pero que muy íntima.*» No, no era ni original ni fina.

- Pero lo pasaste fenomenal. Al menos en el comienzo... -Jose es hábil para comprender que la historia debe tener su punto de seriedad.

- Y ahí me quedé sin reaccionar, esperando quieto y sumiso, como si me hubiese inoculado de verdad su veneno. Inmóvil, contemplé durante varios minutos el estúpido escenario. Feo a más no poder, la débil luz apoyaba la pobreza y decrepitud del piso. El papel estaba despegado, faltaba en muchas zonas, se le superponían varios posters vulgares de cantantes de rock y de símbolos muy tocados. Un vistazo a semejante exposición, resumía la escasa inteligencia de los monstruos, habitantes de aquella casa como los de “*La matanza de texas*”. No es que nosotros seamos sabios ni genios, pero cierto conocimiento nos aleja de tontas utopías, nos asienta lo suficiente en el mundo para proseguir la continuación de la sociedad, y poseemos incluso, un mínimo poder para criticarla con cierta cabeza.

- No divagues, filósofo...

- Divago porque no sé como voy a salir de ésta. Mis padres... me matan.- Se puso de nuevo a llorar y Jose le dio otro café después de un prodigioso esfuerzo de convencimiento. Cuando el líquido pareció engañar momentáneamente a su pasión, volvió de nuevo a engarzarse amargamente en el argumento de su conversación.

- Estuve dos o tres minutos sin oír nada, cuando al cabo de ese tiempo me pareció escuchar un sordo rumor de voces por el fondo de la casa. No se ni por donde, creo que a la derecha, tras un pasillo, descansaba aquella, al parecer, débil conversación. Ella debió irse por él, no sé, yo estaba turbio, perdido entre la bruma del alcohol que tomé durante toda la noche y del sexo que comenzaba a gozar. No me importaron, finalmente, ni su origen ni su fundamento; claudiqué enseguida, estaba agotado. Lo más seguro es que fuese alguien que viviese con ella; alguna ¡otra! compañera, su hermano incluso, consentidor como mandan los tiempos. Aquellas lejanas cuestiones del honor son para otras dimensiones. Incluso ahora resultan ridículas y extravagantes sus representaciones. Lope, Tirso, Calderón, ¡ridículos! Ridículos para la sucia escena que estaba yo interpretando. No podemos ensuciar las blancas páginas de la literatura con actos semejantes, como el mío de esta noche, ¡qué bello lugar para la representación!, ¡qué sucio romanticismo!, hasta el suelo estaba sucio. ¡Toda mi ropa se guarreó!

- ¡Alberto, Alberto!, ¡va!, ya está, no te mortifiques Fito, que cuando comienzas a filosofar, a culparte, me das pena y miedo. El hecho de oír a Jose, llamarle Fito, causaba casi siempre un efecto beneficioso sobre su persona. Su fuerte dolor, su mente más perturbada, lograba entonces corregirse, al menos unos instantes. Momentos preciosos para mitigar ese sufrimiento, que en Alberto era más que exagerado, y por lo cual,

empeoraba mucho más su estado de ánimo, al margen del problema particular que lo originara en cada ocasión.

- De repente, Jose, salió del pasillo. Sí, al final mi intuición era la acertada; surgió de su fondo frente a mí, yo aún en el suelo, la más bella figura desnuda que yo hasta ahora había contemplado. ¿Era la misma? No lo sé, ni me importa, quizás fue el maquillaje que le corrí con mis besos durante toda la velada previa, quizá fueron mis pensamientos cuando vieron el verdadero barrio y la casa, quizá fue también cuando ella y yo conversábamos, cuando la definí como una vulgar chica, que hasta me dio asco en algún instante, el origen de mi cierta repulsión.

- Antes del medio polvo.

- Jose, no estoy para bromas, no sé si me van a matar, ellos o mis padres, ya me da igual. Parece que el agotamiento me obliga ya a despreocuparme, a contarte toda la historia desde su origen, en un orden lineal (*para que el lector quede avizor \**), y no desde lo más importante, desde lo que más temo. No quiero aburrirte pero ya me da todo igual. Te lo cuento todo así y ya está, ¡coño! (*para que el lector no se mosquee, explícito este inciso \**).

Una sonrisa de mayor tranquilidad surgió de entre los labios de Jose. Alberto parecía volver a controlarse; su buen humor volvía a rezumar.

- Ahí estaba Venus, sí, era la misma Ariadna de antes, la maldita tarántula de nuevo, pero no hablaba en esta ocasión; desnuda, con su pelo rojo por encima de sus hombros, moviéndose como solo una mujer de su talante sabe hacerlo... Pero ¡qué joven! Cuando me dijisteis en broma, Lu y tú, que podría ser menor de edad, casi me enfadé. Lo cierto es que ahora frente a mí lo parecía, al tiempo que su estilo corporal le aumentaba suficientemente la edad, por si acaso. Allí sobre mí comenzó a relamerme todo, a chupar como solo una profesional del amor lo sabe hacer. La lectura



aquella “*Fresca, fresquita*”... Para mí lo había aprendido todo con el experimento. Describir toda la escena es volverme loco. Es aburrirte.

- No, Alberto, también me agradan que me cuenten mis amigos sus hazañas.

- Pero yo no quiero, porque todo fue falso.

- ¿Cómo? Era mujer, ¿no?

- ¡Sí, sí!, sin duda, follamos tres o cuatro veces, ¡yo que sé!, no paramos durante una hora o dos. Perdí el control y el sentido, me dormí allí, en el suelo sucio aquel, que ahora me entusiasmaba por ello mismo y porque se mezclaba con un sexo salvaje. Allí no había temas de conversación, solo era una relación carnal. Así sí que me era apetitosa.

---

\* Notas del narrador.

- Perdiste el juicio Alberto.

- Sí, y me dormí para despertar desde un hermoso sueño en el infierno del demonio. Ahora viene la explicación del todo. Cuando desperté, tenía a Asu llorando frente a mí. Mejor dicho, cuando me despertaron. A empujones me levantó un joven escuálido, hijo de Satanás, cuyo rostro era el del chivo, cuya biología estaba marcada, lo más seguro, por la droga. Sus carrillos eran dos cuévanos y el mentón la punta de una espada. El pelo negro y sucio, desgredado, caía por unos pequeñísimos ojos que desaparecían por las cuencas gigantescas, que supuestamente debían protegerlos, pero que lo único que hacían eran empeorar el presente, pues a cualquier objeto le era facilitada la entrada por entre semejantes pozos. La nariz aguda. Un tirillas era y un hijo de la gran puta. Con una navaja apuntándome la nuez y con la cabeza mía echada hacia atrás, porque me tenía cogido del pelo, me dijo:

«- Así que vienes a los barrios pobres a abusar de las niñas, ¡eh, pijo!, pues te va a salir caro en esta ocasión. ¡Parné! Sí, dinero o te denuncio. Vienes de familia guay ¡eh! Pues a soltar; medio kilo o mando a tus padres las fotos.

»- Pero, pero, pero, ¿qué es esto?

»- Sí, todo lo tengo bien preparado. A mi hermana de dieciséis años la has jodido todo lo que has querido» Esto era un suponer sobre quién ha jodido a quién. Y hablo de las dos maneras que hay de joder en esta vida. «Pero tú vas a soltar o... »

- En esa especulación me pasaba suavemente la punta de la navaja sobre el gaznate.

«- Tengo fotos, si no quieres escándalo, medio kilo esta noche, aquí a las doce de la madrugada. Y cuidado, no vengas con nadie; si no doy señales del dinero a unos amigos míos, y sobre todo, sobre mi buen estado,

mandan las fotos. Y ellas llegarán seguro a verlas tus padres. Me quedo con tu cartera.»

- No reaccioné, no pude, amilanado, asustado, incluso avergonzado, avergonzado frente a aquella escoria, me hundí en el *sinsentido* de la vida. Al rato solo aduje:

«- Ella también quiso, ella gozó, estuvo en un pub de gente mayor...»

- No terminé, me cogió salvajemente, otra vez como antes, y pasando la hoja por todo mi cuello, me soltó:

«- ¡Mira estúpido! Ella es una vulgar zorra, pero tiene dieciséis años, tú tienes el dinero y yo las fotos, y ese es el tema. No hay más. Ninguna consideración moral. La justicia de hoy va así, yo la conozco y yo me aprovecho de ella. Esta misma noche, a las doce, no lo olvides. Y ven tú solo en persona, ¿entiendes?, tú solo.»

Me echó a patadas de allí, antes de que increpara a su hermana para que la diablesa hiciera también de fiscal mío. Tan fácil y tan atrapado, una menor, la vergüenza de mis padres y una posible condena. Los recursos podrán darme cierta razón, son dos almas desalmadas, del antro, de los bajos fondos, pero la edad del DNI canta, esa es la verdad.

- ¿Y quién te dice que tiene solo dieciséis años?

- ¿Y quién no?

- Pero, pero vamos a ver. Esto es de locos. Conoces a una tía, te vas a su casa, donde te la tiras, porque ella consiente y el hermano...

- O supuesto hermano.

- O supuesto hermano o quien recoños sea, va y te hace fotos y pretende chantajearte, porque sabe por la pinta tuya, o por lo que sea, que tienes dinero o que lo tiene tu jodida familia y, ¡perdona!...

- ¡Sí! así de sencillo. No puede uno ni salir a follar tranquilo. ¡Qué tiempos! Estoy atrapado por esas escorias, ¡Jose! ¡Ayúdame! Yo te doy el

dinero, vas esta noche a la dirección que te daré y les pagas. Yo no vuelvo, estoy aterrorizado. Hazme este último favor. Te he metido en muchos líos y embrollos por mi culpa, pero éste será el último, te lo juro, te lo juro.

- ¿Cómo, cómo?

- Sí, ve tú, yo no puedo, no puedo, no puedo; estoy muerto de miedo.

-De nuevo rompió a llorar-. Mis padres, un juicio, la cárcel, yo me muero.

- ¡Venga ya!, Alberto, ¡no me jodas! Ya eres mayorcito.

En esta novela parece existir un abuso de los tacos y de las malas expresiones. En algún momento han venido a cuento, pero en la mayoría han resultado soeces porque no lo venían. Existe la explicación de que gran parte de nuestra juventud, de hoy en día, parece ganar protagonismo por el uso y abuso de un gran arte que sí supo moldear Quevedo. Si son los sentimientos de inferioridad o el deseo normal de sobrevaloración, que aparecen en la larguísima adolescencia actual, para situarse y resituarse en el mundo, los causantes de tal escabechina cívica, no me importan. Ello no es excusa, el resultado es aborrecible, perfectamente asqueroso. Si de cuatro palabras pronunciadas en estos esplendorosos tiempos modernos, una desvirtúa, con su semántica, el sentido de la expresión, por no venir a cuento, repito, mal vamos dados los otros. Nuestros oídos se nos atropellan con tales tacos, de continuo pronunciados. ¿Cuándo usarán las palabrotas los nuevos jóvenes, y los ya no tan jóvenes -entre los que me acuso-, para definir, para quitar presión a un hecho o como expresión de un asombro verdadero? Alberto queda disculpado en el día de hoy, pero no ayer, como lo demuestra la explicación de los hechos. Jose parece más equilibrado, puede que sea el centro coherente del argumento, pero su mundillo tampoco llega a ser muy elevado. Los otros actores están por venir. Veremos sus reacciones en cuanto al uso de la lengua, pero no auguro

grandes resultados. Ahora continuemos, y perdónesele al narrador el inciso, pero me han hecho perder los nervios estos deslenguados. Queden ustedes más que recompensados con mi perdón, que para eso soy yo el ejecutor de la novela, o más bien cuento ¿chino? Con todos sus respetos, continuemos:

- ¡Mierda! Un día, ¡puta!, tenía que pasar algo así. ¡Loco, ingenuo, estúpido, idiota! -todo seguido-. ¡Mierda, mierda, mierda! ¡Coño!

«Cállense» -se oía decir a sus vecinos por un patio interior.

- ¡A la mierda también ustedes! -Ahora era el mismo Jose.

- ¡Que llamo a la guardia!

- Perdonen, perdonen, ya callamos-. Más flojo -paredes de cartón, ciudad que tanto apreciamos, locura imaginaria que ha de volver a imperar de nuevo.

- ¡Eh!

- Nada, nada, Alberto, estoy parando tarumba yo también... Pero vamos a ver, ¿vistes las fotos?

- Pues, ¡pues no!... Pero lo dijo tan serio, me amenazaba con una navaja, ¿no? Y después del placer, todo aquel dolor... ¿Qué hubieras hecho tú?

- Una encerrona, una encerrona. O simplemente te han pillado. Te han visto con esa cara de pijo, habrás hablado por los codos como siempre y la zorra esa te cogería la cartera ¡y claro!, Paseo de la Bonanova, que no es la calle San Pablo, ¡coño!

- Sí, eso habrá sido, se han aprovechado de mi miedo.

- De tu miedo y de tu estupidez. Si no conocemos bien a alguien que sea de ese barrio, no nos debemos fiar cuando nos ofrecen su casa y su chocho a la primera. Ya no nos fiamos en los demás barrios de Barcelona, tal como circulan los tiempos. Bueno, ¡y qué! ¿Vas a pagar?

- Pues -con un cierto silencio que denotaba toda su vergüenza-, ¡claro!, no me puedo arriesgar.

- Me parece una tontería. Seguro que son dos simples rateros y que ni fotos te habrán sacado.

- ¿Y si no es así? ¿Y si se las enseñan a mis padres? ¿Y si hay denuncia de verdad? Los mato, los mato del disgusto, ellos tan católicos, tan formadores de mi recta conducta, esperando de mí el éxito habitual, y de su único hijo, el heredero de un gran nombre: Calaf de Hernández.

- Los reyes de la nueva aspirina.

- Sin efectos secundarios.

- Laboratorios Calaf de Hernández, plagados de dinero a manta, pero de poco divertimento al fin. Por eso te has atado muy fuerte a nosotros, sobre todo a mí, que soy el que más padece todas tus calamidades, incluso pienso que más que tú mismo.

- Mira Jose, yo te doy el dinero, la dirección, vas y les pagas, pero tráete las fotos, los negativos.

- ¿Y si han usado una cámara de revelado instantáneo? Pero ¿tú eres idiota o qué? Ya estoy harto, ya no voy a ayudarte más en tus líos, que ya comienzan a oler incluso muy mal. Eres mayorcito, vamos, veintitrés añitos, pero ¿qué te has creído? Te queda solo un par de cursos para acabar la carrera. Yo ya no te hago más de niñera. O vas tú y les pagas o denuncias el robo de tu cartera y te quedas en casa leyendo una novela; sí, esto último es lo mejor. Pasa así ya del asunto.

Fito no daba crédito a lo que sus ojos contemplaban, a lo que ellos mismos habían incluso escuchado, aunque tal función sensitiva no les correspondiese. Como la frase «*Mira que ruido*», pero al revés. No podía comprender. Iba a ser cierta aquella teoría de la vida, que afirma que un día u otro se nos sincera, de repente, la cruda realidad al pronunciarnos tan

tranquilamente el «ahí te quedas». Cuando una persona cree que nunca le va a faltar el pan, no repara en ningún plan alternativo. Ello le resulta una pérdida de tiempo. «¿Para qué están los amigos? Yo ya pago la mayoría de copas.» Sí, es cierto, ha aprendido que la amistad es algo más que el simple dinero. «Yo buscaba unos amigos así, que me valoraran al menos un poco más que por mi dinero. Pero si profundizo, ¿qué he hecho con ellos? Muchas salidas, muchas campanadas, muchas juergas y muchos viajes. Sí, yo solo he pagado más. Ellos también trabajan sus horas sueltas para sus gastos. Jose, incluso, ya tiene su buen trabajo. Lu es insoportablemente casi independiente, típica Venus actual que mata el amor con el planteamiento previo de su situación económica antes de comenzar cualquier revolcón u otro asunto menor sobre el tema. Edu ya está en un bar los fines de semana. Y en conclusión, yo me toco la pera porque papá y mamá me dan veinticinco del hala cada semana solo para «tus cosillas, hijo». Tengo y no tengo razón.» -su mente.

- Pero Papi, al menos responde por mí, olvídate de mi dinero, de mi familia, de mi inconsciencia. Perdóname la última vez, nunca más líos, siempre te consultaré antes...

- ¡Calla! No cambias Fito, no entiendes. Es hora ya de que seas independiente en tu vida personal. ¿Cuándo vas a ser un verdadero hombre?- Esta frase al narrador le resulta algo extraña en este contexto-. ¿Decidirás algún día sobre tus actos? Si falto yo una temporada, ¿qué harás? ¿Terminarás con tus huesos, músculos y nervios en la cárcel? ¡Ten los pies en el suelo! ¡Ah!, que pinchazo en la cabeza.

- ¡Papi, papi!

- Ni Papi ni huevos. Tendría que estar durmiendo la resaca ahora, y mira lo que estoy haciendo, aguantando la última de Alberto ¡y qué última! ¡La definitiva! ¡Dios!, si existes, ¡llévatelo! O el mismísimo diablo que te

lleve a sus perolas y te cueza del todo de una puta vez por todas. (¡Ein! -*el narrador*).

Respiró un tiempo. Fito, antes de contestar, mejor dicho, antes de suplicar de nuevo, a su gran protector, meditó algo sus palabras. Una ligera evolución se había ido dando, desde hace años, en su cabecita. Era capaz de pensar más por sí mismo, libre de todas sus queridas ataduras materiales, que todo lo facilitan. De todas maneras, ya de pequeño su mente, ayudada por la lectura de libros y libros de aventuras, imaginaba y creaba bellos escenarios y argumentos que sólo, en su gran sala de juegos, desarrollaba. O cuando su primo venía con los tíos, de visita una vez todos los meses, la participación se hacía ambivalente en el bello desarrollo de las hazañas. La despedida, siempre con él fue triste y deseosa. Hoy se maravillaba del acontecimiento de la vida. Jose fue su guía necesario, pero la potencia de su personalidad ya le era inherente a él mismo. Jose le dio luz a un mundo de nuevas posibilidades. Ese alejamiento del concepto borrego le dejaba ahora tranquilo, en un momento tan crítico. No dejó de maravillarse, antes de volver a suplicar a su papi, de la magia de la naturaleza humana, de las posibilidades precisas para crear una personalidad propia y dinámica. Y no menos fue su maravilla, cuando en semejante tragedia, era capaz su cabeza de hacer un hueco a estas divagaciones. Y después de todo ello, o al mismo tiempo incluso, pudo hacer claudicar a su Jose con estas frasecitas:

- Bien, tienes toda la razón Jose. Soy un desastre. Bueno, no en todo, porque si no, una persona seria como tú, a la hora de la verdad, ya habría prescindido de mi compañía, y día a día, año tras año desde hace cuatro, has soportado mi infantilismo, la ingenuidad de un ser incapacitado para muchas cosas de la vida. Alguna copa de más he pagado, pero ello me ha sido fácil. Mas junto a este pago simbólico, mi cariño y aprecio por



vosotros ha crecido y la verdadera compensación para con Edu, Lu y tú ha sido mi amistad. No puedo ofrecerte más. Soy así.

- ¿? ¡En fin! Me voy a poner a llorar... ¿A qué hora hay que ir? Sí, ¡a las doce!, esta noche y darle medio millón a un desconocido por la cara. Y tú tan tranquilo aquí. No, no me contestes, iré, pero iré con Edu. Si hay posibilidad, no nos van a sacar un par de ratas de barrio medio kilo por la cara.

- Pero ¿y si os matan? ¿Y las fotos? Las fotos, las fotos... ¡Mis padres!

- He dicho que si podemos. No nos arriesgaremos. Pero te juro que si vuelvo con el dinero me vas a pagar un viaje a Centroeuropa.

- Y dos y tres, pero aunque les des el dinero. Dales el dinero, dáseles, pero lo importante es que traigas mis documentos, las fotos, los negativos y todo lo que me comprometa.

- ¡Sí!, todo, pero ahora me voy a dormir hasta las seis. Tráeme el dinero a las ocho, dile a Edu que a la misma hora, que es un caso mío de vida o muerte. Él entenderá. Se lo arreglará en el bar para venir a acompañarme. Y ahora, ¡vete!

- Toma el dinero, ahora mismo voy a avisar a Edu.

- ¡Todo!, ¡todo lo tienes ya resuelto!- Jose cada vez hablaba más despacio y comedido en sus imprecaciones. El cansancio hacía mella y lo mejor era volver a reposar la mente, verdadera padecedora de todos los males de este mundo, y que una personalidad irresponsable por su ingenuidad, como la de Alberto, era capaz de agotar.

- Adiós, te quiero y no soy marica -dándole un fuerte beso de hombre sobre la cara. Verdaderamente era su papi.

- Cierra bien cuando salgas, no me vaya a entrar de nuevo otro diablo.

- ¡Adiós! -y le dejó un grueso sobre cerrado sobre la mesa.

La última. La última ganaba a todas. ¿Para qué narrar el resto? ¿Para el lector? Son historias de siempre, de faldas, y más bien gamberradas de quinceañero, a pesar de sus veintitrés, por mucho que en su infancia haya navegado con piratas y bucaneros. Claro, que la excusa de estos tiempos es que la adolescencia se hace mucho más prolongada en un cada vez mayor número de personas, de criaturas, a pesar de la mayor jodienda actual. El mimo y la sobreprotección son la causa, dicen. Antes, según mis padres sermoneadores *«éramos más ingenuos para las cosas de la picardía, no teníamos todos los vicios, y a la libre disposición de como los tenéis hoy en día, pero llegaba una jornada, de golpe, de repente, cuando la vida de niño se terminaba para siempre, y el duro trabajo tomaba la forma del hombre y de la mujer sobre el niño y la niña que aún éramos»*. Es verdad, ello es un hecho, tenemos hoy día más conocimientos, los datos están aporreándonos cada día la cabeza, disponibles en multitud de soportes. Pero la teoría es nuestra destructora de ideales, es nuestro martirio, todos los conocimientos nos vienen a través de la información, jamás a través de la vivencia, de la dura práctica. Aquellos tiempos épicos yo los envidio a pesar de que yo pueda parecer un carroza. Lo cual tampoco nada tiene que ver con el hecho del que estoy hablando ahora. Pero ese golpe repentino, de la emigración, de formar una familia con cuatro gordas y de tener los hijos con dos más, sí que enseñaba y endurecía. Hoy sabemos más que ellos de la práctica del sexo, del hablar sentados (y protegidos por la policía) sobre política e injusticias, de contar nuestras experiencias viajeras... Pero todas estas cosas crean una mera literatura, cursi diría yo, de hijos de papá, en cuya definición ya entramos todos. Si el piso no está al completo, no existe la boda. Con suerte florecerá el amor después. Seguimos básicamente como

en la antigüedad. Ello explica, de seguro, muchos divorcios de hoy en día. El amor después, a posteriori. ¡Qué locura!, pues casi nunca llega. ¿Dónde estáis poetas y apasionados de lo imposible? Otro café, toma otro café, Jose, ¿qué importa ya? El día está perdido.

El fallo posible fue que casi todos nuestros padres nos mimaron y nos enseñaron lo peor: escondieron sus miserias a pesar de predicarlas continuamente. Más nos tenían que haber hecho sufrir con la práctica y no con la teoría. Sólo el latigazo, el dolor enseña. El dolor del hecho, entiéndaseme bien. Envidio a Edu, sus padres son verdaderamente antiguos. Sin caer en el catetismo y en lo cutre, le han enseñado a valorar lo que cuestan ganar las cosas, y sin más altas pretensiones que la buena vida, sin esclavizarse en pluriempleos para conseguir imitar una franja posible de los ricos, han sabido, al tiempo, gozar después del producto conseguido con el trabajo. Algo muy importante y básico, porque sino no existe sentido en el esfuerzo. Tampoco debo generalizar mucho; hay muchos jóvenes de hoy comprometidos, esforzados, que se van a ayudar al 3er. Mundo... Aunque es fácil después retornar a la pudiente Europa. ¡Pero no!, otros son hijos de trabajadores, sacrificados, que luchan y trabajan. ... Pero antes, ¿qué tenían mis padres? Solo sus manos para trabajar. ... Bueno, comparemos y cojamos lo bueno y mejor de cada época. ¡Qué digo! Es que estoy hasta reconciliador: soy un intergeneracional del bien.

Sí, vuelvo a filosofar, siempre en los momentos difíciles, cuando no sé cómo afrontarlos. De papá y mamá siempre me acuerdo cuando los asuntos se hacen complicados, pero no cuando la fiesta comienza, sino es para pedirles una ayudita, pues lo de mi trabajo no me hace completamente independiente. Tanto mimo y tanta teoría nos lleva a nosotros a huir de casa. Ellos no nos echan como les hicieron a ellos mismos un día: «Venga,

a la ciudad». Tiempos modernos que disponéis de toda la buena técnica, pero no de la ideología que la oriente y le de carácter y sentido.

Palabras, palabras y palabras, eso es lo único que estoy haciendo. Si a parte de nuestra juventud le aflorara un poco más el conocimiento, podríamos formar un bello mundo, pero hemos vuelto a caer en los brazos de lo fácil, y más hoy, en esos peligrosísimos miembros del gran monstruo materialista, donde solo vales lo que aparentes y ostentes como propiedad. La propiedad en sí es buena, es el uso el que da su orientación. No vamos a ser unos simple *hippies* e ir sucios a todas partes. ¡Qué horror! Bueno, Jose, basta ya, no vas a arreglar el mundo, mis padres tampoco pudieron. Pero es que ahora nos creemos los reyes del mambo encima... ¡Va!, a la cama, que esta noche debemos ir a zona de guerra. ¡Maldita sea la estampa de Alberto! -y tambaleándose por el sueño y el alcohol se fue a la cama. Las doce y pico ya. Y se dijo por último: “*Pero también hay mucha juventud con sentido, hoy, ¡y tanto! Menos ese estúpido de Alberto.*”

## CAPÍTULO II

Eran las ocho cuando Edu llamó. Era puntual, su servicio de la precisión era loable. Si se queda a una hora, débese llegar a ella. ¿Qué pactos hacemos hoy en día?

- Pasa, Edu, ¿cómo vas?

- Bien, ¿y tu?

- También, menudo lío, ¿lo sabes todo ya? ¿Te ha contado también a ti la historia con pelos y señales?

- ¿El revolcón, su idiotez, las fotos, el medio kilo, los sinvergüenzas barriobajeros? Creo que sí, en eso Alberto es bastante leal. Su miedo le hace sincerarse, mientras que otros ocultan la verdad con excusas. En eso vale Fito y por ello también yo le aprecio. A pesar de todo, el muy cabrón. ¡Qué lío! Ya le he cogido antes bien de las solapas: *«Que sea la última vez maricón, porque por nuestra parte va a ser nuestro último servicio. Y punto y mutis. ¡No se hable más!»*

- ¿Cómo vienes?

- De ánimos bien y regular, me va un poco la guerra, pero con las ratas barriobajeras, y más si se dedican a atiborrarse de porquerías, lo imprevisible puede resultarnos doloroso.

- ¡Sí!, eso es así, ¡mierda!; este Alberto prepara el lío, después nos convence, y ya estamos tú y yo aquí solos frente al peligro, como dos gilipollas.

- ¿Y tú qué piensas del dinero, Jose, hay que darlo?

- Ni hablar si puede ser, pero es que la historia es tan de tontos que no hay por donde cogerla. ¡Vamos a ver!, yo creo que le vieron la cara de panoli esos hermanos, o amantes o seres incestuosos o lo que sean, y

prepararon el montaje aquel aprovechando las posibilidades claras que se abatían sobre ellos como agua caída del cielo.

- ¿Te ha dicho Alberto que *la Fresca* esa que llaman se fue un momento, se supone que a prepararse para la batalla, y que fue cuando Alberto creyó oír unos rumores de fondo?

- Veo que estás como yo en los antecedentes, ¡qué menos Alberto, gracias! -mirando hacia una zona imprecisa del comedor donde estaban y agradeciendo, de cierta manera, la precisión de la descripción de Alberto. Era uno de sus puntos positivos, uno de los puntos a apreciar en su amigo-. De todas maneras me da cierto miedo lo que pueda pasar. No vamos con todas. Si sale mal y resulta que esos dos desgraciados son capaces de llevar adelante su promesa en forma de venganza, Alberto no es que no nos lo perdone nunca, es que se nos muere en el acto del disgusto. ¡Y sus padres! E incluso nosotros de vergüenza, por encarrilar a un hijo de papá por el mal camino. ¡Hostia! Alberto, esto no se hace con los amigos que te han sacado del huevo. ¡Bah!, no vale la pena volver a quejarse, es irremediable el asunto y una vez más no la ha vuelto a liar el muy tonto.

- Por si acaso yo voy preparado.

- ¿Qué quieres decir? -dijo Jose preocupado, temiendo que su carácter e iniciativa hubiesen adoptado una temida resolución.

- He traído la *Lugger* de mi abuelo, de cuando estuvo en Rusia con los alemanes. Al menos nos dará cierta entereza. Dispondremos de un poder de disuasión. Una pistola perfecta, tan pequeña y competente, que la puedes llevar donde quieras.

Jose ya no supo qué decir. Dorar un poco más lo que ya está dorado, rizar más el rizo, ¿qué importaba ya?

- ¡Pero la llevarás sin balas!

- ¡Claro!, ya no fabrican de este tipo ¡hombre! Bueno, no sé.

- Pero, ¿y si nos disparan porque llevamos el arma?  
- ¿Y si no llevan ellos y causamos impresión?  
- Yo creo que con algo de cuidado y cuatro golpes -porque seguro que serán un par de desgraciados- nos podremos bastar. Y la ayuda de Dios si existe.

- Sé coherente Jose, no le pidas a Él ayuda ahora, no pega ni con cola.

- Es que no se lo que me digo ya.

- Si hay suerte, y entonces no son muy listos, habrán confiado en el susto que le dieron a Alberto para bastarse ellos solos en el asunto. Creerán que vendrá él mismo en persona, sin compañía, haciendo caso a pie juntillas a sus amenazas. Entonces no habrán llamado a nadie para ayudarles. Y la madre superiora nos mandará un ejército de novicias bien fuertes y bien armadas hasta los dientes, y no solo con las armas que ellas han decidido ya no usar.

- No seas irreverente tú ahora.

- Estoy también tan cabreado.

- Y yo.

- Nuestro querido Alberto nos la ha vuelto a liar, nos ha metido en el embrollo, y él hasta puede que ya esté jodiendo con alguna otra fulana y preparando algún otro lío.

- Por su cabeza, espero que tenga un mínimo de coherencia con lo que me acaba de prometer esta mañana: su última jugada. ¡No, no!, ni de lejos, estará en su casa asustado como un pollo.

- Las personas no cambian.

- Pero con un asunto como éste deben cambiar.

- Eso es verdad, yo cambiaría, y él creo que lo hará ahora que lo dices, y más con el susto que llevará en el cuerpo durante una temporada.

- ¡Venga! Edu, vamos a tomar algo. Comeremos un bocado en el “Tapas”. Quiero olvidarme del asunto hasta cinco minutos antes de la media noche. No saben elegir otra hora. Han visto todos muchas películas.

Mientras bajaban las escaleras pensaron los dos lo mismo, pero no se dieron cuenta de esa coincidencia. ¿Qué estaban haciendo ellos como peleles, como dos detectives de vía estrecha, incluso con las mismas manos en los bolsillos, bajando así las escaleras, para meterse aún más en aquel berenjenal organizado por su candoroso y leal amigo? ¿A qué les iba a conducir aquello? Llevaban medio kilo como quien lleva una patata en el bolsillo. Aunque hay que estar bien pirado también para llevar la patata en el bolsillo. Y este pensamiento también es imposible discernirlo de ambos con respecto al narrador, o viceversa. Medio kilo y ¿a unos pelagatos se lo iban a dar? Ni hablar. ¿Y si las cosas se ponían feas y el riesgo les daba algún serio disgusto? ¿Quién sabe? Con esos locos drogadictos no se sabía qué esperar. ¿Y si llegaban en pleno mono? Menuda papeleta. Dos figuras, rendidas cada vez más por sus desánimos, entraron en un bar de la misma calle, allá cerca las nueve de la noche.

- ¿Qué queréis muchachos? ¡Huy!, os veo muy hundidillos, mucha juerga esta juventud, mucho polvo y poco pique.

- No empieces de nuevo Antonio, que estamos de una leche...

- ¡Huy! Nada, muchachos, dos buenas jarras de cerveza y dos pinchos de tortilla para empezar. ¡Oído y servido por yo mismo! Ahí dos pinchos.

- Nos aciertas el pensamiento.

- Es fácil al veros esos rostros y más si no me habéis adelantado el «Para empezar»... ¡Venga!, esta para ti mismo, Edu ...

- Gracias.



- ... Y ahí va la otra para ti, Jose.
- Gracias, Antonio, gracias.
- No hay de qué tanto agradecimiento, os las voy a cobrar igual.

Estáis... En serio ¿pasa algo?

- No, no -ambos a la vez.
- ¡Ja! mucha resaca de faldas. Os envidio jóvenes.
- Tira *palante* trozo de grasa, estorbo -la jefa del bar.
- ¡Ja!, la mujer que faltaba, contigo un día me voy de juerga.
- No sé cuando será.
- Cuando dejes de ahorrar, ja, ja, ja.
- ¡Oye *Murciano!* Edu y yo preferiríamos una mesa, estamos algo cansados.

- ¡Venga! iros para aquel rincón a la derecha, donde está aquella mesa siempre sola, que ahora os llevo todo y dos sillas.

- Gracias.
- ¿Cansados, eh? Tranquilos muchachos.
- Y tráenos un revuelto de los tuyos, con algo de pan.
- ¡Enseguida!

Edu y Jose fuéronse a esperar junto a aquella mesa como quienes van hacia lo irremediable. El destino debe estar escrito cuando las cabezas demuestran tal decaimiento. Este bar, sencillo y pequeño, como casi todos los de esta ciudad, como casi todos los de este país, muestra un resumen rápido sobre una de las básicas aficiones de nuestra cultura. La exigüidad superficial, con respecto a muchos bares extranjeros, contrasta con la infinita densidad de los locales españoles, superiores en número a todo el conjunto europeo. Digno récord que muchas mentes débiles amortiguan. En el conjunto poblacional del bar existe algún ser retirado por sí mismo y sobre el que sería necesario algún aldabonazo para que el propio interesado

se ofreciese una nueva oportunidad. Las ideologías raquílicas conllevan estos espectáculos. Eso no quiere decir que no se beba en el resto de países, pero la cultura y el clima no ayudan a que el acto sea más público. Lo que al narrador más le incomoda es el tintineo constante de la máquina sacaperras. El alcohol mal llevado resulta horroroso para los que sufren al enfermo, pero tirar el dinero en las tripas de una máquina, que no tiene ni el aliciente de una desordenada tertulia de borrachos, resulta aún más ridículo. Los pocos impulsos humanos que deja en pie la embriaguez, los arrastra hacia la nula soledad la tecnología. Siempre a peor desde lo peor. Una bella relación la de este hombre con esta máquina. Esta nueva especulación también es propia del narrador porque nuestros protagonistas no están ahora para estas cuitas y tribulaciones. Y todavía menos para percatarse que al alcohol fácilmente se le adosa, en estos nuevos tiempos modernos, el amigo ludópata. La doble enfermedad se hace unívoca y los síntomas se hacen así más destructivos para beneficio y honra del Estado y de ciertos negociantes. La libertad es deseosa, el enfermo reprobable, merecedor muchas veces de su propia inmolación; el fundamento de este juego, una tontería y el Político se supone que debería ser un simple opinador, al menos, de los bellos valores en que él basa muchos aspectos que a sí, sí le interesan. Pena que siempre correspondan éstos con los valores de la contribución ciudadana (*De la cooperación cívica de los sufragadores...*) Dejo el tema, lo retomaré de nuevo más adelante, es decir, hablaré de más cosas que también deberían interesarnos en estos tiempos modernos. El ambiente étlico debe de haberme afectado a mí también, incluso haber coadyuvado a esta infundada especulación. Y eso que a mí me gusta el morapio. Soy español y sé gozar de los placeres de la vida -eso creo, eso creen siempre...-, y que en este país curas y santos tanto nos han enseñado como nos han reprimido. Gracias. Somos una nación católica, no

evangelista. ¿? Y no quiero comenzar una nueva guerra de religión, pero los hechos son los hechos. ¿? Se ha vuelto loco el narrador.

El autor, al introducirse tan descaradamente en el relato, ha mostrado poco estilo en la creación de su arte. Bien. Está desesperanzado, enfadado en muchos momentos, porque la que se dice nueva sociedad peca del mismo modo que quienes defienden la frase *cualquier pasado fue mejor*, es decir, que todos hablan de lo que no saben pues defienden con la hipocresía lo contrario, lo que les interesa: lo fácil y vulgar del Epicureísmo. Edu y Jose no pueden darse cuenta en estos momentos de parte de la cruel realidad que les rodea en el mismo bar, porque no disponen del sentido más deseado por los artistas verdaderos. Un Nejludov del *Resurrección* de Tolstoi es capaz de dirigir el conjunto de los problemas hacia el fundamento de una teoría. Puede resultar obsesivo, dogmático en ocasiones, pero sus propios problemas se reflejan también en el mundo ajeno. Ello lo hace loable, preclaro por su humanidad y si a esta previsión le sumamos cierta inteligencia, a modo de cultura, el sueño puede ponerse en práctica. No por leer y leer somos más buenos. Si la hipótesis de partida está armada de pleno egoísmo, la conclusión será más completa, pero de su misma naturaleza. También Hitler fue inteligente. Edu y Jose están absortos por un grave problema, pero si el mismo no provoca una suficiente correlación de pensamientos, es debido a que la ideología es meramente individualista, materialista.

En esto, nuestros dos amigos siguen igual de abatidos. Ha valido la pena perder el tiempo. Ya pasaban de las nueve y media cuando Jose rompió el hielo:

- ¿Pero somos idiotas o qué? De nuevo nos ha liado Alberto.

- Ya está hecho, ya sabemos como es, estamos metidos en el lío y ya no podemos dar marcha atrás. Mira, Jose, me voy animando, debe ser la cerveza.

- ¡No!, Edu, al final me dirás que vas con gusto y todo. ¡No me jodas ahora, coño!

- Tranqui, Jose, tranqui, tienes razón, quería decir que debemos animarnos, es peor hundirnos.

- Ya sé lo que querías decir, Edu. ¡Qué mierda ésta! Tú y yo ahora deberíamos estar con nuestras chicas, jodiendo con ellas, bailando, ¡yo que sé!

Y pasó media hora más para nuestros infortunados, digamos si no amigos, sí conocidos, y que no fue de placer aquel lapso de tiempo, cuyo transcurso fue horrible entre bocado y bocado. La alimentación caía al estómago, no era ayudada en su transporte por el ánimo que da el apetito, que es uno de los principios de la buena comida. El tiempo pasaba lentamente y la vida, de verdad, que muchas veces es de lo más estúpida.

El narrador, por momentos, tiene ganas de abandonar a estos protagonistas. Se aburre e incomoda. Menos mal...

Salieron al clima nocturno. No estaban los ánimos para dirigir una verdadera operación de manera consciente; lo más posible es que saliera todo mal y que los problemas se encadenasen.

Atravesaron por el barrio, no sin preguntar varias veces, no sin retroceder y vuelta a avanzar por otros caminos, no sin dudar y «mandarlo todo a freír espárragos» para que se apañara Alberto, para que se sacara por una vez las castañas del fuego y para que así aprendiese. Pero por...

- Pero por no verle la cara, llorar incluso, al menos me acerco. No soy valiente, no soy cobarde, pero tengo instinto (debe la sociedad, decirse así ahora, sobre la dignidad y el valor).

La noche en esta zona de la ciudad es también variable y diferentemente matizable. Dependiendo del tono personal y de la intención de los protagonistas, el origen de la felicidad puede encontrarse aquí como el fiasco final aparecer como único regalo de los dioses. Sin haber dicho nada acorde y original, el que se cree poeta o novelista cuentista va llenando el relato con notas formales, y pretendiendo que sean artísticas. El espacio aumenta. Todo no ha de ser mensaje. En este mundo posible todo puede ser, pero lo que sí no debiera es el dogmatismo dirigente, hacia lo que acostumbran mucho los utópicos y creadores de teorías sociales. Estos mandones por naturaleza podían de paso realizar un suficiente ejercicio introspectivo de renovación cultural. Los límites de sus miras podrían ensancharse. El aire puro renovarlos.

Las luces de mercurio se abatían cansadas sobre los ánimos de Jose y Edu. Dos muchachos como ellos, sin problemas, felices y ejemplo de los tiempos, verse en un sucio problema barriobajero... Esto está bien en nuestras novelillas contemporáneas, aquellas que sin sobrepasar a los antiguos folletines tipo *Estefanía\**, se alzan hoy con todos los triunfos inimaginables en el pasado. Las grandes editoriales han sustituido a las

---

\* Y que por cierto, este caso concreto versaba sobre asuntos del Viejo Oeste.

pequeñas, mientras el engaño, lo bajo, lo basto ha sido encumbrado por encima de las artes. En el mismo nivel que los arquitectos del gran arte de la arquitectura, viven ahora los diseñadores; lo funcional pretende, con el ligero forraje decorativo, poseer la antigua intención. El público es amplio, ancho e inculto. Ahora es capaz de leer todo el mundo, cuando antes, los

pocos que leían arte, poseían cierta destreza de la sensibilidad. ¡Qué excusas os voy a meter!, dado mi fracaso por las editoriales.

No crees que estás exagerando, amigo mío.

Lo único que quiero explicar es que este cambio ha sido un poco extraño, hemos ganado en calidad y en ciertas calidades de la vida (sanidad, velocidad y almacenamiento), al tiempo que hemos perdido otras calidades (ilusión, naturaleza y equilibrio), la suficiente tensión que necesita el ser humano para continuar siendo un verdadero hombre.

Creo que nuestros amigos se nos han perdido por alguna callejuela. Estamos perdiendo el hilo con divagaciones, pero es que el interés por ellos también... ¡Como asimismo ya se ha dicho!, escritorcillo. Parecen reaparecer por la calle Ancha (*carrer Ample* realmente). Allí vuelven a preguntar, sin mucha convicción, pero obligados por una fuerza interior:

- *¿El carrer Xxxxx?*, por favor.

- Por allá, dos calles hacia Correos -y la indicación física les aseguró la situación de Correos en su memoria.

- Bueno Edu, vamos allá, son las once y media, echemos un vistazo, sepamos donde vive la rata y perdamos la media hora restante lo más rápido posible. Quiero terminar cuanto antes este asqueroso asunto. ¡Qué día, madre, qué día! Todavía estoy agotado de la farra de ayer. La historia de nuestro idiota de amigo me ha hecho soñar todo el rato. Cuando se fue, seis horas de martirio han sentido mis sienas. Varios millones de neuronas habrán sido destruidas por el incombustible mecanismo de aquella tortura. Pesadilla tras pesadilla.

- Creo, Jose, que las neuronas morirían más bien por el alcohol que tomaste ayer que por el efecto de esas pesadillas.

- ¡Sí, sí, claro!, pero déjame decirlo a mi modo, así tengo una excusa, una exculpación. Lo cierto es que no he dormido nada bien.

- ¿Quién lo haría con esta nueva hazaña en la que nos vemos metidos?

La calle era estrecha. Daba la media del barrio. Sobre ella se alzaban también, de media, viviendas de cuatro pisos, de aquellas de techos altos que servían, se ve, para observar con profundidad la estética de su techumbre. Así no se sentiría la persona toda atrapada como una cucaracha. La ropa tendida en los numerosos balcones indicaba todavía cierta familiaridad. Debe de existir una gran justificación para que los vecinos no se obliguen a hablar. Podrían, con un poco de ayuda, saltar de piso a piso, evitarse el rodeo que habría que dar por la escalera. Pero dados los tiempos de hoy, no apostaría yo mucho dinero para que los nuevos vecinos no impusiesen la dictadura del simple buenos días. La humedad continúa siendo la de siempre, como también la campana de Santa María del Mar. Sin embargo, hay algo novedoso en el ambiente. Las gentes van siendo distintas, otras formas de ser, incluso otras culturas se precipitan por el viejo barrio. Todo pasa y todo fluye, se dice, pero el recuerdo del narrador siempre continuará imperturbable. ¡Vivan los niños de todas partes!, los que su inocencia aún no han perdido por la estúpida socio-cultura-antropología-hasta-religiosa que a todos nos separa, entre guerras e intereses muy en la sombra. ¿Por qué? Delante del número veinte estaban. La puerta no vale la pena describirla; sí al menos, el poderoso mural que hace de marco, la fuerte obra antigua. En cambio, al lado tenemos otra vivienda con su formidable puerta de madera maciza. El ruido de abrirse y cerrarse continúa siendo característico. El sonido es serio, se hace

contundente. Más veces debían, las cosas que nos rodean, metaforizarnos con su potencia. Nuestras vidas, sin importancia de todas maneras, desde muchos puntos de vista, tendrían por aplauso a ciertas dignidades. Mientras tanto, con todos estos rodeos que nos ofrece la bien nacida literatura, hemos pasado la media hora que falta para el desenlace. El culmen de los acontecimientos está a pronto llegar.

- Llama tú Edu y di que eres Alberto.

Tardaron poco en contestar, también ellos estaban esperando, pero su adjetivo era la avidez.

- ¿Quién? -la voz era vulgar, y el tono, de un consumidor; eso pensaron y eso acertaron.

- Soy Alberto.

Flojo, como si no quisieran que le oyeran los posibles transeúntes -y que por cierto, no había ninguno, como también suponía el pronunciador-, contestó:

- ¿Vienes solo?

Atónito, Edu miró fijo a su amigo solicitando su ayuda inmediata.

- Viene acompañado -se arrancó de pronto Jose, dejando aún más helado a Edu con semejante reacción suya.

- ¡Yo dije tú solo, allá tú con las consecuencias! -dijo el locutor del interfono, con un volumen por el que parecía ya no preocuparle el posible tráfico humano de la calle. Quizá bien sabía que nadie a esas horas pasaba por su portal -esto ya lo hemos dicho hace ná.- Quizá vio también muchas películas, a juzgar por su volumen primero. Casi al tiempo de su respuesta y no al tiempo final de este inciso, prosiguió: -No os mováis de ahí, salir al medio de la calle, ¡todos!, quiero ver al ejército de salvación. ¡Va, ahora!

- Bueno, bueno.



- No verá a Alberto y se va a liar -por lo bajini.

- Es igual, le diremos que estaba cagao después de lo de ayer. Tú déjame a mí; que me estoy animando, Edu. Además, con esta luz ¡qué va a reconocer ese drogata! Tú tienes la misma pinta que Alberto.

- ¡Sí, sí!, gracias.

Se pusieron Edu y Jose en medio de la calle, esperando acontecimientos. Suponían que les iba o iban a observar desde algún balcón o ventana. Así fue, tampoco puede haber en ello mayor intriga. Oyeron el ruido claro, perfectamente sónico, de la puerta de un balcón que se abría. De un segundo en concreto. Como dos pasmarotes miraban nuestros héroes hacia él. Salió el sorbete humano, al estilo *Laurel*, y asomándose como una araña aquel vestigio de lo que algún día fue cuerpo, les hizo, después de tan demostrada observación, una señal de espera. Realmente estaba deseoso de cobrar y de que acabase también lo antes posible el asunto. El procedimiento y la ansiedad le perderían fácilmente por su falta de profesionalidad, pero como tampoco ella abundaba en los dos muchachos de parte de la operación, el argumento es por ello que queda en suspense y con el suficiente intrínquilis para que la novela corta o cuento al menos prosiga. Volvió a surgir el sonido fofo y sin carácter de aquel interfono:

- ¡Va a subir solo Alberto!

- No te dije -de nuevo por lo más bajini.

- ¡No! -dijo Jose.

- Alberto o canto.

- Y tú no cobras.

- Igual me dan más, tras el juicio.

- Igual sí, igual no.

En ello y otras cosas se demuestra que también entre los delincuentes hay diferencias. Como en todo, existen sectores y grupos distintos, maneras

diversas de actuar. La inteligencia mayormente hace y deshace con su ley, y el no precavido, que no tiene porqué ser ignorante, cae fácilmente bajo el poder de los de siempre. El quinqui tenía prisa por terminar, por cobrar. ¿Qué importaba si subían los dos? Él no les iba a abrir la puerta. Harían el trato a través de ella, entreabierta por la cadena. ¡Que intentasen algo! A él le iban a hacer, dos mocosos de éstos. ¡Que se atrevieran!

Con el permiso de la otra parte, accedieron al portal, dieron la luz y subieron al piso indicado, que ciertamente era el segundo. La decoración era inexistente, feísima la escalera, toda desconchada en el material que remozaba sus paredes en tiempos, como ya os dijimos también. Apreciaron por primera vez, con su vista, lo que Alberto les había contado e impreso en su imaginación, más o menos. Alberto no estaba esta mañana para muchas más explicaciones, pero tampoco durante las mañanas normales. Alberto fue un chico soñador -esto ya os lo hemos contado también, ¡y qué bien me sirve como relleno!-, pues de pequeño le gustaban las aventuras de piratas y pistoleros, de genios y exploradores, de ciencia ficción y elucubración, aunque ahora, quizá porque no existen ni piratas ni marcianos, y menos exploradores de catadura antigua, a lo Verne, se dedica a otras aventuras, muchas de las cuales resultan de verdadero quebradero para el ajeno. Pero no pasaban de allí, pues el argumento, que sí, que aparte de ser original y entretenido mayormente, necesita de las suficientes esencias del arte y de la filosofía para convertirse en una verdadera historia, digna y superior, posible de ser loada y recordada, pues que no brillaba en este punto para Alberto. Ya están sus amigos por ello en el segundo piso, que por cierto, con el último inciso deben de llevar algo de tiempo esperándonos.

El entresuelo del segundo piso es aún peor que el del primero, quizá por aquella ley inmobiliaria a la que debemos sumar personas más miserables e indignas conforme vamos ascendiendo por los niveles. La

puerta es la segunda y antiguamente la madera, como la forma, eran de calidad; una mano de barniz, una capa de pintura a la pared, un buen fregado y una consciente limpieza, y de los cristales el mejor brillo, para dar fresca luz a este inerte interior, colmarían la alegría sobre la tristeza. Pero muchos propietarios y muchos inquilinos de la casa, me refiero a todos los que viven, prefieren gastarse el dinero en vicios... o en su pobreza. La mentalidad falla aquí... ¿por culpa de la miseria impuesta? Existen débiles economías. Y la más caótica relación la producen la unión de la inconsciencia y de la necesidad. Ésta ha adquirido, hoy día, sello en el desbarajuste de las mentes. Alcohol, juego, droga, indolencia y desorden han sustituido las pasadas necesidades primarias. Terminó para bien o no tan bien vuestro... Jose y Edu se sentían observados. Debía de ser por la mirilla, ¡claro está!, pero la delicadeza puesta en la observación les confundía. Al rato de llamar y de no recibir contestación, al rato del periscópico miramiento, se oyó desde dentro del piso, con la puerta sin abrir, este contundente saludo:

- ¡Mierda! ¡Os voy a matar! Ninguno de vosotros es el violador de ayer, aquel maldito cabrón como vosotros.

- ¡Eh! no te pases -prorrumpió Edu, mientras Jose se cagaba de miedo, como nunca hasta ahora. Cosas de la fachada, del momento, del interior. Características e intersección de causas y efectos en la vida.

Los papeles comenzaban a intercambiarse entre los dos amigos. A la hora de la verdad, Edu iba tomando el dominio de la situación, aunque ese control fuese perceptible solamente en su interior. Jose fue oír de cerca aquel tono y vocabulario chabacanos y hundirse. No es que la sucesión de tacos fuese muy diferente a la que ellos mismos empleaban en sus normales accesos y en muchas de sus conversaciones, pero la contundencia de aquella voz neutra, empleada en ese momento (lo que era normal), amilanó

los ánimos de Jose. Edu prosiguió adelante, no hizo ninguna intención de calmar a Jose, pues estaba presto y haciendo ya frente al enemigo.

- Mira, aquí el único cabrón eres tú; fue la zorra de tu hermana o lo que sea con respecto a ti, que eso no está nada claro, la que se tiró a nuestro amigo. Después os aprovechasteis de su miedo y le hicisteis el chantaje. Él no ha venido porque sigue muerto de miedo. Nosotros simplemente hacemos de mensajeros, te traemos la mierda que le pedisteis y vosotros ahora nos vais a dar todas la fotos y carretes, ¡eh!, ¡y carretes!

Ante el tono categórico y fuerte, seguro, que Edu empleó, y de que él mismo se sentía orgullosamente sorprendido, el maleante o quién fuera, pidió más silencio, que estaban todos los vecinos ya en sus casas y no había por qué llevar el tema fuera de su propio ámbito.

- ¡Venga, calma! Yo voy a entreabrir la puerta, estará sujeta con una cadena. Me daréis por ahí el *parné* y después, tan pronto como lo cuente y vea que esté bien, os entregaré el material que tanto deseáis. ¡Eh, tranquilos!, un negocio y tan amigos.

- ¡No!

- ¿Qué dices tú?

- Tu primero el material y después nosotros el dinero.

Jose seguía estupefacto la actitud de Edu. Había llegado a pensar que el negocio se haría cara a cara, hablando, discutiendo, observando el lugar, a la víctima que sufrió la supuesta agresión y al quinquí que les quería timar. Puestos todos en ambiente, la cosa podría tomar algún derrotero factible para recuperar las fotos y no dar un solo duro, o incluso terminar felizmente con un simple donativo o con una ingente borrachera. Pero los acontecimientos se iban, como los más importantes que en su vida ha pretendido, al agua. Esa pretensión él la hace de manera profunda; es la

otra cara de su vida, la que se crea desde la *perdurancia*. Él lo cree así muchas veces. Cree. Pero no le salen los planes. ¿Mal método?

Ya a aquel hermano, amante o chulo ya no le importaba el volumen de su voz y la ejecución del escándalo. Esto también me recuerda otra imagen anterior. El dinero se avino a los deseos de la avaricia y el resto de consideraciones ya no servían. Y en esto hubo la única coincidencia de los dos bandos enfrentados: Jose volvió a caer momentáneamente en un acto de locura, y a él menos que a nadie ya le importaban el griterío, el follón y la gresca. Reconcentrándose en un punto de su cabeza toda su sangre, en el breve instante de una décima de segundo -al menos así él lo creyó- se lanzó con todas las fuerzas de su rabia contenida, y ahora totalmente desatada, contra la puerta. Y le dio tal patadón a la misma, ayudado por su fuerte complexión, que hizo saltar el débil cierre, casi la puerta, llegando a tirar toda la escoria hacia atrás. Más aún, recibió ésta tal golpe en los morros, la nariz y la cabeza, que cayó al suelo lleno de sangre y seco, totalmente inconsciente. Aquélla, “*la Fresca*”, lanzó un ahogado ¡ah!, no pudo gritar ni reaccionar, echándose hacia el cuerpo caído. Mientras, Jose entró, y aporreando la cabeza del quinquí, decía incontrolablemente, con el mayor ánimo y arrojo desatados, que son los que producen las victorias más decisivas (aquellas derivadas de la inconsciencia):

- ¡Cabrón, cabrón!, vas a morir ¡perro! Te voy a matar. Dame las fotos, ni un duro verás, hijo de la gran puta.

A esto Edu ya pudo sujetar por detrás a Jose y decirle que ya estaba fuera de combate. Mientras, la chica quedó ahogada en su pánico; el cansancio de su vida -y tan joven- había desquiciado, hacía ya hacía algún tiempo, una más lógica reacción. Allí contemplaron el pasillo y el recibidor que imaginaron tras el relato de Alberto. ¿Ahí había gozado su amigo? Indigna debería de encontrarse su mente. Aquel escenario para relatos

anormales bien valía. Para películas de moda, de estas de tres al cuarto, y que ahora son las que ganan todos los *Velázquezs*, sí podría resultar. Con estos últimos comentarios, más propios del narrador que de las mentes de nuestros héroes, volvemos a ir al centro, precisamente y preciso, de la escena. Allí sobre el suelo habían tres o cuatro fotos, de revelado inmediato, con unas escenas un poco evidentes, pero tan poco tan comprometedoras. La chica había participado, el fotógrafo era malo y el miedo había sido la única arma firme, y bien empleada, por el ser que ahora yacía bien sangrante sobre el suelo. En esos momentos, y como correspondiendo al estado de locura de Jose, Edu cogió fuerte a la chica también por la parte de atrás del pelo, y estirándoselo y haciéndole bien daño, le dijo:

- ¡Putá, furcia! ¿Hay más fotos? ¿Negativos? -era evidente que no, pero la locura de la situación exigía la seguridad-, cualquier cosa que comprometa a mi amigo, ¡escoria! ¿No os da vergüenza? ¿Qué vida lleváis? ¡Vagos! Os está bien lo que os pasa ¡basura! ¡Di, zorra! ¿Dónde está el resto?

Ella simplemente movió la cabeza despacio, alternativamente de izquierda a derecha y de derecha a izquierda. Este no, fue concluyente por el aspecto estético que lo produjo. Una vida humana deshecha e inservible, sepultada por la mala vida, por la desorganización, y que en ese momento solo ofertaba lo más evidente, la maldad -¿seguro?-, el miedo de siempre - ¡cómo no!-, fue creída. Dejó bien tranquilos a Edu y a Jose. Cogieron las fotos después de registrar bien al quinquí y de echar un vistazo al piso por encima. Las voces de los vecinos: «*Gamberros*» «*Sinvergüenzas*» «*Voy a llamar a la policía*» «*Desgraciados, drogadictos, mataos fuera*» les pusieron pronto en fuga. Nadie, por eso, salió a ver el espectáculo. Dando fuertes zancadas y bajando los escalones de tres en tres, o de cuatro en

cuatro, llegaron en un santiamén al portal. Abrir la puerta, andar a paso ligero hasta la tranquilidad de otras calles, y un segundo, fueron lo mismo. El orgullo pronto se les apoderó, se hizo dueño de sus personas:

- ¡Jose, Jose! eres genial, qué bueno, qué salida única, solo a ti se te ocurren las mejores soluciones. ¡Qué valor, qué portazo y qué merecido a ese cerdo!

- ¡Jo! De verdad estoy orgulloso, pero en ese instante no era yo mismo. Bueno, sería, pero reventé, me volví loco y todo el que se me hubiera puesto por delante habría sabido de una manera u otra quién soy.

- ¿Quién vas a ser? Jose, el de siempre.

- ¡Somos los mejores! -abrazándole.

El éxito de la operación acaeció sin ninguna estrategia. La noche en ellos se hizo consecuente: parece que la vida acondiciona los hechos malos hacia los hechos buenos y éstos de nuevo a los primeros. Esa es al menos la teoría para con ellos, porque son los acontecimientos los que nos hacen filosofar en una dirección u otra. Pero un pensamiento insulso, un comportamiento pobre, sin decisión, se quedaría en ese punto. Los hombres de mayor intención planifican ya más la vida, aunque la mayoría de veces sean solo los impulsos quienes organicen. Sólo los valientes, las personas que poseen cierta energía de pensamiento, serán capaces de dar movimiento a la vida. O eso también se creen éstos. Es entonces cuando el orgullo puede apellidarles, pues otra cosa o la exageración, que suelen basarse en la mentira, entrarían en el terreno de la fanfarronería. El fanfarrón puede ser fuerte, pero su propaganda igualmente le pierde. Son el aplauso y el laude ajenos quienes dan el beneficio del orgullo. Únicamente existe en un único caso el orgullo solitario, individual, y éste solo puede darse en personas elevadas, inteligentes y sabias -otros que también se creen-, cuyo gran poder mayormente les ha servido para aislarles más bien

-eso sí.- La incompreensión surge como el regalo externo; sin embargo, en ejemplo a lo que representan, reaccionan tranquilos y con toda la esperanza. Siguen creyendo aún más en su proyecto entonces, vuelven a alimentarse todavía más con su fuerza interior, incombustible, y las nuevas ideas retornan a la plasmación de un fin estético. Persiguen el triunfo, pero la dinámica de su experiencia, donde el desengaño y la comprensión del mundo se producen, les dora con un carácter cada vez más sobrio y sencillo; el humor les resultará la mejor válvula de escape. El culmen es estar a gusto consigo mismo. Tan estúpido concepto solo tiene valor con la correspondiente experiencia. Al final son solo los amigos y simples conocidos los que al fin deben reconocer su mérito. La envidia solo es, solo alcanza el nivel de su esencia, en el trato con personas de cierto poder, de cierta belleza y de cierta inteligencia. Pero cuando estos valores se hacen absolutos, la envidia es sustituida por la evidencia, y el ser más mediocre, de atreverse a hacer más de una mueca pasa a ser partícipe, eso sí, a su manera, del público.

Cogieron enseguida el metro y apenas tuvieron que mirar a su alrededor para observar que el éxito había sido grande. Efectivos y limpios. La única suciedad provino de la sangre de aquella podredumbre, pero las posibles manchas, que ella les dejara, limpiarían el honor de los tres como lección. Eran minúsculas, sin embargo, las que les tintaron. La suciedad en su sitio y la blancura para con ellos. De estas formas y maneras surge también el verdadero arte. Cuando llegaron a su zona se metieron en la cervecería del *Murciano*.

- Dos jarras y ves preparando otras dos.

- ¡Qué pasa! ¡Qué cambio! ¿De dónde venís? ¿Vuestras chicas os han lavado el ánimo? ¿La lotería? Antes estabais abatidos. ¡Esta juventud!



- Nada, *Murciano*, los ánimos, el tiempo, la vida.

- ¡Ay!, la tontería que lleváis encima. En mi época no sobraba el tiempo para comerse el coco en bobadas.

- Creo que vamos comprendiendo vuestra época -dijo Edu.- Los tiempos deben ser suficientemente duros para que el hombre tenga su significado. Entonces pueden surgir teorías, ideologías, pensamiento. El propio esfuerzo nos es necesario. El otro día vi en la tele como explicaban que nuestro estrés cotidiano se debe a que los cuerpos se crearon para la caza, para el duro esfuerzo. ¿Dónde nos desfogamos ahora? Antes esta pregunta tenía otra respuesta que la que le damos hoy.

Y el narrador se dice: ¿y para estar cazando, como el pobre hombre prehistórico, siempre pendiente de la vida y de la muerte, se ha nacido? Ahora yo también me vuelvo moderno, pero filosófico y a mi manera.

- Eso es lo que yo os llevo diciendo hace mucho tiempo y mira el caso que me hacéis. Antes no podíamos protestar contra el Franco, teníamos mucha faena. Fue la próxima generación, la que ya dispuso de tiempo y comida -haciendo el dueño del bar el gesto del bocado, el gesto de llevarse algo a la boca- la que provocó las huelgas y manifestaciones. Muchos fueron listos y se subieron a las posibilidades de los nuevos cargos. Lo de siempre. Ahora también vuestra generación piensa más, es más sabia, más instruida y eso es bueno. Sois más solidarios, aunque antes no era necesaria tanta campaña de ayuda. Los vecinos nos ayudábamos entre nosotros. Si existe tanta asociación hoy en día, más que por la democracia, es porque cada vez nos ayudamos menos entre nosotros. Bien, todos los tiempos tienen lo bueno y lo malo, y la idea sería coger lo mejor de cada época. Bueno, estamos en el hoy, en nuestros tiempos modernos y debemos seguir. ¡Cuanto nos gusta hablar! ¡Vamos a solucionar los problemas del mundo!

- Y qué mejor se está aquí de tertulia en el bar entre amigos.

- ¡Y tanto, coño! Ahí están vuestras cervezas. Así es la vida, al esfuerzo debe seguirle la diversión.

Y ambos amigos le miraron como si contemplaran al profeta o al filósofo. Vieron desde este punto de vista que la vida no era tan complicada de explicar, o al menos no debería ser tan complicada de vivirla con este planteamiento.

- ¡Murciano!, cogemos una mesa y danos línea al teléfono.

- ¡Oído y Hecho!

Alberto debía recibir la noticia lo antes posible. Estaría impaciente, después tomarían alguna cerveza más y se irían a casa. Antonio, aunque hoy era lunes, cerraba siempre tarde. Hoy aguantaría hasta que se hartasen ellos de cerveza. Bajaría la persiana si fuera preciso. Siempre era rentable este bar, porque Antonio, *el murciano*, creaba buen ambiente a su alrededor. Animal para el trabajo, mañana a las seis y media ya estaría la cafetera preparada. «*¿Para que nos dio Dios las horas? ¿Para perderlas en la cama? Hay que trabajar, no como vosotros que un día hacéis unas horas, os tomáis seis para gastaros el dinero que con ellas habéis ganado y los dos días siguientes los necesitáis para reposar la turca que habéis pillado. Así ya entramos en fin de semana. Es decir, que de siete días trabajáis uno. Yo creía que el cuento que nos contaron era al revés*».

- Antonio, el de siempre.

- ¡Alberto, Alberto, todo okey. Y ni un duro. Mañana te lo contaremos todo, tenemos todo el material y te lo daremos, junto a la guita. Pero algo te pagarás ¡eh! ... ¡No!, mañana nos vemos, tranquilízate. Te digo, soy tu amigo ¿no? que todo está hecho, todo está arreglado y tú nada has de temer porque nada nada ya te acusa. ¡Vale! Confía hoy en mí más que nunca. Duerme tranquilo...

Así, con unos minutos más de convencimiento, consiguieron calmar algo a Alberto. Al menos decía su Papi que todo estaba bien resuelto. Pues había que creerle, aunque dada la naturaleza de los hechos su palabra no bastara. Sin embargo, debía esperar a mañana para saber más detalles. ¿De qué se tenía que quejar? ¿Y si todo hubiera salido al revés? «*Es que nos quejamos de vicio.*»

- ¡Que buena y sabia es la cerveza para las personas competentes como nosotros, ja, ja, ja! Por nosotros Jose -brindando.- Estoy orgulloso, podía habernos salido todo fatal para los tres, pero también nosotros tenemos nuestra buena estrella, poseemos cierto estilo e inteligencia, y lo cutre y estúpido solo queda para los seres de las colonias.

- ¡Sí!, en ellas hay de todo, pero la mayoría de lo inane y fútil se impone. ¡Qué catetos! Son como los negros en América (se referirá a los de EE.UU.), como los gitanos aquí, los más pobres y discriminados imitan lo peor. En América (y vuelta) muchos negros tienen un cochazo y viven en la más completa miseria (allá se hacen los vehículos como rosquillas y se alquilan como churros, pero existe bastante verdad en el concepto, a pesar de todo...).

- Y muchos, como aquí los gitanos, se auto-marginan con su forma de actuar (más excusas i desconocimiento. La ignorancia estandariza todo lo que está fuera de nosotros, mientras que lo nuestro siempre es excepcional, digno de estudiar y justificable por esa misma originalidad).

- ¡Sí! Hay que tener mayor conciencia y temperamento.

En los tiempos modernos, al narrador todo le parece más banal y falso en las cuestiones del espíritu, pero como pasa en todas las épocas, también existen ciertas catalogaciones interesadas por parte de cualquier sector social que los conforman. (Tribus, vecinos, naciones, razas, civilizaciones, ¡aggg!). La diversidad da una opinión, y callarla, sí que

verdaderamente conduce al problema. Este espíritu reflexivo y de controversia ya gusta más. Y espero que las personas inteligentes comprendan la intención. Por las otras no será así. Existe un tercer grupo de congéneres, todavía más peligrosos que los ignorantes, porque poseen toda la intención y decisión, que tergiversarán esas palabras para intentar obtener un beneficio económico o social. Este último conduce pronto al primero, y así las S.A., los bolcheviques, ¡digo!, las masas, serán teledirigidas como fuerza bruta contra el enemigo.

Después prosiguieron hablando de tías y sobrinas, de juergas, de viajes y de estudios. Por este orden, pero haciendo dos grupos. El segundo grupo les entristeció porque diéronse cuenta de que a estas alturas del curso el estudio en absoluto les caracterizaba. Pero es típico del alcohol variar, y de un modo característico, con cualquiera de los contrastes. La conversación adquiere en un punto el balbuceo. Es entonces cuando los que se diferencian de alcohólicos y borrachines finalizan la aventura por los campos de Baco, que con toda la razón del mundo, no solo se componen las propiedades de este dios de toda la variedad de viñas, sino que la cebada y demás cereales entran en el nuevo lote del propietario. Las hierbas aromáticas de los campos inundan con todo su perfume aquella zona del bar. Allá van, por los hombros bien unidos, Jose y Edu, Edu y Jose, canturreando algo ininteligible y que hace reír al *Murciano*.

- ¡Va, a casa! Que hoy la vais llevando buena. ¡Qué jóvenes! En eso no habéis cambiado. Igual que nosotros.

- Adiós *Murciano* ¡viva el santo jumilla!

- ¡Viva! -ayudó el *Murciano*.

- ¡Y vivamos todos! -concluyó Edu.

- ¡Eso!

Salieron hacia la noche para despejarse lo suficiente entre sus fauces. Una ligera brisa les hizo bastante bien y las estrellas continuaban, como cada noche, sin verse. La luna, el lucero más poderoso, estaba en toda su firmeza, pero con un tristísimo mate de humedad. Mirando Edu la luna llena, le dijo a su amigo de fatigas:

- ¿Para qué necesitamos armas si con tu *kárate* nos bastamos? ¡Qué patada! La *lugger* no ha hecho falta.

- ¡Qué falta iba a hacer si encima iba descargada!

En eso cambiaron el rostro, y dándose cuenta del peligro real que habían corrido, comenzaron de nuevo a reflexionar. Lo cierto es que ellos no eran policías, ni tan siquiera detectives, y a eso era a lo que habían jugado esta noche, pero en una historia bien real. Solo el destino y la suerte parecen explicar el suceso, pero también fue su decisión la que dio sentido al argumento disponible. Podían haber estado cerca de una desgracia, de un navajazo, de un tiro, ¿qué hubieran hecho ellos con su *lugger* descargada? Y además, ¿cuántos tiros habían hecho en su vida? Las cosas parece que hay que pensarlas más, pero ellos sienten algo diferente con respecto al grupo de su generación. Ellos mismos se dan cuenta del hecho de sus vidas: se lo pasan lo mejor posible, se sacrifican poco por su futuro, pero luego ya se quejarán o conseguirán alguna plaza de funcionario. Tampoco son unos tiempos muy fáciles, aunque ellos suelen realizar dos o tres viajes al año con parte de lo que trabajan y con parte de lo que subvencionan los «*adorables viejos.*» Mas ellos, extraño esto por los tiempos que corren, son capaces de arriesgar inconscientemente sus vidas por un amigo, y por un amigo que siempre se está buscando los problemas de la manera más tonta, de la forma menos inteligente.

Son raros estos tiempos modernos: hay más solidaridad, más movimiento asociativo, más individualismo en el vecindario, más alcohol

que nunca, más de todo, pero lo raro es una acción semejante. El movimiento racionalista evolucionó desde sus albores, allá por el s. XV, para conseguir este presupuesto de conversación. Arriesgarse en esta vida, de obra o de palabra, es de tontos, es para los tiempos antiguos, es para quijotes y buscones, para hombres lazarillos que cumplieron su misión en su mundo imperfecto. Hoy, que al arte de la hipocresía se le ha unido el apoyo de los medios de comunicación y artistas (que forman ya ambos un inextricable cúmulo), creemos vivir en los tiempos más sinceros. Las buenas formas poseen el antiguo mensaje, pero el nuevo estilo las hace todavía más deplorables. Una época, que a nivel social no se cree hipócrita, es peor que todas aquellas anteriores, donde el hipócrita no traspasaba al individuo o a su propio ámbito social. Las clases eran bien definidas, para nuestro bien, desde este punto de vista. Es lo que no le debemos al progreso desde el mismo punto de vista.

- ¡Estamos loco! -dijo Jose.

- ¡Sí! ¡Como dos cabras!

Y la noche se los tragó hasta la mañana siguiente.

### CAPÍTULO III:

La explicación fue complicada porque Alberto estaba descentrado desde que se originaron aquellos hechos. No le cupo en la cabeza, hasta que Jose y Edu rozaron el enfado, que tal como se dieron los acontecimientos era improbable que toda la historia tuviese más consecuencias. El desenlace le pareció increíble por su solución tan sencilla. No podía comprender como las cosas de la vida seguían unas direcciones tan inverosímiles. De aquel tremendo miedo que sintió cuando aquellos diablos se le echaron encima con todo su mal, se ha pasado a una solución deseada, pero que él no esperaba con tal proceder. No acertó a pensar que fue más su miedo, que la cruda realidad, la que le puso contra las cuerdas. El principio del éxito, de aquellos desgraciados de la vida, sencillamente se basaba en eso. Mas los rateros de poca monta también son los más cercanos a que el fracaso se ensañe en sus planes. La casualidad mece su espada sobre unos y otros porque ambos apenas conocen la naturaleza de ciertos hechos. Hoy a unos les ha tocado sobrevivir y a los otros sucumbir.

- Suerte que no vieron el contenido del sobre. Bueno, ya sé que digo una tontería, esto no pudo haber ocurrido nunca, tal como me contáis, pero solo os puse cien mil pesetas en el sobre. Coloqué algún relleno para dar mayor sensación, pero cualquiera les pide dinero a mis padres. Sí, tienen, pero a un hijo de papá como yo le controlan diez mil pesetas como a vosotros veinte duros.

Sus amigos comprendieron, no censuraron nada a Alberto y el tema pasó como una frase más durante aquella tertulia de la explicación.

Cuando los días certificaron que no podían ya surgir más consecuencias, Alberto recobró plenamente la tranquilidad. A los quince días ni una llamada alteró la atenta vigilancia a la que se expuso; él temía

una venganza, una persecución, el desenlace terrible del asunto. ¿Pero sería aquella pareja de ratas tan ineficaz en sus acciones? ¿Cómo le pudieron atemorizar sus maneras? ¡Claro!, la navaja, el hecho impensable después de aquel gran placer, la sorpresa de tal bellaquería; eran muchas cosas para que un hombre inexperto, como él, comprendiese en el acto. Las empresas de la guerra contemplan este mismo factor de la sorpresa para equilibrar, a las superiores fuerzas del enemigo, las propias. En más de una ocasión el triunfo fue hasta fácil. Con qué facilidad le había llevado aquella serpiente a su madriguera. Una serpiente de piel roja.

Cuando el poso del tiempo retomó el suficiente cuerpo en sus vidas, aquella historia pronto comenzó a tomar la naturaleza de anécdota. No le hacía mucha gracia a Alberto cualquier comentario irónico; pero tampoco se enfadaba violentamente. También él pronto seguiría su propia corriente de humor. El tiempo, ese mágico cuerpo inmaterial, capaz de domar la más dura materia...

Después de este inciso en sus vidas, y que nos ha servido para presentar parte de las habilidades de los protagonistas, lo cotidiano volvió a alcanzarles. Pero únicamente de lunes a viernes, y aún así, ellos mismos buscaban darle variedad al derredor que los envolvía. Los estudios continuaban siendo vulgares. Ellos, que eran la parte principal de su desarrollo, se esforzaban lo mínimo para ir pasando los cursos. La mediocridad les envolvía, bien lo sabían, pero la juventud es unívoca. También la suerte podría de nuevo otorgarles una gran ayuda, puesto que la ayuda, en sí, sí la esperaban. Creían, como casi todos los jóvenes de hoy, y del ayer de hace poco, en los galimatías y cambalaches de los fenómenos extraordinarios. Esperaban que los prodigios rechazados por científicos y materialistas les diesen un gran empujón. El horóscopo, el juego del



número, el poso del café y cualquier fenómeno más serio, como el de los fantasmas y el de la cuarta dimensión, les ofrecerían las respuestas para sobrevivir a la cruel sociedad que les rodeaba. (Uno también lee el horóscopo del periódico cada día, ¡ejem! No puedo ocultarlo; lo saben mis compañeros de trabajo. ¡Maldita sea! No puedo pasar por un perfecto intelectual de marras. Irían a un perverso *Sálveme*, el cual a veces veo con mi madre; yo que simplemente la acompaño por amor de hijo. ¡Pero como engancha su veneno! Esto cada vez se pone peor). El trabajo sucio les sería pertrechado por las fuerzas ocultas. Más aún, no haría falta mover un solo dedo; los ovnis cualquier día vendrían a salvar el mundo. Todo ello a veces no pasaba de un mero juego, pero aquella inacción suya debe comprenderse. Después ya trabajarían toda la vida, se casarían y se hipotecarían, para luego ¿qué? Realmente, todos así hemos sido revolucionarios alguna vez, al menos en nuestra juventud.

Por otro lado, la parte activa, la que corresponde al brazo ejecutor de la instrucción, también dejaba mucho que desear. Los profesores universitarios, de la mayoría de facultades y disciplinas, se han convertido en el mayor bloque de contención de los jóvenes. Evitan que se estiren de los pelos continuamente y el índice de suicidios no ha subido tan exageradamente, como se hacía temer en algún tiempo. Ellos los tienen bien entretenidos a todos y hasta cerca de los treinta mantienen aún el contacto con muchos de ellos, pues entre el doctorado y la tesis, el entretenimiento continúa. De todas maneras, el conocimiento adquirido es loable, porque la instrucción básica, las formas de saber trabajar, ordenarse y de iniciar una acción, son imprescindibles en el mundo de hoy. El desengaño llegará luego, cuando se den cuenta de que esa enseñanza general también se podía haber aprendido en un curso fuerte de bachillerato, y que evidentemente no se da en ningún instituto. Como al

profesor de instituto se le impide, en estos nuevos tiempos modernos de la inteligencia, hasta exponer su propia opinión, el resultado es por el que vamos. Los de la asociación de padres de marras o los que perfilan la terapia a aplicar sobre la jaqueca que producen los deberes en los alumnos, poseen también sus correspondientes estudios superiores. Tampoco es necesario que aprendan mucho los futuros oficinistas y usuarios de ordenadores, porque aquellas ideas trasnochadas, que llamaban en el limbo de los tiempos con la expresión de “*formas de comportamiento*”, solo servían para respetar a nuestros semejantes, a los que conviven junto a nosotros en esta sociedad, pero no para ganar dinero. Y ya no hablamos de metafísica y mucho menos de teología. Qué bien lo saben y cómo se aprovechan los grandes empresarios del lío formado por la instrucción de los tiempos, y que ellos mismos han recreado. El contrato de aprendizaje “*enseña verdaderamente*” y sirve para los de siempre. Yo mismo tuve contrato de aprendizaje hasta los treintaidós años.

Después de este panorama, se produce la queja fácil del alumno. Éste se siente ofuscado, desanimado por todo lo que le envuelve, ¡y claro!, «*¡Qué vamos a hacer!*».

- Ir de juerga Alberto, ya nos conviene ¡coño! -Y la salida es la fácil también, como siempre: a las horas de lectura «*el cine y la televisión crean más expresividad*»; la forma de teatro elegida es el post-surrealismo, donde como nada se entiende, evita el peligroso movimiento de una tertulia en la que sí hay que entender, es decir, concretar; la concreción es motor de la explicación. Entonces podríamos lanzar peligrosas preguntas al aire y contra algunos. “*Vosotros entender solo eso: trabajar y comprar. Lo demás, dejarlo para nosotros.*” -dice un demonio, escondido en el bar o en la sala de baile. El viaje es el apiñado conjunto de las experiencias de toda una temporada, cuando para el narrador debería ser una observación y no el

fuerce de las circunstancias. Buscando solo lo original, nos alejamos de la diferencia, esa misma diferencia que en nuestro propio país nos da vergüenza. El desconocimiento cultural toma hoy el disfraz de la exaltación, pero solo así pueden engañar a algún tonto.

La habitación volvió a ser su pequeño nido de confidencias; el lecho, la acción y reposo de sus sentimientos. Jose y Lu se querían a la manera de hoy. En la época contemporánea se ha inventado un nuevo tipo de amor, de ahí mi anterior especificación. No existen compromisos serios -son ellos vulgares y dan vergüenza-. La pasión dura una noche o una temporada. Llamar pasión a aquellos lances de sufrimiento en el pasado, que demostraban solo la represión sexual de nuestros padres y abuelos, cuando el compromiso era irrechazable por la existencia del obsesivo amor, era una tontería, una inmadurez, la adolescencia de mentes infantiles. Verse un momento, era el infinito. El pensamiento desarrollaba todavía más el ardor cuando las circunstancias impedían verse a los novios, y si llegaba el matrimonio a consumarles, la monotonía cotidiana era el paraíso en la Tierra. Ellos así, siempre tan enamorados. Este era un amor interno, donde los sujetos de su acción no atendían a ningún complemento externo. Sólo se valían para con ellos. ... .. Nuestro amor en los tiempos modernos parece gozar con lo contrario. Se ha convertido en un nuevo espectáculo, publicitario para ser exactos, y el cambio, con la exposición y cuenta de las aventuras, es todo su valor. Amor externo, cuando la única naturaleza que habría que validar es la que existe entre dos almas. La mayoría está con él, aunque hipócritamente piensen en el amor interno. El conflicto entre lo que se quiere y lo que se lleva, les hunde en las expresiones y acciones más estúpidas, y cuando existe una mayoría, aún hay que justificarse con mayor razón. Esto significa que no existe ninguna plaga benigna, sino no se

denominaría plaga. La superpoblación es también un problema como el de la injusticia, y de su unión surge el mejor control por parte de los magnates actuales. De esta ocurrencia pueden sacarse conclusiones, pues ella viene a cuento. (Bueno, como siempre, el narrador éste de marras ha vuelto a exagerar; maticemos que es la tendencia más común en nuestra cultura, hoy).

Sus cuerpos, bellamente ataviados por el desnudo, se demostraban el cariño contemporáneo. Abrazados, tras la cohabitación, el reposo es un buen momento para la reflexión. Ambos están mirándose y mirando hacia su propio interior, no al de su pareja. Están pensando, están reflexionando, ahora sí hacia adentro. El tiempo ya es largo en sus vidas, dos o tres años han transcurrido. Han hablado de convivir y en un futuro hasta de casarse y tener hijos. Ello queda lejos, pero han hablado. Estas cosas antes no se discutían, se daban por hechas. Lo que yo no me explico es porqué entonces existen cada vez más divorcios y separaciones si se habla más, pues hablar ya lo hacen hasta los monos y los ordenadores. Hablar y hablar, en el café, con una copa, en el desayuno, en la merienda, ¿y de qué hablamos? Sí, antes no había divorcios, los prohibía la iglesia en minúsculas. Pero si es que todo, antes y hoy, es un cúmulo asqueroso de despropósitos. Es que dan ganas de irse a Marte. (Bien. El narrador solicita un momento de reposo, que quizá incluye hasta un antidepresivo. ¡Tiempos modernos!)

... ..

El aire de la habitación conserva la fogosidad de la pareja, pero según mi anterior teoría, esta fogosidad no es entera. Quizá el entusiasmo, quizá el delirio, faltan en cantidad en cuanto a la característica de la

calidad. (No todos van a ser esos locos de finales del siglo XVIII y de hasta principios del XIX).

- Jose, haberme llamado antes, te podía haber aconsejado, haber ayudado.

- No quería preocuparte. Este Fito siempre nos mete en líos, pero esto ya no va a pasar más. Él mismo ya se ha hecho cargo por nosotros.

- Jose -acariciándole el pecho-; ya llevamos tres años.

- Sí, mucho tiempo y aún seguimos.

- Sí, todavía nos queda.

Tras una breve pausa...

- Lu, voy a hacer un viaje, pero quiero irme solo.

Sin apenas pausa...

- Puedes tranquilamente, yo también necesito alejarme un poco de todo lo cotidiano. Siempre vernos no es muy bueno. Que bien nos comprendemos Jose -y apretujándose fuertemente a él, le besó intensamente.

No entiendo, la moda me tiene cada vez más apartado, como en una jaula, para que el bicho raro no moleste pero para que sí sirva de objeto de exhibición. Estos tiempos maniáticos, que hacen de todo un museo. El coleccionismo actual es patológico.

- ¿Y dónde piensas ir amorcito?

- No sé si a Oriente o a Centroeuropa. Ahora todo el mundo va ahí; se han redescubierto dos grandes mundos culturales. Más bien, por el siempre consabido dinero, iré a Praga. Está más cerca. Dicen en la facultad que es muy bella, que conserva un equilibrio entre lo antiguo y lo moderno, entre Oriente y Occidente, y que en su nuevo resurgir, tras el martillo soviético, las antiguas fuerzas de la renovación vuelven a estar de nuevo en ella \*.

- Que bien eliges. Recogeré tu idea, y pensando en ella... me iré a Oriente. A Estambul, que también se lleva. Yo ahora tengo un poco más de dinero, fastídiate -finalizó riendo porque Jose ya estaba encima suyo retocándola con todo tipo de carantoñas. El cariño volvió a darse entre ellos y un último impulso, por hoy, culminaron.

Edu no podía acompañarle, debía de trabajar en el bar los fines de semana, tenía poco dinero guardado, prefería esperar a las vacaciones normales. Semana Santa estaba fuera de él este año. A Fito, ni se lo propuso Jose. Quería también alejarse un tiempo de él, dejarle solo una temporada a ver como se defendía. Pero antes le hablaría francamente. Sin pretender humillarle, le diría cuatro verdades de la mejor de las maneras, para que comprendiese, una vez más, por el camino del buen trato. Era su amigo, su hijo desde muchos puntos de vista, y las cosas habían llegado

---

\* También esta frase al narrador le resulta algo extraña y no por el mero contexto.

a un punto límite desde el que Fito tendría que comenzar a cambiar. Al menos, debería ser consciente, por fin, que las cosas que hacemos de mayores no pueden ser como las cosas que hacíamos de pequeños. Él lo sabe, pero jamás lleva a cabo la palpable teoría. Por fin decidió que se iría a Praga. Lo haría con un conocido de la clase de Historia Económica. Parecía algo raro aquel ser moreno, de formas agraciadas y de buen sentido del humor, pero tampoco como para rechazarle como compañero de viaje. Sus rarezas estaban solo en sus conocimientos. Parecía no darse cuenta de los tiempos en los que estábamos. Si únicamente ése era el problema, tampoco por ello iba a prescindir de compañía. Jose no podía ir solo de viaje, por mucho que uno de los caracteres de estos tiempos sea la búsqueda total de la independencia: *«A mí no me importa desayunar sola. Hay periódicos en*

los bares» *«Viajar sin compañía es reencontrarse consigo mismo, consigo misma, es ir a la búsqueda de imprevisibles relaciones»*. Pero hasta que ellas acompañasen su soledad, lo pasaba francamente mal. Andrés aceptó gustoso. Serían pocos días y no tenía ninguna mayor rareza; era flexible, se apañarían como pudieran para la cena, porque solo llevarían pagada la estancia y alguna comida, y el espíritu aventurero también podría darse, con ellos, de todas formas. Pero eso sí, desde el primer día ya tendrían con quién hablar y con quién distraerse los ratos muertos que agobiasen sus mentes.

Andrés era bien malo para los idiomas. Penderían ambos del inglés de Jose, de un nivel mediano, pero más que suficiente para las circunstancias dadas en el viaje.

Estuvieron seis días, dos perdidos en viajes, pero fueron suficientes, porque se aprovecharon bien en la capital checa. Jose meramente tenía un objetivo por salir: alejarse, descansar en lo exótico. Andrés hacía el viaje por simple curiosidad. *«Lejos de intelectualismos baratos, voy porque así veo algo de mundo, pero donde yo me lo paso bien es donde me entiendo. En España conozco el idioma, puedo meterme profundo en las almas de la nación variada. Aquí solo intuiré por el espacio y las formas, por los colores y el arte, por el vestir, por las maneras externas de sus habitantes, que incluyen su voz, sus horarios y ademanes. Hay que salir de vez en cuando, pero el alma humana solo bien la comprendo en España. Es por la literatura que sé de franceses e ingleses, de alemanes y rusos. Y de ellos sé de entre ellos y sobre nosotros mismos. Aún podría defenderme con los franceses, con mi mal francés. Con los italianos algo también.»*

Este punto de vista animó definitivamente a Jose para que Andrés fuera su compañero de viaje. Andrés siempre había confiado en la idea de salir para conocer nuevas gentes y nuevas tradiciones, pero había

sucumbido ante la barrera real que representa el idioma. El conocimiento solo derivaría de lo plástico, de todas maneras, y de su ruda conversación cuando los originales del país hablasen inglés; y ahí entraría Jose. Pero esas conversaciones no serían cotidianas, arregladas al sentido de lo profundo; meramente representarían una alusión y beneplácito a los tópicos y costumbres de los países respectivos. Su idea al respecto era teórica, ideal, utópica. De Andrés sacó la conclusión Jose de que era un romántico, un idealista, pero que bien tenía los pies en la tierra porque el conocimiento era su guía. *«La mayoría de estudiantes somos así, nos creemos superiores por el mero hecho de que estudiamos y de que defendemos la justicia, pero nuestro gran fallo está en desconocer la realidad, sobre todo la social e histórica que nos ha formado y a la que debemos una herencia. Sacamos conclusiones gratuitas y solo pretendemos imponerlas. Somos los futuros dictadores en potencia. Menos mal que la misma realidad, a partir de los treinta, nos absorbe. Mostramos desde entonces, tan maña incoherencia, que la hipocresía duda muchas veces de sí misma como buena guionista. ¿Por qué separamos teoría y práctica? ¿Por qué no estudiamos más? ¿Por qué no nos obsesionamos un poco mejor con la literatura?, con esa inmensa reserva de experiencias de todos los tiempos, y que tan fácilmente aparece hoy dispuesta, como nunca, para su uso y consumo. Los libros son fáciles de adquirir, baratos, de sencillo formato. Pero hacemos todo lo contrario. ¿Cuántas editoriales y librerías existían antes? Hoy la economía parece ir solo con los combinados, con los viajes y con los medios audiovisuales, que no exigen mayor esfuerzo. Ellos no deben ser caros. La indolencia se ha hecho reina en algunos puntos del planeta porque la economía de mercado así lo ha permitido. En el resto están la miseria y el esfuerzo. El sacrificio ha desaparecido en los intelectuales europeos. El pasado obligaba a una mayor brega en Europa, pocas veces compensada*



*hacia las clases más desfavorecidas. Sin embargo, éstas disponían de una conciencia de la vida, bien experimentada para su desgracia, donde a la pobreza imponían dignidad y honor. Después los políticos la tiñeron con la ideología, más para mal que para bien. Hoy a las mismas clases desfavorecidas se les impone la extensión del alcoholismo, de la droga, del juego y de la violencia. La conciencia limpiaba la miseria durante el pasado; su falta hoy, emborracha de iniquidades a muchos. Europa pierde fuerza cuando ha sido origen de multitud de ideas. La filosofía, el arte o la ciencia saben a quién deben tanto. Pero últimamente, Jose, estoy llegando a la conclusión de que los mejores artistas, los clásicos de la novela, los mejores cantores de la poesía han sido meros genios solitarios. Han creado, pero pocos les han escuchado. Los dominadores han seguido sus opiniones, pero solo han hecho caso a sus propios objetivos inmediatos. Después de robar y matar, surge el mecenas y no al revés. Si así ocurriese, estaríamos en el dominio de superhombres o seríamos continuos partícipes de las grandes tragedias que han moldeado los ilustres dramaturgos. El asesinato, como expresividad artística e individual de las grandes pasiones.»*

Jose escuchaba embelesado, afirmando de vez en cuando con la cabeza a Andrés. No le comprendía del todo, pero veía algo diferente en aquel personajillo. Tal era su opinión, hasta entonces, sobre él, la de aquel callado y recogido alumno, simple compañero de clase al que siempre le pedían sus apuntes y al que muchas veces también le vieron su genio cuando les censuraba su actitud en clase. En la asignatura de Historia económica, fue para con su grupo de amigos un conocido especial, alguien más a tener en cuenta, pero la consideración no pasaba de la especie variopinta que en todas partes, y en multitud de formas, se deben dar para evitarle el aburrimiento a la vida. Así el mundo es tan bello. En estos

momentos del anterior entrecomillado, Jose y Andrés se encontraban tomando unas cervezas en un bar, mientras hacían los mínimos preparativos del viaje. No iban a hacer más. ¿Para qué preparar una estrategia tan complicada sobre algo relativamente tan sencillo? En ello coincidían de pleno. Jose, sin embargo, no se complicaba en tan profundos soliloquios, como le pareció el caso de Andrés. Para él, la vida debía ser sencilla en el siguiente sentido: había que gozarla como fuese, era corta y ¿de qué nos servían entonces tantas teorías? Pero iba a ser Andrés un buen compañero de viaje; su bla, bla, bla le entretendría. Sí, las teorías de Andrés se basaban en hechos *«pero no debemos complicarnos, el mundo ya se sabe que es una mierda, no lo vamos a arreglar nosotros, vivamos la vida, Andrés, pasémoslo lo mejor posible...»* *«No como vosotros.»* *«Ja, ja, y encontremos un buen trabajo con el que podamos subsistir y tener un buen ocio dentro del negocio. Como rimo, ¡jope!»* *«Entonces ¿por qué nuestra juventud nos creemos la más solidaria y revolucionaria cuando es más bien lo contrario?»* *«Parece, que como siempre, por la boca muere el pez.»* *«Eso es Jose, ¿otra cerveza, vale?»* Y Jose le observaba bien entonces: su amigo de viaje reflexionaba profundamente, era sabio, odiaba la palabra intelectual, por el abuso que se le ha hecho en nuestro tiempo, pero no era un *mitismiquis*, le gustaba beber; *«gozar de lo bueno de la vida no tiene por qué ser abuso.»* Mientras, sus pequeños ojillos se hacían todavía más indefinidos, el brillo del alcohol se apoderaba de ellos y su gozo general transmitía que estaba en un buen momento. Jose se sentía a gusto con él, a pesar de que no creía mucho en sus aseveraciones. No servía de casi nada, en esta vida, ser tan coherente ni tan digno, porque sino le comen a uno, pierdes muchos placeres y acabas hasta haciendo el ridículo. Pero le respetaba, era diferente a todo lo que él estaba acostumbrado, al mundo trivial en el que él se desenvolvía como pez en el agua.

La diferencia de caracteres se prestigió, por ejemplo, en el mismo comienzo del viaje. Los objetivos particulares eran más que distintos. También el universo era particular en cada uno de ellos. Jose deseaba escaparse, huir en la lejanía, incluso por el mero descanso; quien sabe qué le depararía el viaje, qué sorpresas; ¿qué paisaje le abriría los ojos? Incluso el tema de cualquier posible aventura quedaba abierto. Lo principal en un viaje al extranjero es no planteárselo, porque las sorpresas ya se encargarán de despertar la curiosidad. En las personas vagas, de cortas luces, ignorantes y con mínima voluntad, estas explicaciones se convierten en arte. Andrés no poseía una libreta repleta de notas y de direcciones de interés, no iba a hacer una excavación, pero en su memoria se conservaban los mínimos de la sapiencia sobre el país. Él repasó, en un mero diccionario enciclopédico, las posibilidades olvidadas, así que supo que Praga, aparte de ser la capital de un excelente cristal, es un Estado centroeuropeo donde en un tiempo se alzó la mayoría eslava. La fuerza de la emigración alemana le dio cierto sello; después, el dominio austríaco fue su política, hasta que se llegó a los naturales conflictos nacionalistas del s. XIX. En el s. XX, con el nazismo y el comunismo, sufrió violentas aberraciones. Parece Praga haber encontrado un principio, y es el que desde su eslavismo cultural augura un entronque con la gran economía de Alemania. Todo es posible cediendo y no cediendo allí y allá. El principio político, claro está, debe ser propio. Los barrios antiguos siempre se asoman a un río. Alrededor de él conviven *Hradcany* con su catedral, construida por Mathieu d'Arras y P. Parler -s.XIV-, su palacio y fortificaciones militares; por debajo de éste, *Malá Straue*, que contiene la influencia del arte italiano. Enfrente, en la otra orilla del río, está *Staré Mesto*, la ciudad vieja y mercantil. Aquí encontramos el famoso reloj astronómico del ayuntamiento, iglesias y callejuelas apiñadas para que las historias fantásticas tengan conocimiento.

En este barrio estaban bien definidas las zonas comerciales que ocupaban checos, alemanes y judíos. En el s. XVIII se desarrollan nuevos barrios y la modernidad en el *Nove Mesto*. Pero fue, como en tantas otras partes, la industrialización la que logró el fuerte crecimiento cuantitativo. Existen modernidades indefinidas en esta época y en las primeras décadas del s. XX, pero también, como en otros lugares, fueron las épocas del medievo y sus prolongaciones en el Renacimiento, y hasta el s. XVIII, las que dieron el carácter imperturbable a la ciudad. El cine, el teatro, la literatura y la televisión han sido los que han dado variopinto carácter a Andrés sobre la capital checa. Incluso en tebeos de terror, aparecía la ciudad como escenario de horribles sucesos. Los párrafos sin dibujos o las viñetas que ilustraban la imaginación ofrecieron una explicación a Andrés. En el centro de Europa se alzaba el misterio, no tan rudo como es más al sureste, pero quizá por ello mismo, mucho más unido a la fantasía del pensamiento. No desmerecían, sin embargo, uno del otro de las intenciones de Andrés. Su imaginación dinámica, sobre esta plástica que siempre formaba de cualquier lugar, estaba muy lejos de gratuitas intelectualidades y de los objetivos de Jose, si es que sobre esta materia existían.

- Con buen elemento me he ido de viaje. Aburrirme no me aburriré, entenderte creo que tampoco, pero que de ello va a resultar algo nuevo, algo por lo que sí viajar, para contarlo después, sí que lo creo.

Esta respuesta de Jose tiende hacia los peligrosos terrenos de nuestro tiempo, cuyos únicos intereses meramente versan sobre el impacto pero jamás sobre la esencia que los produce. La comprensión de los fenómenos ahuyentaría el estúpido estandarte sobre las cosas serias de la vida y haría hombres de estos niños. Los círculos de intelectuales hoy son más reservados y cerrados porque los otros solamente espuman vulgaridad y

medianía. Hoy viaja todo el mundo, pero el aumento del número no ha creado más números. Cruda realidad.

Estuvieron alojados los cuatro días en una sencilla, pero acogedora fonda. El hotelito de San Wenceslao era menudo y ellos ya tenían más que suficiente. Situado en plena historia, Andrés le hizo a Jose el comentario sobre la fortuna que habían tenido. Jose simplemente se puso a leer algo en la habitación de dos camas y le contestó con el sí del compromiso. Sonrió Andrés. Tampoco él quería dar la paliza sobre las cosas naturales. A los checos les parecerá original y hermosa parte de su ciudad, pero al ser tan cotidiana para ellos, seguro que huyen los comentarios de sus corazones de chabacanas exageraciones. Lo mismo les ocurre a los españoles realmente comprometidos con su bonito entorno urbano. El orgullo se les hace íntimo y romántico. Se oponen al burdo chovinismo.

Cenaron en el mismo hotelito. Las luces del apagado comedor volvían a multiplicar la imaginación en Andrés. Carcajadas salían de la persona de Jose cuando le hizo ver su compañero de viaje cómo podrían surgir, de allí mismo, las peores historias de terror. Andrés sabía imponer en sus diálogos el suficiente sentido irónico para que no se le considerase un pedante o un pelmazo. Lo mejor es que esta cualidad le era natural. Jose solo habló de mujeres, pero como el objetivo era unívoco, pareció aburrirle a Andrés. Este punto de vista era de Jose. Pronto salió de dudas: de Andrés pendía el nivel elevado de la vida y que fácilmente se podía confundir con el de la ingenuidad. Y fueron los desengaños los que le dieron la solución desde el humor.

- Tengo bien claro, Jose, lo que son los ideales y lo que es la realidad. No veo mala tu actitud, más bien es loable y lógico tu apetito sexual, pero mi madera, me fuerza tal hambre, hacia el único camino de Cupido. Soy tonto, pero soy feliz así. Ya llegará mi buena hora, ya verás -y ello lo decía

con la risa franca que un carácter no tan ingenuo, y sí tan blanco, la prorrumpía.

La noche era toda ella, y más en estos lugares de más al norte, donde el sol suele ser un regalo de la naturaleza más que un normal meteoro.

- Vamos Andrés, iremos de juerga, a tomar más copas. A ver algún lugar divertido. He quedado con algunos miembros del grupo y quieren ir a recorrer unos bares típicos de la zona antigua, donde se divierten como a la antigua usanza.

- ¡Hala, exagerado!

- Bueno, quiero decir que en ellos existe ese aire misterioso que a ti te alucina.

- ¡Bah, bah!

Todos salieron hacia allá después de un extraño café. Eran dos matrimonios jóvenes y cinco jóvenes más, entre chicos y chicas. La cuenta se hacía posible. Todos salieron con el ligero carácter de unos jóvenes que van al extranjero buscando el simple divertimento. Pasaron por arcadas y calles estrechas de losas bien asentadas. Los pisos a veces alcanzaban el quinto y el sexto nivel. Junto a sus muchas terminaciones en puntas, buhardillas y tejados asomaban amenazadores para la imaginación. Muchas de las casas representaban la antigua riqueza de sus propietarios. Balconadas falsas yacían bajo alargadas cristaleras. El frío de estas latitudes condiciona parte del estilo concreto de su arquitectura. Gracias, sin embargo, de que climas parecidos den diferentes artes, a pesar de que la lógica se vea obligada hacia el unívoco refugio del frío. El hombre diverso busca las mismas soluciones atendiendo también a su corazón.

Andrés, mientras tanto, soñaba con vampiros y fantasmas, revolucionarios y guerreros. Jose ya se había integrado en el grupo con su desparpajo. Todo era posible en unos jóvenes que no tenían por qué

involucrarse en rebuscadas conversaciones, pero a los que también se les debería de exigir un poco más para no repetir las tan acostumbradas frases y chistes, siempre tan inanes para un carácter como el de Andrés. ¿Por qué no sincerarse más? Ciertamente, el problema actual era una cuestión de hipocresía más que nada -pensaba Andrés-, de aparentar más de lo que se es realmente, de presumir sobre el resto con la idea única y diferente. Después, ante todos, la paradoja era la auto-consideración de la imposibilidad. Todos tenían buenas ideas, pero no podían aplicarlas porque la mayoría representaban problemas de fuera. Andrés sonreía y ya no entraba en el juego estúpido del discurso; el tostón pedagógico era inviable. Quizá también había que aceptar más ciertos convencionalismos, porque el ser humano igualmente de ellos debe necesitar. Callar era de cobardes. Para muchos, es esta una cuestión de malicia, de futuras traiciones, pero discursar fuera de tono, o sin venir a cuento, hace tiempo que dejó de hacerlo Andrés. Él aprendió entonces por qué su voluntad era natural: la creencia en los valores que le enseñaron, desde su infancia, le crearon unos arquetipos definitivos. Así, en su nueva etapa, quien vuelve a hablar es su corazón, pero ayudado por la inteligencia. Son su sincera respuesta, el comentario que a veces también se le hace largo (y por otros motivos de su personalidad), y el efluvio natural que surge detrás de sus ojos, los que animan la conversación hacia temas más profundos, aquellos que realmente nos arden dentro de nosotros, día tras día, porque son sobre los que se asientan nuestros reales deseos, nuestros problemas y la conciencia de nuestros límites. Éstos últimos, en Andrés son coherentes. Digamos también que un genio especial le ayuda, el genio de la sapiencia. Digamos también que esa inteligencia tiene mucho que ver con su reiterada franqueza y que no tiene por qué ser ni ingenua ni pedante. Volvemos a empezar. Dejemos entonces este párrafo de la vida, por ahora. Es esta una

simple promesa del narrador, porque seguro que pronto vuelve a dejarse arrastrar por las filosofías del hombre. Andrés gozaba viendo jugar a Jose, ese niño algo malcriado que busca también cierto sincero divertimento. Efectivamente, le era algo más que soportable su persona, cada día más que pasaba, a pesar de que aquellos límites, que su extraña intuición ya había previsto desde el primer día, impedirían un mayor avance desde cierto punto de vista.

- Este Jose, qué gracioso -dijo la esposa de una de las parejas.

- Es que tengo que contentarme esta noche con la compañía de Andrés.

- Ja, ja -eran las risas de todos, incluida la de Andrés.

Entre las chicas iba también una bien desparpajada. Su franca minifalda dejaba entrever el joven mundo de las sensaciones. Bien guapa y bien fornida, la atracción pura era toda en ella. El instinto podía ser saciado plenamente entre sus grandes pechos, entre sus esbeltas piernas. Escultural figura para un monigote más sobre nuestro mundo. Al narrador también le apetece su figura como también a Andrés, pero tras ella no podemos encontrar un mayor compromiso. Es por ello que solo está dispuesta a acostarse con Jose de todos los hombres del grupo. No se alimenta de mujeres, lo cual no nos debería resultar extraño si fuese cierto, porque en estos tiempos todo nos vale o nos debe valer. El aumento de referencias tampoco ha enturbiado el guión humano. Jose le va a resultar un perfecto cumplidor; el juguete entre sus manos va a serlo pronto entre sus brazos. Sin más compromisos. Adiós para siempre, una gran aventura en el Centro de Europa, algo que añadir a la lista de la nueva coleccionista, del nuevo coleccionista. Estamos en los tiempos del coleccionismo. Se colecciona de todo, se amontonan las más impresionantes estupideces y el aplauso recibido suele ser un domingo frente a cualquier gigantesca paella. No



damos para más los humanos en estos tiempos modernos (¿y ya antiguos?). La luna desaparecerá poco a poco tras las callejas de Praga, tras la plaza de San Wenceslao, entre la ventana donde se supone que dos jóvenes están jodiendo el amor, nunca mejor dicho y perdóneseme la presunción. La mayoría me diréis que envidio su suerte, como también lo debe de estar ansiando Andrés. Equivocados y confundidos estáis en parte, pues Andrés lo ha pasado bien, a solas, con su masturbación, un lenguaje técnico que amodorra la expresión de siempre: se ha quedado a gusto con su pelada. El objeto puede que haya sido la misma que ha consolado a Jose de manera real e impertérrita, pero en las personas como nosotros (y me estoy confundiendo demasiado con el argumento), el orgullo es indecible. Una imagen es una recreación propia. Así estamos libres de manipulaciones. ¡Qué vamos a decir! La luna ya ha desaparecido y el amanecer se pierde, de nuevo tontamente, porque una pareja no le sabe sacar más beneficio que el de unas frases demasiado frías. Y ellas son frías, más que por su uso, por el de siempre, por el de su nueva intención. Praga, una bonita ciudad para pasar unos días, pero también para algo más, para cada día menos gente.

El sol del centro de Europa penetraba delicadamente sobre el rostro de Andrés. El ángulo era característico y único, el que le correspondía a aquella latitud. Se hace bello y bonito verlo, pero faltará en él, durante las diversas épocas del año, de algún punto más fogoso para que exista el suficiente contraste entre su verano y su invierno. «*Qué suerte tengo de ser español.*» Este pensamiento no es muy consciente en el propio español porque su tendencia a la víscera, al exceso, a las cosas claras y nunca intermedias ni moderadas, le hacen despotricar al máximo de su nación, sobre sus costumbres claro, nunca sobre sus alimentos ni mujeres; o se envenena el cerebro con el más burdo patriotismo. Andrés se despertó relajado y entonces pudo apreciar placentemente los tejados y buhardillas

de una ciudad extranjera. Estaba fuera de lo cotidiano y ello le producía un placer correspondiente, bastante preclaro, como aquel suyo de su infancia en situaciones semejantes, pero cuyo movimiento se hacía en las preciosas ciudades del propio terruño. Sólo en aquella habitación de dos camas, estaba contento de que Jose se lo estuviese pasando bien. No era tonto Andrés, pero sus sueños le llevaban más allá de las cosas prácticas de la vida. Demasiado ideal y demasiada literatura para los tiempos que corren. Él ya estaba hecho de aquella pasta y fingir le producía náuseas, inactividad, impotencia. O se es de un equipo o se es de otro. O se es blanco o negro. O se es dulce o agrio, pero en determinadas cualidades de la vida, Andrés no admitía grises. O amaba o no amaba. La musa esperaba muy escondida su oportunidad o habríase perdido por las calles de Praga o Toledo, o por Málaga o Palencia. El fantasma era concreto y era por ello que Andrés comprendía perfectamente su propio comportamiento. Solitario pero coherente.

A eso de una hora del despertar de Andrés, llegó Jose con el rostro repleto de gusto y contento, más diríase de orgullo; pero en absoluto de alegría. La alegría, si acaso es un orgullo unívoco, pero jamás el placer sentido tras una carrera deportiva. A la persona que verdaderamente se ama, es decir, a aquella cuyas palabras horribles el cura pronuncia “*hasta que la muerte os separe*”, el conocimiento amoroso se le ofrece distinto e indivisible. Las palabras éstas deben ir en favor del mantenimiento de la especie; siempre muy darwinianos, en este sentido, el clero.

Las explicaciones de Jose no interesaron en absoluto a Andrés. Os aseguro que tal actitud no es muestra de ninguna envidia. ¡Qué le iba a contar que no le contó! La fiereza de una hembra insaciable, el movimiento continuo de una pasión radiante (y que por cierto solo dura una noche), la aventura, el hito. Si el narrador se confunde con el argumento, recuerden,

por favor, que su obligación de transcriptor le hace meterse muy de lleno en los sentimientos ajenos, y es por ello que el enredo se hace posible. La realidad es que también se hace necesaria para la comprensión, lector, de tal profundización. Es el riesgo del novelista el que le confundan con los elementos vulgares de su obra; aunque también es justo este pago por si la novela vende; y ahí seguro que no van a cobrar un duro los protagonistas de papel. Ciertamente, Andrés estaba esperando demasiado a su musa, pero hoy hacía una mañana radiante en una capital de un país extranjero, y por ello mismo no necesitaba justificar ninguna otra cosa.

A eso de las once, una vez bien duchados, vestidos y almorzados, la ciudad monumental se abrió a sus pies. No es necesario decir que la chica no fue con ellos, y que por lo tanto, ambos, la pareja verdadera de viaje, salió a realizar turismo. De tanto demostrarnos a nosotros mismos, o a no se quién, que no necesitamos de nada ni de nadie, se pierden hasta los romances de quince días o los que corresponden a viajes más baratos, y que ni tan siquiera llegan a la semana, como éste es el caso. Praga es cierto que es una excusa desde el punto de vista del narrador, pero desde el punto de vista de Andrés, Praga significa ella misma. Su objeto fue elegido entre varios, pero la meta tuvo sentido propio. La importancia por la que debía ser considerada existía y lo único accidental fue el momento elegido para visitarla. A Jose realmente le importaba un bledo el destino. Quería salir, huir de estos últimos meses de modorra. La última de Alberto derramó la escasa paciencia que le quedaba. Praga se convirtió en el fundamento pasajero; podía haber sido Estambul, Soria o Lille (antigua ciudad de tejidos). Desde estas dos posturas, podremos deducir los dueños de sus correspondientes diálogos:

- Es indudable que cada ciudad posee su atmósfera; aquí por ejemplo puedo respirar una muy confusa, pero a la vez bien delimitada.

- Pues oye, esto no está mal, ¡vamos!, vamos a ver lo posible, el paseo me irá bien; mejor no ha podido comenzar el viaje, pero no hay nada entre nosotros ni habrá, pasará la vida y el recuerdo culminará mi vida.

- Jamás conoceremos una ciudad extranjera al completo porque el idioma es la mayor frontera; después, por el tiempo de la estancia. Aún así, la vista se hace nuestra mayor aliada y debe ser nuestra intuición la que en forma de poesía matice nuestro desconocimiento.

- Muy bien Andrés, así me gusta; no he hecho el tonto yendo contigo, aprendo, hablo y paseo a gusto.

- ¡Oye Jose, yo también contigo! -y esta frase contenía todo el sincero candor de una persona a la que no le gustan los intelectuales, sino las amistades.

Cuando volvemos de un viaje extraordinario, la vuelta puede resultar de verdadero recuerdo para el resto de nuestra vida. Una sencilla excursión, pero primeriza, como cuando se fue con aquel curso de bachillerato, deja también la marca inevitable. De todas maneras, siempre todo depende de la forma de ser de cada uno de nosotros. Puede que el comienzo de este párrafo sea una exageración, pero Andrés vivió el regreso de este viaje como un fundamento. Cualquier matiz quedó en su memoria con su sentido vivificador. Una mente así puede reaccionar mucho más fácilmente ante ciertos fracasos; sin embargo, también son los horizontes, mucho más livianos de ciertas personas, los que impiden sufrir innecesariamente. Cuánto más altos son la conciencia y la moral, más son los sufrimientos de cierta naturaleza. El ámbito real de la experiencia puede ser menos ampuloso, pero siempre, en estos casos, mucho más certero. De una mente así uno puede fiarse. El único riesgo es el sufrimiento o el fracaso. Todos los colores del viaje de regreso se auparon cuando llegaron cerca de

Barcelona. De nuevo dentro de ese ámbito azulado del Mediterráneo, donde la energía se alinea al sentimiento. El regreso desde Italia, cuando otro viaje, incluso fue más bello. La eclosión, en el superior sol hispánico, culminó aún mejor la relación. Jose, sin embargo, durmió vulgarmente en el viaje de regreso, que se hizo en avión.

La tarde era de nuevo poco sensible a mejores consideraciones. Cuando Lu y Jose despidieron sus vidas, definitivamente de algo más profundo entre ellos, tampoco ningún meteoro los acompañó para un cierto recuerdo. Se contaron sus últimas infidelidades, las cuales expresaban el vacío profundo que se había desarrollado entre ellos. Sin ningún reproche y sin ninguna energía comprendieron la situación. Como si de cualquier vulgar negocio tratarasen, ultimaron los últimos flecos del acuerdo con algunos besitos de besuguito. Nunca mejor dicho lo de la pesca para esgrimir una situación tan patente hoy en día. La nueva moda, como también Dostoiewski describió otras en su *Crimen y Castigo*, se alza petulante para hacer triunfar lo fácil e insulso. Con unas mentalidades tan flácidas, la puñalada por la espalda se impone, resulta tan fácil y divertida, que el peligro puntual se generaliza hasta hacerse horrible la existencia. De ahí, al triunfo Niesztchiano de la razón, queda la formación de un mero partido. Los individuos bien individualizados en su propio egoísmo exigirán en los malos momentos un pastor que les dirija y justifique su contradicción. El narrador vuelve a hacer de las suyas, pero prefiere divagar con sus propias frases ante tal conversación de pareja. Después seguirían viéndose en clase, saldrían incluso en grupo, irían también al cine y hasta algún desliz de nuevo tendrían. Tres años dicen ser los de una experiencia, tres años de compartir y de llegar al acuerdo de la separación. No entienden ni el narrador ni Andrés este nuevo tipo de amorío que

necesita de tanto tiempo para comprender. ¿Deben amarse en sus citas? La pasión en el tiempo parece perderse, pero lo que ciertamente ocurre es que nunca existió ningún fuego desde el inicio. Nunca decidieron darse el uno al otro porque la vida propia de cada cual siempre fue mucho más importante que la de su pareja. Los héroes vuelven a las viñetas y el señorío y la caballerosidad parecen avergonzar. Cualquiera se fía de sus brazos en un naufragio. Lu y Jose creen marcharse, cada cual por su lado, por fin. Pero el engaño es mucho más grande. El principio estaba ya equivocado, errado en sus orígenes, y así creen acumular grandes recuerdos para el futuro.

Al cabo de quince años las vidas de estas personas son iguales y variopintas. Todas poseen ideas y concepciones similares, pero la acuarela también en ellos es posible. Jose está casado, tiene dos hijos y sufre, como cualquier otra persona, de este tiempo de imprevistos y estrés. Las frases hechas son constantes y la televisión siempre es la misma. Los inicios del debate ya anuncian las conclusiones; es por ello que la modorra es el adjetivo que más define a nuestros tiempos modernos. ¿Vale la pena amar así para continuar procreando nuestra especie? El futuro de nuestros hijos (no de los míos), nació en una especie de vaina, al modo de aquella famosa película de ciencia ficción, y no se hizo necesaria la presencia de ningún marciano. Parecen existir más sobre nuestra corteza terrestre que encima de nuestras celestiales cabezas. Jose se deprime cada día, y su mujer, una mente vulgar como él, y que por ello no puede dignificarle, le es mutuamente infiel. No se puede animar la vida de quien no la posee. Los hijos presentan una escuálida magnitud de la humanidad. Siguen siendo bastante mimados, a pesar de que los tiempos actuales son más difíciles desde el punto de vista de la economía. El desengaño aparece entonces con

toda su crueldad. ¿Por qué no enseñar a sufrir y a amar, a merecer también el imprevisto? La ayuda ajena no tiene sentido cuando el sentimiento ha desaparecido. Jose se junta con Edu y Alberto, ambos solteros, y se emborrachan ¿para qué? Para hablar y hablar, gemir y gemir y continuar sin hacer nada. Unos niños echados así al mundo, y solo me refiero a los hijos de Jose, no merecen este sufrimiento porque cada vez harán sufrir más a sus descendientes. Lu se ha casado por segunda vez, pero el error ha surgido de nuevo. Su ingenuidad no es perdonable porque Lu tampoco se atrevió a arriesgar. Era más importante ella misma, su propio devenir, su seguridad, no el amor. Andrés hace ya tiempo que murió, pero dejó el recuerdo en su mujer, la fuerza que consume a ciertas personas. Ella sufrió inmediatamente una fuerte depresión (usando el concepto técnico), de la que no se recuperaría jamás y que al poco tiempo la mató. Tampoco es obligado exagerar las situaciones (porque este amor fue bastante romántico, inconmensurablemente vital, cargado de excesiva energía), pero se hace necesario darle un mayor sentido al amor en nuestros tiempos, porque el hecho individual solo ha tomado la forma del quinto pecado capital. El narrador es bien feliz con su único amor. Tuvo otro pero no fue completo; tuve suerte al final, porque la verdad apareció tras esos cabellos castaños. Una figura tan delgada y animosa, con sangre en las venas para bailar cada día, inteligente (no intelectual) y hacendosa para corresponder al marido. ¿Cómo no voy hasta a fregar los suelos cuando ella me prepara los pasteles? ¡Ay, qué pastel también formamos en nuestro nido de amor cada noche!

Pero el desengaño también es en los ignorantes, por mucho que se sinceren y ofrezcan, por mucho que rechacen cualquier materialismo. La autenticidad es sinónimo de esa ignorancia, porque los enamorados solo

miramos de frente, como los toros. Pero al final también he tenido suerte y la chica ahora tiene el cabello rubio y sin teñir.

12/02/1998



# ***SUEÑOS Y REALIDAD***

El río es ancho. Lo es para una persona de recinto. Un español gusta de las pequeñeces, quizá por eso saborea mejor los bocados. Su anchura, sin embargo, serán unos simples doscientos metros, pero ellos son suficientes para realzar la majestad de la dimensión de la que estoy hablando. Pero vuelto a liarme dentro de la paradoja, el fondo y el contexto hacen del río algo cercano y en absoluto nada amplio. Es concreto, intuye si acaso cierta grandeza, pero la luz que lo pinta y matiza, y el horizonte que define su extensión y la de todo el paisaje, lo acercan al sentimiento benéfico de un ser humano que está durmiendo inquieto, pero plácidamente; diríamos mejor, que vuelve hacia sus oscuros recuerdos, hacia su iniciática formación. En la otra orilla, poco más que unas decenas de metros se pierden en el fondo. La difuminación del color último, de un azul bastante suave, tendente a verde, ayudan en el fin mágico de la conformación. Solo unas suaves montañas, en el este de la visión, dan mayor profundidad. En el oeste, un lejano pero cercano paisaje urbano se percibe. Pero quedémonos con lo que el autor de semejante paisaje hoy prefiere. A más, aquellas montañas están tan redondeadas, que en vez de desafiar al candor de la escena, la realzan. El sol está en el este, sobre estas conformaciones de una benévola naturaleza. A media altura, diríamos mejor que ayudando a la decoración del cuadro compositivo, el astro rey ofrece una luz de espléndida mañana, pero que por la posición debería referirse a la tarde y no a las nueve horas. Debe ser esta extraña y bonita conjunción la que hace mágico este sueño, rebosante de cercanía e individualismo, de algo propio pero presto a ser compartido por las buenas personas. Mejor sería decir que el lugar es bien real para poderse admirar, pero el llenado escénico apenas debe componerse de humanos. El hombre debe aparecer como simple punto de vista. ¡Ah!, recordar, antes de despertarnos, que las aguas se intuyen benéficas. Las copiosas algas verdes

parecen, para los ignorantes, ocultar el abismo traicionero de lo insomne. Pero la rápida mirada de genio, es decir, aquélla que procede de la sencillez y austeridad de alma, evoca un fondo bien nimio. Solo el profundo color verde es su engaño, pero bien clara queda la base de su curso.

Desde la larga balconada de este tercer piso, de un pequeño bloque en un deseado extrarradio, el autor está a punto de despertar.

Cuando en vez de ser las nueve son las cinco y media apenas pasadas, poco importa en una mente tan profusa. El bello contenido quedará marcado para siempre en él. El hilo de su sensación va desapareciendo poco a poco de su joven vigilia, pero con una soltura y coordinación, que hacen placentero el momento de su transcurso. La mañana laboral esta vez vuelve a asomar, de nuevo, con algo que vale la pena por la que vivir.

No es que las cuestiones particulares de nuestro personaje fuesen las culpables de su propio pesimismo, sino más bien las concretas del mundo que le rodeaba y envolvía. Así, echando pelotas fuera, podía justificar su actitud y ser como el resto entonces: más que un cobarde, un egoísta. Pero una fina observación de su primer sueño, nos objetará con suficientes reparos para la aceptación de semejante suposición. Y el transcurso de esta historia afinará en pos de la teoría, por lo que de nuevo el narrador se adelanta a sus propios planteamientos y la conclusión vuelve a aparecer como prefacio. Es muy propio, del mismo, incumplir sus primeras convicciones, pero es culpa de la pasión y no del interés que crea después la hipocresía. Cuando el punto, hasta violento, de aquella acción arranca, se hace imposible ya evitar el desboque. Toda la manada se transforma en la terrible estampida. Emoción y raciocinio son una misma cosa entonces. “*Vida*” como diría Dostoievski en “*Crimen y castigo*”. Ver actuar al ser

violento es ofrecerse, ante nuestros ojos, un comportamiento sincero. Viéndolo venir, al menos estamos avisados para la reacción. El mundo que rodeaba a nuestro héroe era todo lo contrario. De todas maneras, el narrador va a realizar todos los esfuerzos posibles para ofrecer una historia lo más objetiva posible. Va a intentar evitar toda confusión con el protagonista y el *flash* del más auténtico Realismo es el que va a pretender. ¡Sí!

Un matiz del mundo actual, que más ha ahondado en sus principales vísceras, y que lo define, es la voracidad que los componentes de su sociedad muestran con todo lo nuevo. Corazón e hígado hasta ya son de varios colores. El amarillo o el rojo nada tienen que ver con sus correspondientes funciones, pero quedan tan monos y prácticos, que son capaces de disfrazar cualquier disfunción original de fábrica. Es ello que viene a cuento que muy mal hígados debía de tener un compañero de trabajo suyo, o al menos malos eran los hígados que ayer comió. Lo más probable es que hasta fuese una mera asadurilla, por mucho que el *chef* de su carácter se empeñe en imaginar almenas suspendidas. Pero llegar a fin de mes, con todo lo que implica su estúpido esnobismo y sobre un sueldo tan débil, merece su autor todo el correspondiente sufrimiento. La paradoja la crean ciertos caracteres; la asunción de los hechos inevitables solo ofrece el adjetivo de la frustración por el deseo irrealizable. Verle disfrazado, con todo tipo de etiquetas, nos hizo sospechar que realizaba pluriempleo, lo cual en absoluto es censurable, como arguyen ciertos postulados de cualquier sindicato. Suerte tenemos que los sindicalistas piensen de otra manera muy distinta. Ello se debe, claro, a la diferente naturaleza gramatical de las palabras “Sindicato” y “Sindicalista”. «*Siempre la culpa fue de quién solamente pudo estudiar: el rico. Ahora nosotros hemos*

*accedido a su mismo nivel y nuestros salvados deben comprender nuestra excepcionalidad».* Cuando se enteró que Arsenio, nombre que su familia le impidió cambiarse, trabajaba gratis como hombre anuncio, no pudo más que mofarse de un hombre tan imbécil como éste. Es que la marca es la estética, son unos... tal, son unas tal... Después, o al mismo tiempo de la mofa, llega el desprecio, y el asco debe saberse reconducir, porque no vas a estar todo el día al borde del altercado. El arte siempre es más sano, más propio, cuando la finura acompaña a la definición. Así lo soez es posible que se convierta en metáfora.

Otro trabajador/a añadía una mayor cantidad de conocimiento, por lo que el estilo era mucho más discernido o sintetizado. Lo triste era también el fin último de las cosas. Ir a San Sebastián por el mero hecho de que borbones y ricos eligiesen aquel lugar como un tiempo de sus veraneos, define el nivel tan estúpido de parte de su carácter. Sheila tenía hasta el nombre comprometido. La herencia recibida propuso su personalidad. Con atisbos de buenas intenciones, siempre la última palabra la tenía su propia necesidad; y ésta no tiene por que ser última, sino que cualquier gusto y disfrute se sobreponían frente a un mínimo sacrificio. A la hora de la verdad, el luchador siempre quedaba solitario. Buscar solamente los destinos del ocio de los ricos, pasados y semipasados, del presente y del presentimiento, predispone a la frustración o incluso al odio, pero en una personalidad superior, a la predicha mofa. Y haré todo lo posible para indicar qué personalidad superior no es aquella a la que los vulgares pretenden acceder. Un ser superior, para nuestro amigo, es todo aquel a la que sus propias desgracias y ajenas le han hecho reaccionar con escepticismo y con la irónica predisposición de vivir la vida lo mejor posible. Concepto tan natural, prescinde del abuso sobre el ajeno. No

envidia ni presume. ¡Cuántos dineros y placeres pierde por sus convicciones!

Por la noche, de nuevo, se meció en el maravilloso mundo de sus sueños. En esta ocasión se remarcaron las medidas de superficie y volumen de aquel río de la noche anterior. Se dimensionó en un mecano perfecto el paisaje de sus sueños. El marco donde él correteaba con la vista y con todo su arremetido ser, durante el bello descanso nocturno, se reveló definitivamente. El recuerdo se hizo perfecto, mejorado, la primera impresión jamás sería la única, es decir, la mejor. El sueño adquirió objetividad, por lo que un nuevo ambiente comenzó a ceñir su vida. El río cercano y concreto supone algo propio, inseparable de su personalidad. Este paisaje de conjunto puede decirse que es una huida, una salida frente a la parte horripilante del mundo exterior que le rodea. Pero esta suposición, no por ser sencilla, es totalmente cierta. Realmente, nuestro intérprete crea los mundos que adora, y de entre el mundo de los sueños y el mundo real escoge de lo que gusta y goza.

El sueño fue repitiéndose frecuentemente, pero de un modo más o menos alternativo. El método lo elegía el fondo profundo de nuestra mente y es a ella a quien debemos dejar hacer para que la sorpresa confeccione el argumento. Solo así crearemos en el destino algo intempestivo de la vida. ¿Qué ocurrirá hoy, esta noche? Dios dirá, y la Providencia se convierte en nuestra mejor aliada. Sobre la base de nuestros principios, el guión se hace diverso para no aburrirnos o enfrascarnos en los terribles fundamentos de la obsesión. El deseado libre albedrío existirá entonces, la literatura y la ciencia se llevarán mejor y todos seremos entonces más felices y menos tiranos.

No fue entonces, durante esta noche ni durante unas cuantas siguientes, cuando le volvió el tema de aquel sueño. Fue una noche cualquiera, inesperada. Y la remarcación fue realizada de un modo perfecto, como si la continuación en el tiempo hubiese sido su causa. De improviso, la mente humana actúa de un modo desconocido para nosotros, y es así que nos maravilla. Sin embargo, dada la propia experiencia y personalidad de nuestro actor, los hechos deben ocurrir de otra manera. Pensemos mejor que el cerebro nuestro lo tiene todo perfectamente calculado y que su aparente improvisación se debe simplemente a que el plan es demasiado inaccesible para nosotros. No hablamos del frágil subconsciente que teorizó Freud. Más bien parece ocurrir que los sueños poco repetitivos indican el cansancio personal de quién los promueve. Entre mentes pobres y mentes desesperanzadas de la vida, los sueños parecen más saltarines e impropios. Él no es que tuviera la habilidad de ser constante en el mundo de los sueños, pero existían épocas en que los temas, y sobre todo, el sabor, la intención que querían dejar como impresión, se sucedían más contumaces. El paisaje podía ser diverso, pero el fondo contenía un solo mensaje. Y éste no era muy difícil de comprender en una persona tan sincera y modesta como él, es decir, completamente ingenua. Podía ser algo impreciso, incluso basto, para nuestra sociedad, en algunas de sus aseveraciones, pero el objeto de su moral era bastante humano. Eso sí, muy exigente. Exigir desde los hechos no es impropio. La complicación de los sueños es más indicativa de desorden. Este desorden parece alentarse en los estados de nerviosismo o preocupación de la persona. Aunque debemos separar, de estos estados del alma, los que son triviales y vanos, absurdos y propios de la mente átona de nuestros tiempos, que casi siempre transmite el más burdo de los egoísmos. Los accesorios de los sueños ayudan a la confusión. En una mente preparada pueden no entenderse, pero

de seguro que raramente llevan un segmento del guión muy mal aprendido. Es la interpretación de los sueños la más culpable, porque de cosas de la mayor simpleza pretendemos sonsacar revelaciones de la más alta trascendencia. Algunos incluso se desplazan con los marcianos. Sea como fuere, ni es cuestión de ser críticos con los ovnis ni con los aprendices de profeta, pero ¿por qué siempre los sueños deben compensar nuestra frustración? Haríamos mejor en asumir nuestra realidad para ser más felices. De donde no hay no se puede sacar, pero con unas buenas ganas y unos buenos guías, todo es mejorable, al menos más llevadero. En estos tiempos, por desgracia no colaboran en nada “nuestros” medios de comunicación. No se qué estúpido comercial confunde suyos intereses con nuestras necesidades.

Es en nuestro actor donde vemos un buen ejemplo del más sano equilibrio. Asunción y prestancia comulgan para bien de su sacramento. Él sueña repetidas veces sobre el mismo trasfondo. El paisaje difiere, se hace sofisticado la mayoría de las veces, pero lo que sí es de alabar en él son sus buenas intenciones. Podría engañar de nuevo con el artificio de la teoría a la simple población. La gente está deseosa de originalidades que no conducen a nada. Los maestros de feria del s. XX son más poetas, novelistas y periodistas que simples tratantes. El engañabobos cunde más que nunca, con inéditos métodos, en estos tiempos de pérdida de orientación.

Lo bueno de sus sueños es que son variados. La naturaleza es bella por su muestrario, pero es el equilibrio el que le da sentido y verdadero amor por el que sentir. Igual es el caso de este joven, de este infante o de este adulto del que hablamos. Siempre será el mismo, tendrá personalidad, y al cabo de dos semanas le vuelve, como retorno, el sueño sobre el río. Él



se había olvidado, pero el argumento subyacente se le vuelve a recordar placenteramente desde el fondo de los sueños.

La ribera es recta, precisa, de nuevo con el sol trasladado. Viene a ser todo el fondo del conjunto, intenso en su especial sabor, el que se repetirá bajo otros temas de lo somnoliento. Parece no haber tiempo, porque la concreción es nueva, al menos de otra forma, tan antagónica a la realidad cotidiana, y que por ello mismo deslumbra. La modorra diaria desaparece. La vulgaridad, que le ahoga día a día, es puesta en retirada. Con la savia nueva el maldito enemigo huye despavorido. No es un nuevo Austerlitz, porque es muy fácil vencer a un ejército orgulloso, sin impedimenta, sin una mínima moral. La rapidez alcanzada a costa del terreno que sobrevuela la langosta no es lícita para él. El genio del guerrero debe ser medido en su justo punto. Concédasele el éxito correspondiente. El enemigo al que él se enfrenta es doble: uno es propio, enfermizo, por el que no puede ni debe disculparse, es su problema, su cruz y su herencia. Tampoco es la prueba, que cae del Cielo entonces, para tentarle, pero también se hace necesaria la piedra del camino para curtirnos. Desde ahí no veo mal mistificar el esfuerzo. ¿Y por qué no entonces volver a comenzar con la Providencia?

El otro adversario es la insubstancialidad sobre la que nuestro mundo moderno culmina cotas no alcanzadas hasta ahora. La bandera de cualquier estúpido aparece en el Everest para demostrarme un valor que yo no le he pedido. La demostración dicen que es propia, pero algún banco debe pagar los gastos. Además, mira que son guarros los que pregonan. No solo aparecen los deshechos en los lugares donde se comprende. La metáfora por sí misma deja de serlo, porque en el alpinismo, como en las demás facetas de nuestra vida, son más hoy los pregoneros que los hacedores que sirven a la Historia. El orgullo de un egoísta presuntuoso es tan aborrecible...

Aquel río, sin embargo, parece que no sufre de desbordamientos. Incluso diríamos que no existe movimiento en sus aguas, curso, pero es clara la dirección hacia el extraño punto donde se sitúa el Sol de la mañana y que debería de ser el de su ocaso. Recordemos que no es que gire el Sol en sentido contrario. Los aburridos astrónomos, y ayudantes de carro, dicen que es la Tierra la que se mueve. Eso se nos hace complicado a los que sufrimos de cierto desconcierto en nuestro sentido de lateralidad, de los que tenemos cierta capacidad para apreciar, a la vez, realidad y fantasía. ¿Por qué demonios han de ser antagónicos? Así siguen también en este punto aburriéndose sus compañeros de trabajo, de viaje de metro, los paseantes y otros simples hemípteros.

La jornada deja de ser ridícula, entonces, con otro sueño. En el área precisa de su trabajo las cosas son de otra manera. Los valores iniciáticos han retornado, y lo que en la infancia fue un preámbulo, hoy resulta una realidad totalmente posible (o ‘una realidad plausible’). Se encuentra el ambiente en la misma sincronía de aquel paisaje del río. *Las Ramblas*, las galerías que atraviesan bloques antiguos entre *Portaferrisa*, *calle* y *Plaza del Pino*, y estas mismas calles, condecoran con el nuevo sentido todos los esfuerzos que nuestro personaje realiza durante su vigilia. Los escaparates son yuxtapuestos y no deciden nada vulgar en su corazón. Es decir, su mentalidad es antagónica frente a la propaganda. Cuando el mensaje es coincidente con el objeto de su esencia, la información es felizmente considerada. En este nuboso mundo, presto desde el amanecer, los hombres parecen separarse entre sí. Estamos tan acostumbrados hoy a la abundancia de la nada, a la supremacía de los mismos datos, que la novedad cualificada, cuando aparece, es totalmente desconsiderada. Esta individualización, posible en nuestro personaje, propone plantear las cosas

desde el principio de los tiempos. Y comenzando así, con los nuevos valores, el amanecer presume del nuevo color o del mismo ángulo que alcanza el Sol. Muchas partes del argumento son ininteligibles porque la calidad del propio sueño así lo impone, pero asimismo la respuesta resulta tan novedosa frente a los problemas, que el impacto se hace demasiado fuerte. Se comienza de nuevo a recordar. En un alma como la suya, más que un cambio de valores, lo que se produce es una retoma de aquellas posiciones. La calidad de la luz es de nuevo considerada. Se perfila, desde los parasoles de los patios interiores, el mundo que parece existir. Ropas, utensilios de cocina, juguetes o muebles aparecen como elementos de uso y no como elementos de distinción, necesariamente. Debe ser primero su carácter quien prepare el camino. Después ya vendrán, como ejemplo de su gusto, la compra de las diversas muestras. En nuestros tiempos se ha conseguido, gracias a la información publicitaria, mentes sabihondas que poseen destreza en relacionar categorías y estéticas. Pero como la cuestión comienza por el final, todo lo que se construye resulta bastante frágil. Le llaman, le dicen que tiene mal carácter, que es un bruto cuando desarticula con el origen de las cosas su significado. El conocimiento reñido con la fanfarronería. Cuando vas a su casa, todo posee explicación, hasta el desorden de muchas de sus cosas. Ellas todavía no han sido distribuidas tras la intuitiva elección.

Pero para que ésta, la que parece nueva mentalidad, tenga sentido -y a las que numerosas sectas y escuelas intentarán con sus preceptos remodelar, o dicho claramente, subirse al carro de su fama por el miserable beneficio-, nos hace falta considerar la acción que la haga posible. Nos falta el adjetivo, el verbo. Para un poco más adelante entonces.

Otro de los aspectos, otro tipo de sueño, unívoco e individualizado, como de otra manera no podría ser, es aquél ya reflejado en otras obras anteriores: el del lago plano, encumbrado por suaves y ciertamente desoladas colinas. Pero el conocimiento y su dócil tacto, innato, vuelvo a aseverar que lo hace extraño, pero plenamente conocido y deseado.

Hemos observado cómo el primer paisaje, tan natural, percibe igualmente, y a la vez, el sabor urbano, la complejidad humana. Se presiente hacia el occidente. Sin embargo, este nuevo urbanismo parece tender únicamente hacia el origen, al provenir de todo lo salvaje y racional. Todo es más rural, pero su iniciación está alejada de desconocimiento como aquel primer urbanismo de toda falsa prepotencia por la que justificarse. La certeza se encumbra en ambos conocimientos y la única diferencia parece ser de matiz, la que estéticamente impone el poder de los sueños.

El tercer sueño que describo, y que nada tiene que ver con un subtipo, es el plenamente urbano. Al menos en su composición solo aparecen edificios, calles anchas y estrechas, y tráfico. El sabor es común a las anteriores recreaciones; pero expongamos por ahora solo el tema. Y es que estas calles del Ensanche aparecen bastante indefinibles en ciertas conformaciones humanas. Parece ser que los hombres y mujeres obedecen a un planteamiento perfectamente establecido, donde las actuaciones vulgares permanecerán ahogadas hasta el final. Creo haber encontrado un estadio superior en este tipo de sueños, pero mientras el vulgar planteamiento de esta frase asusta precisamente a muchos inocuos, el soñador permanece tranquilo porque los comportamientos humanos parecen tener, en estos argumentos, un sentido certero: el sentido positivo de la vida.

El motivo central siempre es el mismo. Por ahora lo dejamos meramente intuir. La placidez de estos lugares urbanos asoma, posiblemente, desde un primer deseo de alcanzar e instaurar un principio moral de las cosas. Se buscan la paz y el goce sincero de la vida, siempre soñada. Una persona, común en su modestia y propia en sus convicciones, se da en nuestro héroe. Cuando los lugares conocidos se le aparecen de nuevo en sus sueños, ya bien como motivo central o como motivo para ornamentar el verdadero principio, los advierte en su estado esencial. Al menos esa es la impresión. Las pocas personas, que aparecen en ocasiones, no suelen dilucidar una gran vida propia. Cuando la multitud es la protagonista secundaria, la masa solo obedece el plan establecido por el contorno. Éste, entorno o guión, siempre es aquel intuido motor del que la vida resulta o a quien ella debe su explicación. El propio narrador no puede evitar la repetición.

Los edificios suelen ser los mismos, las calles también, y si sufren la hermosa transformación estética hacia algo totalmente nuevo, desde la maravillosa síntesis, el remate del mensaje es mucho más apreciado. Generalmente, esta transformación de los espacios conocidos es la explicación del propio fenómeno. Se hace necesaria incluso para que el sujeto de los sueños intuya, al menos, parte del juego. Puede parecernos una simple huida hacia adelante, pero él va acumulando la suficiente información desde los diferentes sueños para ir conformando una unidad de pensamiento. Desde las primeras deslavazadas imágenes, durante estos últimos años ha ido construyendo el edificio de su teoría. Los que fueron simples datos, en mayor suma desordenados y meramente engarzados entre sí por el frágil pegamento de la intuición, se han ido uniendo para edificar el marmóreo basamento de su vida. Las escenas de películas y argumentos serán diferentes, pero el fondo, el sabor que le dejan sus sueños, siempre

apuntan y responden por el hecho común. Le costó cierto tiempo dar forma a la intuición, al desorden, pero poco a poco, día tras día, sueño tras sueño, fueron apareciendo más nítidos los latigazos de la razón. El desorden que hace natural a la percepción necesita de una centella, de un relampagueo, de un segundo genial, de un latigazo, en suma, para convertirse en presupuesto lógico, en fundamento y razón (que no tiene por qué ser meramente científica). La creencia o la fe adquieren también sentido para el hombre si le responden fehacientemente en determinados anhelos. Otra cosa es que esos anhelos sean inhumanos porque atentan a semejantes que en nada nos perjudican.

En los sueños urbanos suelen introducirse bellamente, y con bastante arte y sigilo, los aspectos rústicos y más populares. Mundanos dirían quienes creen creerse superiores sin otro motivo que el de su propia residencia. Si no aportamos algo nosotros, no debemos pertenecer a tal clase o a tal categoría. Es el esfuerzo quien da el premio. El vivir de rentas se acerca pronto a la injusticia.

Aparecen calles más estrechas y con casas más bajas. Las pendientes y las irregularidades abundan cada vez más. Los pequeños talleres y los emigrantes antiguos vuelven a dar otro matiz al sabor cuando se quiere el nuevo espacio donde se vive. La procedencia humana se hace ejemplar y es la razón por la que creer en el libro de la vida. Todo paso tiene sentido y los lados oscuros solo contemplan ciertos males de los que aprender. Una calle laberíntica va descendiendo hacia los lugares más urbanos de la ciudad. Las calles se van haciendo más anchas y regulares al paso del imaginario descenso. Lo bello, sin embargo, está en los incisos, porque las iglesias y las construcciones, que desde el punto de vista arquitectónico dan descanso a la vista, existen en abundancia. Plazas de suelos antiguos,

empedradas, con arcos y porches que limitan con sus accesos nuevas zonas; entornos encantadores que animan la sabiduría dormida para que la muerte no se le apodere; intuiciones, en suma, desde la piedra filosofal que siempre debe existir, y que por desgracia, cada día menos, en nuestro tiempo parece funcionar. El ejemplo se ha hecho anuncio y el *marketing* ha vendido lo que siempre ha sido una enseñanza inter-generacional. La moda ha superado a la biología social, por lo que el fingimiento se hace bandera en cualquier mensaje. ¿Por qué empleamos esos absurdos conceptos antropológicos para llamar a las mismas cosas por otros nombres? El capitalismo ha reinventado la realidad y solo los borregos, que se lo han creído, compran inconscientemente. A nuestro amigo ni en sueños le venden lo innecesario. Su única presunción está en ese mismo alarde.

Cuando los futbolines aparecen llenos de tranquilidad y las tiendas se agolpan sencillas y distanciadas, “*el milagro se ha producido*”, podemos decir con esos síntomas. Existe un pasado en toda esta ensoñación. Está, como siempre, muy diluido, permanentemente intuido (y perdóneseme la enésima repetición, hasta la silábica). Pero los hechos parecen todos heroicos y conceptuales. Todo es ejemplar para la admiración de nuestros hijos. Los actos más pecaminosos y cruentos parecen existir solo en áreas espaciales, perfectamente definibles desde este punto de vista, pero que nos asombran por su imprecisión moral. ¿No será que estamos en los sueños que vaticinan un estadio futuro, o uno pasado o uno paralelo? Jugar a la ciencia ficción es facilísimo en el sueño nocturno. Todo se hace por doquier y transcurre sin esfuerzo en cuanto a la creación del argumento. Hay excepciones, pues la excesiva tensión muchas veces obedece al intento nuestro de cambiar la trama por los evidentes peligros. Pero ello es más efecto de la realidad natural de las cosas. En líneas generales, sin embargo,

la película nos viene hecha. Lo que sí es cierto es que la vivimos nosotros mismos, y es nuestra ansiedad, nuestro cansancio, nuestra alegría y nuestro miedo quienes sí ejemplifican el verdadero esfuerzo realizado por el mundo de los sueños.

Poco a poco, después de estos últimos años de ordenación del carácter, nuestro personaje ha conseguido acercarse bastante a la respuesta. Los argumentos se homogeneizan y no se enzarzan ya, solamente, por el sabor profundo. Las escenas son diversas, pero el argumento ha alcanzado cuerpo. Aquel sueño tanpreciado del pueblo, con su taller y herrería, con su almacén al mismo tiempo, es un ejemplo más de lo que siempre han sido sus sueños. La mezclanza es perfecta y el punto vital alcanzado expresa la necesaria globalidad. Esta visión, en un diferente contexto del fenómeno, desvirtuado o desligado del mínimo entendimiento, perdería toda la intencionalidad. También es cierto que solo durante los periodos de reconocimiento, el hombre puede dar todo de sí. Es por ello que los sueños le ayudan o incitan sobre algo posible. Pero no nos vayamos de golpe ahora hacia el otro extremo. Estas ilusiones poseen vida propia y lugar concreto donde desarrollarse. El tiempo es la noche que los hace bastante inabarcables. La sensibilidad heredada, alimentada y asumida, propicia, poco después, la interrelación del sujeto con este mundo aparte. Sólo en hombres así, aquel espacio no resulta tan aparte. Hubieron periodos de crisis, durante su vida, donde aparecían, como fogonazos, los más increíbles, bellos, y también otros absurdos, sueños, y que apenas fueron comprendidos. En el nuevo y actual periodo de entendimiento ha ido poco a poco recuperándose, dentro de su alma, esa inteligencia suprema a la que se le unen la gracia, la modestia y la esperanza. Habla rápido y graciosamente, contesta como se merecen y no pretende más que conseguir,



en su momento, todos los éxitos, porque, antes que nada, tienen preferencia la moral y los beneficios de la amistad.

La globalidad por fin la ha conseguido y a ella colaboran el río, su ribera, la cercana ciudad, el lago rodeado de montañas y aquel taller rústico. La naturaleza, como fondo y marco. El verdadero hombre, dándole su sentido. Él sueña casi a la carta. Es cierto que el tema es previamente siempre desconocido, pero el resultado es perfectamente encajable en el argumento del ayer y del anteayer. Ahora ya se acerca el fino sentir del cansancio; la preciada monotonía cunde hacia la realización. Se acuesta y se abriga bien, en este más crudo invierno que se está alargando, aunque tampoco debemos exagerar, y el fogonazo esperado ya llegará en su momento y sin miedo. Que trabaje la preciada maquinaria que para eso está. A algunos, ¡Felices Sueños!

22/4/1998

## ***ALGUNOS RATOS EN EL ZOO***

Durante la estancia en el zoo podemos sentir una perfecta alienación con respecto al exterior. Sobre sus estribaciones, la influencia del zoo persiste. Todavía incluso en las zonas menos periféricas. Si el dominio del mismo recinto abarca a ámbitos más alejados, ello quiere decir que está uno en posesión de una portentosa imaginación. Por ciertos matices puede ser parcialmente enfermedad. La patología extensa no nos puede interesar por el hecho mismo de defecto completo: pero siempre hay que ayudar a los que más sufren. Un equilibrio entre lo positivo y lo negativo sí que es recomendable sin embargo, porque la estructura humana no puede aprender si no es desde el error, o como decían los padres de antes “*desde el sacrificio*”.

Cuando nos introducimos en dicho recinto natural, todo depende del interés con que vayamos y de la propia inmanencia con la que recibamos las cosas. Los ecologistas fanáticos en absoluto están de acuerdo con el planteamiento de un zoo, pero de seguro que ellos, salvo algunos casos excéntricos o por trabajo, jamás han visto en vivo una selva ni una sabana. Dejando aparte esta batalla, a las que soy muy propenso de forma exagerada (lo cual es un defecto), he de decir que lo único que me importa es el lugar en sí. Y este lugar en sí es simplemente un zoológico.

Cuando de pequeño se ven las cosas por primera vez, es decir, cuando nos habituamos a ellas a partir de cierta edad y durante 4 o 5 veces por lo menos, la impresión en las personas propensas se hace definitiva. Las imágenes con el tiempo se transformarán en hechos habituales, y si en cierto período, dependiendo de la naturaleza de los mismos, no volvemos a verlos, se nos va a hacer la vida imposible. La naturaleza generalmente será económica, como en el caso de la entrada al zoo, pero una vez cada dos años el hecho puede hacerse posible y la regeneración colma de paz y de

nuevos horizontes plásticos nuestra imaginación. Es en estas nuevas idas y venidas cuando la habituación se irá transformando en un valor. Con un poco más de tiempo y de dignidad, los recuerdos del pasado se hacen sinceros y el gusto por el zoológico adquiere toda la forma del mérito. Valorando hechos tan bellos, como los que a mí me parecen, podremos día a día tratar mejor a las cosas, a los animales y a los semejantes nuestros. Este hecho clave creo que me aparta de los ecologistas que se toman como propia la bandera, de los diseñadores y de los típicos oportunistas de siempre, que en todas las épocas han habido y habrán. Esta última especie es muy peligrosa porque es el dinero el que meramente la mueve. Las dos primeras también poseen peligro en la lontananza debido a que su terquedad, en tiempos de crisis, los puede hacer incontrolables.

En el zoo al que estoy habituado las especies son muy variadas. El recinto, como sí, está ya viejo en muchas partes y descuidado también en muchos de sus jardines, pero el sentido por el que debe existir un zoo es más que suficiente. Existen con toda seguridad mejores zoos, pero éste me va a ser más que irreplicable por los recuerdos que se me han anquilosado desde sus instalaciones. En el pasado, tras su renovada concepción y apertura, la música ye-ye creaba un escenario adosado. Aparte de los parques y puestos de chucherías mil, los grupos modernos de aquella época, sobre todo, los americanos *YOUNG RASCALS*, *THE TURTLES*, *LOVIN' SPOONFUL*, *MONKEES*, *PAUL REVERE & THE RAIDERS*, *BOX-TOPS*, *OHIO EXPRESS* o *ARCHIES*, como un mínimo ejemplar, acuciaban sobre nuestras orejitas sus lindos, y a veces a la vez, extraños y exóticos sonidos. El argumento sonoro era impresionante y la pléyade infantil de aquel submundo comenzaba con una sangre nueva a caminar. Desgraciadamente, los tiempos aclaran las ideas y casi ningún iluso de

aqueellos infantes creyó en la posibilidad de continuar la idea. Para mí, continuar es ejercer. La música fresca de aquel tiempo acertó en el género humano que estaba creciendo en aquellas décadas. Nosotros, los chicos de la época, éramos los gozosos vástagos de nuestros padres emigrantes y de aquellos padres autóctonos. Como la alimentación, salvo alguna más que frecuente excepción, no fue problema para nuestra generación, la vida que nos rodeaba pudo ocupar más espacio como aspecto lúdico. Y de ahí, a pensar y especular desde la nada y sobre la vida, solo hay un paso; parecen realmente que son lo mismo ambas naturalezas. Los libros abundaban más, pero el hábito de la lectura en los niños recientes de aquel segundo obrerismo, continuó siendo bastante nimio. La televisión sí que supo llenar los huecos abundantes de nuestro ocio, pero hoy solo quiero hablar del zoológico.

La naturaleza imaginada por mí tuvo la ayuda de la geografía. Memoriqué fácilmente el mapa mundi con todos sus contornos y con la mayoría de ideas generales sobre climas y áreas biogeográficas. Este apunte viene a cuento no por medio de la presunción sino por medio de mi carácter hiperrealista. Imaginar imagino continuamente, pero nunca en mí se ha reñido semejante naturaleza con la verdad que nos impone el universo. Hasta la frase parece quedarme artística, pero yo no puedo funcionar sin situar en el tiempo y en su espacio las cosas. Los animales de África eran parecidos y diferentes a los de América y Asia, y los de Europa y Oceanía estaban con todo el resto de continentes, y entre sí, en la misma relación.

Cuando se inicia la ruta del zoo aparece cierto desencanto en las personas impetuosas e impacientes. Las aves ocupan las primeras instalaciones, y entre ellas solamente algunas palmípedas y acuáticas,

siempre de pequeño tamaño. De vez en cuando, surge como por equivocación, o incluso puede que por abandono, algún aislado rumiante al que cuesta percibir por la pequeñez de su cuerpo, por la vejez de su congénere y por la confusión que crea su piel, toda cubierta de la tierra que le sirve como suelo. El clima de la insignificancia describe su triste rostro. ¿Por qué? El preámbulo aparece dispuesto para la llegada de las grandes fieras que van a servir a nuestro espectáculo. De todas maneras, estos animales a una segunda vista parecen no tan abandonados: acaban de ponerles las verdes hojas de forraje y las ramas que comienzan a comer cansinamente sin ningún tipo de energía. Este falsete en las acciones es una de las características principales del zoológico, pues salvo los energéticos monos y focas, todos los demás animales aparecen adormilados en este caluroso atardecer de verano. Hablando de monos, también aparecen mal distribuidos, como formando parte de este primer relleno urgente, alguno de estos simpáticos y casi independientes animales.

Por fin, hacia la izquierda del recinto, pronto comienzan a aparecer los primeros felinos que le dan carácter: panteras negras (que realmente son leopardos melánicos, es decir, de pelo negro o pardo), los leopardos acostumbrados, los más veloces -los guepardos- y los leones. Todos de África y con menor presencia en Asia, presentan sus fauces simplemente en el bostezo o con su continuo remenar por la jaula, buscando hacia adelante y atrás no se qué. El tigre es propiamente asiático. Muchas veces el enfrentamiento con la realidad se hace desesperanzador, pero al pronto se convierte, en este caso, en reivindicación del poderío de un continente. Las películas me han informado mal o me he confundido en la perfección de su información. Los elefantes asiáticos son más pequeños, de ahí la imprecisión animal con este continente. De todas maneras, los 600 kilos que suelen separar ambos animales parecen no suficientes para establecer

tanta diferenciación. La longitud puede tener mayor culpa, un metro, pues uno suele tener 6,5 y otro 7,5 de cuerpo. En cruz, la diferencia es todavía mayor, cuando se nos enfrenta violentamente o cuando se nos defiende violentamente. Todos los felinos están por encima del resto de animales en la pirámide alimentaria, es decir, que los de más arriba se comen a los de más abajo. Pero esto no quiere decir que todos acaben siendo cazados por sus superiores. Por la lógica natural, existen muchos menos depredadores que depredados, y muchos de estos últimos mueren por otros diversos motivos. No obstante, sus cuerpos moribundos acabarán siendo aprovechados por los mismos carnívoros y por los más específicos animales de rapiña: buitres, hienas y todo tipo de insectos y gérmenes. La historia de la vida natural quedó después explicada, en la interrelación de todos los animales con su medio, gracias a los documentales de la televisión. Las clases fueron truncadas en el olvido que motivó cierta enfermedad y que en lo fundamental no era. Fue el movimiento, la fuerza que posibilita las ideas, la que desmembró muchas esperanzas.

Cuando retornamos de los felinos del fondo, aparecen las rapaces en grandes jaulas. Los leones están a continuación, insertados en un excelente decorado natural de piedra y agua. Simios de todos los tipos, aves de mil colores, simios más grandes (orangutanes y gorilas), osos y más rumiantes, y herbívoros, salen por doquier a partir de entonces. Y vamos girando poco a poco hacia la misma derecha, donde se abren diversos espacios por sus alrededores. El terrario muestra, tras sus lunas, los horribles y deseados ofidios, serpientes mil veces venenosas o constrictoras de nuestro ánimo. Algunos anfibios se animan también en la inoculación del veneno; nuevo argumento extraordinario que aprendemos. Caimanes y cocodrilos, lagartos

e iguanas nos ofrecen sus cuerpos, y con extremada paciencia, sus minúsculos movimientos.

En una de esas áreas adyacentes aparece un paso elevado, en círculo, que nos permite contemplar, como desde un *land rover*, la sabana en plena actividad: búfalos y elefantes, jirafas y cebras, gacelas y ñus, rinocerontes e hipopótamos asoman sus hocicos y bocas hacia los paseantes. Todo un espectáculo en el pasado más inmediato y moderno y a la mejor luz del sol posible.

Por último el acuario, y un local cerrado y con su escenario al aire libre, en multitud de mamparas de cristal, de donde los pájaros más nómadas no pueden escapar. Se llama aviario. Unos tristes elefantes asiáticos cierran el recinto del zoológico. Antes deberíamos haber visto la montaña artificial desde donde podemos observar a diversos pequeños rumiantes pulular a su aire: la baja colina que divisa la pradera.

Bien, me he olvidado de osos y focas, pero también surten por ahí. Los primeros en unos hondos espacios pétreos artificiosos, que nos aterrorizan imaginando nuestra caída a su fondo y muerte.

Si el zoo no se visita con algo de curiosa intensidad, que proceda a fomentar el conocimiento tranquilo de la vida; si tampoco nos sirve para que nos invada a la vez el sentimiento, nos abatiremos bajo una de las dos posibles naturalezas que más odia el autor: la del cateto, que no tiene por que ser de pueblo, pues éste suele reconocer con decoro y orgullo su propio desconocimiento; y la del espabilado de turno, cuyos comentarios resultan a la vez de repelentes, inexactos muchas veces, por salirse del contexto natural que las cosas de la vida necesitan. No es que yo rechace el mero paseo, al contrario, es la mejor técnica para comprender el mundo que nos rodea. Con su conocimiento puede que aprendamos a respetar más las



cosas. Como del campo se ha pasado a la ciudad en un santiamén, los nuevos hombres no comprenden lo que sí entendían los viejos. No podemos recolectar y explotar la tierra cualquiera, en la que estemos, hasta el infinito. Ella necesita repararse a sí misma. Hasta los cazadores tienen su veda y entienden, los verdaderos de la profesión, más que algunos ecologistas, que se encierran cada día más viendo las series que fomentan no se qué modas juveniles o el mecanismo funcional de las cosas (¿?). Hay que estar allí mismo para saberlo, para vivirlo. Pero, aún así, no me gusta la caza ni este mundo donde, de manera natural, nos comemos unos a otros. ... .. Pocos existen, como nuestro héroe, que comprenden por la simple fe. Estos espíritus *superiores* (y vuelta) merecen nuestro respeto, pero nosotros no somos así. El resto tenemos que ver las cosas por nuestros propios ojos, sufrirlas. Aquellos semidioses no es que todo lo comprendan por la simple teoría, pero como se han creído que desde pequeños han de ser buenos con el prójimo, esa predisposición les da una terrible ventaja. Los demás somos más mezquinos, aunque el verdadero ruin con mayúsculas es aquel hombre o mujer que no aprende (ni a palos). ¿Se ha perdido la sensibilidad en nuestros tiempos, Dios? ¿Deberemos volver al zoo? Puede que sí algunos, puede que debamos (apalear), por desgracia, en un futuro a muchos. ¡Oh, animales de la selva!, dejarme volver entre vosotros, pero no me mordáis demasiado que yo os entiendo. Por si acaso, también llevaré mi propia arma de autodefensa: mi alternativa de pensamiento para poder tomarme, como cuando niño, toda la vida salvaje de la naturaleza, como si de un bello cuento se tratase y no como de una carnicería siempre al acecho. ¡Oh, grupos de música de los 60's, que ya narcotizasteis mi mente desde pequeño! Cruda la relación entre la fantasía y la realidad.

1/6/1998

Los paréntesis ( ) rojos recordar que nos advierten de un gran peligro.

## ***UNA JOVEN Y UNA MUJER***

A:

La chica es frágil de cuerpo como la pluma que flota en el aire y que nos parece en estado permanente. Ligera, fina, llana. A este cuerpo de *popotitos* no debe añadirse una anatomía desgarbada porque realmente lo único que le ocurre es que está un poco delgada. Tiene suficiente altura para mis 1,72. El cuerpo es rellenable para la posibilidad. Al no existir problemas estructurales, las dificultades son sencillas y posibles. A más, equilibra sus formas esa cara ancha como la mía, bien compuesta, de perfectas magnitudes entre alto y ancho, entre la redondez y la rectangularidad; una cara que puede ser el origen de su manía por la línea, pero que realmente es el fundamento claro de su belleza. La faz extensa muestra la mejor vitalidad aunque el cuerpo esté demasiado ligero. Las facciones, al ser claras y suficientemente precisas, finas en las formas principales (orejas, ojos, nariz y labios) y suficientemente grandes en las formas adyacentes (cejas y pestañas), realzan aún más la belleza sobre la amplia superficie. Los labios podían ser algo más grandes, pero la perfección no gusta a los grandes enamorados. El detalle divergente define a la musa y la hace por ello más apreciada. Ella, con su carácter, imprime el sello de la naturalidad, la mujer no es muñeca inanimada y posee todos los elementos para excitar al hombre, y no como las modelos, cajas de música del silencio. En resumen, el cuerpo excesivamente delgado es contrapuesto por esa brillantez de su faz que la hace estar bien bien guapa. De todas maneras, esta descripción se corresponde con mi estado con respecto a ella, bastante posterior al tiempo en que la conocí. Por ello, lo importante es meternos en su vida e independizarnos lo máximo posible de nosotros mismos.

Sus veintiséis años, en esta época, la harían considerar como una mujer que ha tenido ya todo tipo de experiencias y demás, viajes y conciertos, y frugalidades varias. Lo cierto es que el asunto con ella es más complicado y más sencillo. Más complicado, si obedecemos a la mentalidad actual, y más sencillo, si obedecemos al fin que ella se propone en esta vida. Ella no se considera el vulgar contenido de un tubo de ensayo y prefiere continuar hermética dentro de la vasija de los elementos puros del laboratorio. Aún es muy joven, se considera muchas veces agradable y guapa guapa para encontrar su verdadero príncipe que no tiene por que ser azul. En ocasiones, los pensamientos que la acucian parecen hacerla sucumbir. Los sollozos existen porque más de una noche ha llorado en su lecho. Toda la vida estudiando, aprendiendo el oficio de su madre, de costurera, por si acaso las circunstancias no le diesen el beneficio laboral de una buena oferta. Mujer de su casa, guisa, arregla y prepara buenos platos. Ha alcanzado un nivel de perfección en repostería, salsas y caldos que la hacen entrar en el campo de la verdadera cocina. Le gusta el estilo, los buenos platos deben estar bien presentados, pero sobre la artificialidad se impone la herencia de una buena tradición familiar. No le acucian las estupideces de una mentalidad política, sabe que es necesario ese conocimiento de la casa en una mujer que se precie. Ello la enorgullece, el dominio sobre el marido así estará plenamente justificado, y más con los conocimientos contemporáneos de los estudios. El marido debe ser guapo, simpático, agradable y servidor con su fuerza. Las tareas más mecánicas de la casa y de la cocina serán su función y el orgullo para su mujer. El matriarcado como fin, a ella la encumbrará como joya de la veneración. El deseo animará al hombre de su vida y del amor proseguirá la regeneración. Estas ideas no sabemos si son propias del narrador, de ella misma, de su

futuro novio o de ambos a la vez, pero lo cierto es que Isabel las hace bandera de su carácter.

Ha encontrado un trabajo de enfermera en el lugar a donde van a morir los últimos vestigios de este más que crudo mundo. Es su primer trabajo, porque los estudios la han ahuyentado de la vena práctica. Ciertamente ha sido la posición de su madre, el oficio de costurera, la que le ha ayudado a permitirse un camino algo tortuoso hasta el fin laboral. La mente de Isabel es más práctica que vocacional. Se engañó con intentar un puesto de funcionariado: estudió en una academia especializada para ello y ya fue tarde para echarse atrás el último día, el del examen, cuando contempló en el aula de las oposiciones, a sus propios profesores, competir contra ella misma. En este país se ha pensado que los servicios son el motor de la economía, cuando deben ser meros y necesarios los que ofrecer a una sociedad verdaderamente productiva. El dinero debe proceder primero del producto, de la hoz y del martillo. La bandera que hay detrás resulta ser siempre falsa. Isabel, aturdida, decidió estudiar algo que siempre le había llamado la atención. Tras su segundo fracaso, volvió hacia el campo del primero, la farmacia. Supo reorientar la amplia profesión hacia el área de enfermería. Esta vez su aguante le donó el fruto, y aquí vemos a esta chica frágil comenzar por lo más fuerte de la vocación. Entre muertos y tunantes, drogadictos y mentes pobres, en fin, los desechados por la propia sociedad que también corrompe, Isabel comenzó a caminar. El primer contacto con estos cuerpos débiles y agotados fue impresionante, pero la tenacidad en modo alguno la echó hacia atrás, y más con la categoría del servicio médico y sanitario con que le tocó trabajar. Los cuerpos humanos pertenecerán ya al mundo infrahumano, pero el servicio técnico logra paliar los últimos escalones de sus vidas. En muchas ocasiones, el razonamiento,

la lucidez última de sus mentes en esta vida, logran imponerse, y el resumen de su argumento les acerca hacia el mutuo cariño. Reciben y también han comenzado a dar. Eso sí, no hay que bajar la guardia porque alguna vez te tiran al suelo, exigen continuamente como el más niño inmaduro y travieso, y que por su edad se comporta así por aquella ley de la supervivencia: el amor y la educación no hizo en ellos como sí en esta buena Isabel. El desgarró desde sus *familias desestructuradas* es comprensible, pero debemos hacerles frente, no dejándoles pasar todo y limitándolos muchas veces. Así aprenderán mucho más. Conocerán que todo no funciona a la carta y que el esfuerzo tiene su correspondiente explicación. Pero siempre, cualquier acto y mensaje, desde el amor.

Isabel esta tarde vuelve a poner un poquito la tele, alguna serie, alguna novela, no hay otras cosas. Echa la cabezada después de comer. No sueña ni se identifica con los héroes de aquéllas porque ya les ve bastante falsos. No hay más cosas y ello mismo le ayuda a echar la cabezada. Con este panorama televisivo le es imposible soñar. La lectura es más en ella entonces. Cada semana parece leerse un libro mediano. Tal avidez es muy propia en las mujeres actuales. La diferencia, sin embargo, entre unas mujeres y otras es la calidad de los temas elegidos. A ella no le gusta la vulgaridad experimental de los escritores de estos tiempos, aunque muchos de estos escritores realmente tienen cincuenta o más años. Son como los redactores de las revistas de mujeres, donde el noventa por ciento son hombres -¡ilusas!-. Volviendo a esos redactores-escritores, las experiencias que cuentan duran a lo sumo meses. Lo más normal es que el transcurso se prolongue durante una semana, generalmente de viaje, por lo que se matan dos pájaros de un tiro: uno el del viaje y otro el del amigo. En ocasiones, la experiencia es una simple nocturnidad. Luego todo serán recuerdos y

destrezas qué contar, por siempre, junto a un marido infiel y para el que una le será infiel toda la vida. El tiempo de los hijos es largo, el crecimiento anodino. La mentalidad de cada cual es propia, pero lo que le es odioso al narrador es que se argumenten buenas intenciones cuando la realidad está en el propio y único egoísmo. Cuesta menos mantener un perro que un niño; ellos nunca han debido serlo; no sé si la una especie o la otra. Parece ser que la humanidad va a terminar en Europa con esta nueva generación heterosexual y extraña. Suerte que las otras tribus que emigran hacia nuestro mundo mantienen la procreación. En el fondo siempre es lo mismo, quien tiene más intenta gozar, cada vez más, de sí mismo y para sí mismo únicamente, no da nada a nadie, ni a los posibles propios hijos que nunca va a procrear. No colabora en la regeneración, y lo importante es cumplir el expediente haciendo algún que otro donativo por correo a alguna de esas extrañas asociaciones que dicen que colaboran mucho (hay fabulosas excepciones).

Isabel no es de esa naturaleza, tampoco es tonta, pretende subir en este mundo, pero las bases aprendidas con sus padres han sido muy honestas y sencillas. El trabajo es lo único que a ellos les ha enseñado. La cultura previa, por muchas imperfecciones que también tenga, no ha rechazado el papel de la procreación de la misma especie. Ese es el punto clave de cualquier ser vivo, sociedad o grupo social, el de la propia pervivencia. Si únicamente nos consumimos a nosotros mismos, bajo el ciego ímpetu de nuestros irrefrenables impulsos (*deseos*, dicho finamente), no dejaremos nada para el futuro. Seremos los glotones que destruyen toda una herencia, toda una cultura. ¡Qué importa si después ya estarán muertos! ¡Que les quiten lo bailao! Isabel quería dejar su impronta, por eso se dormía en el sillón después de comer, tras el gran esfuerzo. La televisión no le llenaba esos ratos vacíos en que la mente necesita del ocio fácil y



rehecho. El entretenimiento hace años que murió. Lo único que se pretende ahora es promover aquel mismo mensaje del egoísmo para que vivamos lo máximo posible hasta el fin del mundo, y que por cierto, se hace variopinto este último con la abundancia de teorías existentes, que esconden la realidad para conseguir algún que otro dinero de los mismos tontos. Isabel sigue durmiendo, quiere tener su buen consorte con el que siempre realizar el mismo acto del conocimiento, del amor, usemos las verdaderas palabras. El príncipe puede que sea plebeyo, no como el de la tele; la casa lo más seguro es que sea un piso en algún barrio alejado del centro; pero lo cierto es que él la colmará siempre, la acariciará por el propio valor de sí misma y el nuevo engaño se hará verdad cuando los dos sean insustituibles el uno por el otro. La pareja así será perfecta. Es por ello que Isabel aún continúa soltera y sin novio. Está todavía muy enmadrada, no desde el punto de vista económico. Ella incluso podría ser casi independiente, aunque tendría que compartir piso con alguna amiga, porque si no pocos gastos podría hacer en beneficio de su ocio. La relación con su madre es de amiga a amiga. Ellas compenentran sus armas de mujer y el apoyo mutuo le evitan a Isabel muchos sollozos. Alguna noche, cuando su fino cuerpo se retoza suavemente entre las sábanas, parece quedar más tranquila al pensar que la esperanza, que se hace larga, habrá valido la pena. Su cuerpo solo estará a merced de quien la considere como ella se auto-considera. Su cuerpo debe preciarse como el que ella preciará. El amor, así en estos tiempos, resulta irracional. El amor, así para el narrador, es el único existente. El amor, así para el futuro y posible novio, debe ser el mismo. La coexistencia de dos seres, así entonces, parecerá provenir de aquellos poemas líricos, casi épicos, de tiempos ya muy lejanos. Tras las cruentas batallas, aparecerá el premio de la victoria; de esta manera la sabiduría tendrá el propio valor y día tras día se estará creando el armazón de la gran deseada estructura. El

recuerdo se hará unívoco. La tierra será la misma año tras año. Las estaciones le darán el mismo aspecto y la suficiente diferencia para no morir en un mundo traidor y anodino.

Isabel se despierta, vuelve a sus quehaceres, frega los platos, lava alguna de sus ropas íntimas. Alguna vez, cuando evoca a aquel chico, hace poco conocido en el trabajo, se vuelve retozona y sumisa, feliz. Pero pronto la llaman o llama a sus amigas. Antonio, Luís Miguel y su novia la han vuelto a telefonar para la cena del sábado. Volverá a salir con ellos y el rato experimentado será sencillo y calmoso. Tomarán después una copita. A ella, no obstante, no le gusta mucho beber, pero con un poco de aquel efluvio, de aquella bebida dulce, las lágrimas caerán más felices. Reirán y hasta bailarán después, como a ella le encanta. Todo aún es posible y esperanzador en esta figura tan joven y fascinante para el narrador.

...

A:

El día de hoy comienza de nuevo a pedir el sacrificio. Pero pensar mucho en ello es síntoma de vagancia. Cuando ha llegado la monotonía a este trabajo, el aburrimiento no ocupa el siguiente estrato. Es lo cotidiano, la rapidez de ver pasar incluso el tiempo, lo que caracteriza verdaderamente la jornada. Vuelve a ponerse esa fina falda oscura que ciñe sus delicadas caderas. Las medias conjuntadas dejan respirar el amor al chico que siempre le abre la puerta, aquel que siempre trabaja abajo. Él le marca el ascensor y recibe suave algunos de sus agasajos, algunas de sus preguntas. Muchas veces también se ve obligada a reír sus liosos comentarios. Él mismo se da cuenta del sentido natural de sus frases y sus ojos se clavan en

los de ella con el brillo inicial del amor. Una vez en la planta, el día comienza en serio. Las novedades de la noche comienzan a desplegarse abrumadoramente desde aquel severo carácter. Una religiosa es quien hace el turno de noche. La hermana Marcelina es muy seria en su trabajo. Ello no nos dice mucho ahora. Realmente, todos debemos ser serios en el trabajo. Lo que quiero decir, en este ampuloso argumento que pretendo forjar, es que a más es seca. Muy dignamente, como si de un funcionario de justicia se tratase en el punto culminante de su quehacer (un juicio por ejemplo), la hermana Marcelina va remitiendo a Isabel todos los acontecimientos ocurridos durante su guardia nocturna, aunque tengan la mínima importancia. De su excesivo celo provienen muchas anotaciones que Isabel debe escuchar educadamente, pero que en el fondo no van a servir para nada. La hermana Marcelina es así, demasiado severa y tajante en sus consideraciones, y las relaciones con estos enfermos problemáticos muchas veces llegan al enfrentamiento directo, con lo que a partir de ese momento se rompe el camino constructivo por el que intentar renovar o contener al sujeto problemático. Siempre debe ser el profesional el que procure guiar la nave, el que ceda sus sentimientos más delicados ante el energúmeno. Marcelina e Isabel también son humanas, pero su profesionalidad, para conseguir mayores éxitos, debe saber sacar partido a su propia sensibilidad. Frente a seres que nunca han visto frenados sus más bajos deseos, el planteamiento de la pugna es saber ceder hasta cierto límite. Una vez que el ejército enemigo ha entrado en el cerco que él no imagina, la presión ejercida sobre él le vencerá. Entenderá que no se pueden conseguir todas las cosas. Dentro de su propio infierno, va a aprender que su actuación no es ilimitada, por lo que el pacto lo verá como la salida más valedera. La hermana Marcelina nunca pudo entender esta estrategia y la relación con el enfermo siempre llegaba demasiado pronto al

punto insuperable. Isabel, sin embargo, aprendió enseguida del proceso. Al comienzo se la comían los enfermos, empleando la metáfora, pero el propio conocimiento y su capacidad para emplear beneficiosamente la observación, la ayudaron en el progreso técnico de las relaciones humanas. La observación necesita de la teoría regenerativa para imponer la mejora y el éxito. Isabel sí era capaz, pero al tiempo hay que dejarle hacer con su propia naturaleza. Las prisas son malas y los profesionales superiores entendieron pronto su interés productivo. Al cabo de tres o cuatro meses la hermana Marcelina era muy inferior a Isabel en sus quehaceres laborales.

...

B:

Las ideas preconcebidas suelen producir los peores desengaños. El deseo endógeno solamente engaña a los tontos. Así le ha ocurrido una vez más al narrador. Esa joven, esa mujer tan deseada y loada, “*halagada*” le diría después ella misma, no sería para él. ¿Dónde está la realidad? Creamos un mundo fantástico que después resulta irremediabilmente falso, inexistente, totalmente engañoso. Se habló con ella suficientemente, se creyeron sus miradas, todo indicio se esclavizó a la idea que parecía que iba a ser la definitiva. Ella solo estaba por él como él solo iba estar para siempre por ella. Pero el golpe llegó. “*Tu no eres mi (tipo), me siento totalmente halagada, gracias.*” «*Y ahí una vez más me quedo como un tonto, por mucho que me digan todos y todas lo mucho que valgo.*» Esto, evidentemente, no le respondí. Fue mi pensamiento, ya que me quedé mudo. Mi tipo...

Esto son meras ideas generales, el amor todavía conserva la mayoría de las brasas. Antes que se extingan en el infinito, aún sueño con poseer sus abrazos. Poco a poco, y como saliendo del espejismo, el vacío esta vez no lo es tanto. Él va equilibrado, por fin, sobre las bases de la vida. Sí, algo tan sencillo, que debería ya tener superado a su edad, le produce el relajo que necesita para este nuevo fracaso de amor: los poetas vuelven a rondarle, la primavera está en pleno apogeo, los tonos más azules del cielo comienzan a imperar y la esperanza, aunque parezca esquivarle de nuevo, será lo último que él pierda. Un carácter terco es al mismo tiempo causa y solución de los problemas que él mismamente crea. El tiempo se hace ligero y el ánimo no está en absoluto perdido. Más bien está libre. Sí, ¡vivan las estúpidas paradojas de la vida! Arrojado todo el deseo, presentadas ante sus pies todas las mercedes, él está libre, triste, pero sin la carga agobiante que lo tenía completamente absorto. Él esperó, tenía ella que operarse, le evitó una nueva presión; más tarde, el que debía de haberse operado era él, pero su enfermedad no tiene remedio. Después, cuando todo parecía claro, el amor se esfuma como el humo del tabaco ¿hacia dónde? ¡Qué frases y pensamientos! Pero la libertad está frente a él. Se siente igual de ligero que la primavera. Liberada, por fin, toda su presión, ya no le podrá decir su pretendida que no existió el intento. Todos los castillos en el aire, que siempre crea nuestro héroe, parecen estar fuera de cualquier lógica. Pero la vida funciona así. Contemplamos la realidad, conceptuamos el deseo, y observamos, poco después, la alegría o la tristeza de nuestros éxitos y fracasos. En él todo ello es mucho más lento y engañoso. Su idealización es exagerada, aunque esta vez cree que algo no encaja del todo, como siempre. La experiencia definitiva le ha llegado en la cuarta década. Ahora comprende mucho más. El nuevo desengaño no le ha hundido como en otras ocasiones. No busca tampoco la alternativa más fácil, la idealización

de otra musa. ¡No!, no hace falta ni tiene por qué existir. Él ya es totalmente libre. Él posee por fin la tranquilidad que los verdaderos amigos le dan en la existencia: los poetas, los novelistas y los músicos modernos. Ellos no engañan (los que le gustan claro), porque todos ellos cuentan a partir de sus hechos parecidos. El aire que ahora necesita respirar, más que nunca, procede de su hermosa y sana naturaleza. Cada día irá al trabajo, donde su amor también trabaja. La verá, la sufrirá, aguantará a sus compañeros, procederá con la mejor de las disposiciones, padecerá más unos días que otros, pero el resumen general será el de vivir sin rencor. No será el precepto moral el que le obligue a ello, es el entendimiento el que le ha enseñado, y el gran profeta se sentirá orgulloso de que los mandamientos obtengan el apoyo de la experiencia. Sólo así él cree en su Figura, sólo así puede ser Él el Señor de todas las cosas. Los días de esta primavera van a ser los más calmosos de su vida. La sonrisa sincera asomará casi siempre por la casa. Cuando salgan todos de nuevo a cenar, él la verá bailar con otros, puede que ya tenga su novio, pero las miradas y las conversaciones serán suaves y sinceras por su parte. El candor será su agradecimiento. El sufrimiento cobra así un nuevo concepto. Puede que sólo noten, en sus ojos demasiado almendrados, la tristeza hecha herencia. Más la verdadera calma le premiará. Él puede que no se de cuenta de todo este acto tan sincero, de todo lo que le va a significar, pero las cartas de la baraja, puestas así sobre la mesa, le van a premiar con el nuevo triunfo, con el de la vida tranquila y sosegada. La admiración hacia él va a surgir como nunca. Incluso Isabel se va a sentir de nuevo enamorada. ¿Qué ocurrirá entonces? Y no es necesario que de nuevo pasen cinco millones de años como la película de la *Hammer*.

...

B:

Ese chico me gustó, guapo y agradable, devoto para mi tierno corazón; pero qué desengaño. Siempre detrás últimamente, meses han pasado con la misma rutina, las mismas intenciones. Chistes y gracias no le han faltado, pero nunca ha intentado nada más. Es cierto que me ha hecho regalos, que sus ojos le brillaban extraordinariamente, que le he frenado alguna vez cuando ha querido ir más lejos, a cenar incluso. Más una chica moderna merece que la soliciten con el estilo de la modernidad. Yo soy una buena ama de casa, cariñosa, antigua en el concepto básico, pero las tertulias, pesadas me resultan. Posee inteligencia, se le nota, pero muchas veces es repetitivo, pesado, aburrido. Sí, es cierto, continuamente se suaviza por su gracia continua y cambios de tono, de ritmo, de temática, pero llega siempre, al punto terco y exagerado de las cosas, en los momentos en que yo necesito otro trato.

Un chico guapo debe transigir más frugalmente, limitarse a ver las cosas también de la manera más banal. No tomarse en serio todas las cosas. Es un crío, en eso se parece a la idea que pretendo desarrollar, pero siempre en el final de las cosas concluye con su ideología. ¿Por qué no puedes depurarte un poco más?

Cuando salimos, de nuevo, todos juntos a cenar, aquel chico de mi edad es más manejable, inconcreto, ligero, incluso mucho más alto que yo. Pude hablar y hablar de las cosas de manera mucho más sencilla. No pretendíamos elevarnos con la intelectualidad de temas que desconozco y que no interesan a nadie. Al menos, esta es mi opinión sobre lo que una persona no comprende. Y en ello tengo mi derecho como nadie, el derecho a ser frugal como el viento. Es más natural ese nuevo chico, puede que él

sea mi pareja de verdad. Por ahora, sin mayores planteamientos para el futuro. Quiero divertirme y sentir. Andrés era todo sincero, su vista siempre le delataba, su aprecio era verdadero, no pedía nada más que mi persona, pero ya me cansaba la espera y sus continuas indecisiones. ¡Y siempre hablando! ¡Siempre hablando de multitud de cosas necesarias...! Con el nuevo amor (*deseo*) el mundo es plácido y cómodo, sencillo. Realmente, el cambio de aires me era necesario. Las lluvias deben seguir a la sequía, y a ésta le debe acontecer un otoño lo suficientemente húmedo. Andrés forzaba las cosas, exageraba. El otoño llegaba a ser mucho más duro que el verano, para que después la tardía primavera fuese toda un mar de agua. Él me quería alargar el sufrimiento y el placer, me decía que así se debe vivir, que así podremos valorar al vecino con más cariño. Solo probándonos en los duros momentos, podremos llegar a conocernos. Las personas se quieren de verdad cuando han superado esta prueba. ¿Pero por qué tengo que sufrir esas insensateces? ¿Después de trabajar debo continuar dándome latigazos como las antiguas santas? ¡Tontas! Con Diego la vida es otro devenir. El agua cae para sentir su contacto en la piel. Los momentos libres deben ser un gozo ligero para que el cuerpo y la mente se relajen. Andrés no era un anacoreta, le gustaba vivir y gozar, pero las cosas del mundo que le rodeaban las estimulaba para darnos esos innecesarios discursos. Pasemos el rato meramente nosotros, que nada vamos a poder arreglar. Quiero hablar de cosas banales que no conducen a nada porque quiero que no conduzcan a nada. No sé si todo ha sido un malentendido con Andrés, pero yo ya no soportaba más. ¡Adiós!, a pesar de todos tus magníficos regalos, detalles y escritos de amor.

Diego me sorprendió el segundo día que todos fuimos de cena. Comenzó a bailar libre y sin preocupaciones, insinuante, tranquilo junto a mí. Ese es el hombre que quiero. Los problemas ya los conocemos,



sabemos que existen y que siempre volverán a renacer, por mucho que nos empeñemos en intentar arreglarlos. ¿De que nos sirve esa preocupación? Que sí, que en Andrés era sincera, pero que yo ya estaba cansada de semejante discusión. ¿Realmente le llegué a entender? ¿Realmente él quería discutir solo de eso?

...

C:

En el fondo es una tonta, una simple creída de nuestro tiempo esta Isabel. Se le sube larguirucho el espinazo desde hace unas semanas. Desde que ha dominado la faena, no ha podido controlar los más bajos instintos de la vanidad, y ya se cree doctora cuando es una simple enfermera. En el fondo ella debe ser así. Alguna compañera de trabajo ya me lo iba diciendo (lo extraño es que ningún compañero me comentase nada al respecto. Debe ser la intuición femenina, su celosía). No es que me mire desde su alto pedestal, hacíamos bromas todavía por teléfono, parecíamos entendernos en un mundo particular. ¡No!, debe ser así siempre el destino de las nuevas mujeres de hoy. Ellas quieren ser hombres, pero en el sentido más abyecto. Para que la cuestión tenga sentido, el hombre debe ser totalmente sumiso, por lo tanto, ligeramente amanerado. Puede que en el lecho aparezca el hombre, pero en la relación diaria frente a las personas, ella parece la sargento mayor del cuartel y él el dócil leoncillo que la consorte toca a su antojo. Y con pelo de peluche.

De todas maneras, este es el pensamiento más radical que cruza por mi cabeza. No deben exagerarse estas intenciones. Pienso todavía en Isabel la mayoría de las veces. Reconozco mi torpeza, mi verborrea agotadora,

¿pero es que las intenciones no son lo más importante? Debo cuidar para otra ocasión el estilo; esto sí que está claro. La presencia es digna en mí; la traición procede de mi lengua. He demostrado, al tiempo, mi gran poder sobre la dulzura, la metáfora y el adjetivo, pero debía haber equilibrado, antes del desenlace, todo el conjunto de mis propiedades con el manto de la medida. Tarde siempre llego a la cita, a la reacción. Bueno, eso es todo, ya pasó y en otra ocasión espero mejorar. Tampoco Isabel me es tan estúpida como últimamente he llegado a creer. Bastante ya tengo con que el corazón me lo haya tocado, con su saeta, Cupido.

Otra posibilidad de mi fracaso es que la edad de Isabel es diez años inferior a la mía. Yo a su edad estaba mucho peor en las consideraciones vitales de las relaciones, aunque tenga como mayor excusa, y cierta, la enfermedad que me corroe desde los inicios. Ella ha visto en mí un personaje ciertamente pesado, carca, y la simpatía, la verdadera sinceridad que imprime mi indomable pensamiento, ha sido insuficiente para raptarla y llevármela por todos los parques de la ciudad. Chicago, qué gran grupo. Los juegos han vuelto a volatilizarse y el sello enfermizo vuelve a apoderarse de mí. Debo sustituir mis impulsos por los actos endógenos. En fin, ¡qué voy a hacer! ¿Parar loco? ¡Oh, no! Ella ahora lo pasará bien. ¡Qué horribles celos me consumen! Mi persona no ha sabido acertar en el tiempo. Alargando la cuestión, he fracasado. Los tímidos somos todos iguales. Debe ser la increíble suerte la que nos premie con el regalo. Si a ese prolongado impás, añadimos la filosofía innecesaria, aprovecha la novedad para colarse frescamente en la cansada mente de la amada. Igual que yo en aquella cena me di cuenta de lo que tenía frente a mí, presentose aquel criminal para refrescarla totalmente de mi tontería. En el fondo, la sigo queriendo todavía más, a pesar de todos sus defectos. El amor decían que era ciego y ahora, por fin, lo comprendo.

Las jornadas van pasando y tampoco es que haya relación entre ella y aquél. Nos miramos ya sin miedo, con las cosas claras entre los dos, con el complejo superado más horrible que separa a hombre y mujer, con la experiencia, ella misma, que nos ha vuelto a unir como más amigos. El secreto que llevamos entre los dos me enorgullece, porque si muchos supieran, hasta aquel muñeco... Pero qué triste que el asunto de amor meramente quede así, sin besos ni caricias. Conformarme debo, para evitar el mayor desgarró de mi garganta. Los días van pasando, sin aminorarse mis impulsos de forma más rápida. Voy a sufrir tanto, durante un largo periodo, como la intensidad de mi amor. El tiempo por fin volverá a matar el instinto y la obsesión. Isabel será un día un recuerdo vacío de toda sensación. Solamente me quedará la fotografía, el argumento de meros datos. Así es esta mi vida, horrible en los amores. No sabéis lo que os perdéis las mujeres, tontas. En el fondo, solo buscan la estúpida seguridad del dominio, en este mundo cada vez más invertido. De un extremo hacia el otro. Nunca aplicamos, después de la crítica, la reconstrucción, sino la venganza que proviene de la vergüenza. Qué rabia animal siento.

...

A:

Cuando llama al timbre, como la puerta es una gran cristalera, él la ve girar, de repente, la cabeza hacia un lado. A ella le da miedo mirarlo fijamente. Eso quiere decir que su primer impulso es el de verlo, el de contemplar lo que parece aún querer. Como así parece, él puede ver entonces el último gesto de la acción: la faz girando en el preciso instante.

El impulso, al ser tan fuerte, obliga a las reacciones irracionales. Ese es el mejor símbolo del amor. Pensando al revés, puede que meramente gire su rostro para evitar verse frente a la vergüenza, incluso a lo que ya le molesta. La timidez puede ser mayor en ella. También puede querer evitarle mayores desilusiones. Si no pensamos más de una vez al revés, es que somos unos cobardes, que nunca arriesgamos nada por nadie, o también puede que seamos demasiado ingenuos. Si por la mayor de las pasiones no realizamos el mínimo alarde de valentía, ¡qué haremos por los que sufren! En estos tiempos, en que todo está perfectamente calibrado para conseguir los mayores objetivos, el amor ha vuelto a retroceder desde el inicio de la humanidad. A pesar de la democracia y de la libertad individual, el enamorado, al estilo Romeo o Sorel, solo funciona tras la pantalla o el escenario, pero no en la vida real. ¡Qué mundo más cobarde el nuestro, que encima pretende alzarse con el triunfo total de la verdad! Ahí Andrés ha vuelto a errar, para caer de nuevo bajo las fauces de la cobarde araña, que solo espera el movimiento pendular de su tela para nunca atacar de frente.

Tampoco es que en el amor debamos, el primer día, echarnos sobre el cuerpo de la amada. Lo divertido también de esta pasión es el juego que va cortando, poco a poco, la timidez hasta alcanzar el objetivo. La referencia anterior va por otro camino, como comprenderéis vosotros, los hombres y mujeres inteligentes de hoy. En Andrés, sin embargo, llega un momento en el que se hace infranqueable el paso. Llegado el instante de la declaración, ésta se le hace esperar por la enfermiza timidez, y es entonces que tiene que echar mano del alboroto en el día menos indicado. Los celos son los que originan el desenlace, por lo que la carta de amor se le dirige, ya tarde, a la bella mujer. A ésta parece no gustarle tal comportamiento. En otros tiempos, sería la culminación. Tras poner celoso al hombre, la mujer se sentiría “*halagada*” en el máximo de su orgullo. Por fin habría conseguido

que la ferocidad del hombre se postrase ante sus pies. Él, loco, totalmente apasionado, perdido y esclavo su porvenir por todo lo que a ella, en ese momento, se le ocurriese mejor decir. La luna y las estrellas yacerían a su lado al leer la carta por la noche. La respuesta, al siguiente día, sería el del beneplácito por medio de un escondido beso. Hoy no, ese comportamiento más bien origina el efecto contrario. El orgullo de la mujer se vuelve borde; cree ella que el hombre solo ha reaccionado por los estúpidos celos. «*¡Qué se habrá creído! Ahora yo domino, sé lo que quiero y haré lo que se me antoje.*» Es cuando entonces la elección del novio se convierte en el error de su vida y por el que tendrán que serse infiel durante toda su vida. El aburrimiento pronto la abrumará, «*pero ella se lo ha buscado*». Y todo, por considerar a los celos por sí mismos y no como un efecto. Ciertamente, Andrés tiene el cerebro encharcado por leer demasiados dramas y novelas antiguas.

De todas maneras, desde que Andrés recibió ese horrible “no” por respuesta, la contención que la experiencia de su edad le regalaba, consiguió evitarle la desesperación. Sufrió en silencio días y días, pero más que el odio y la venganza, que en alguna ocasión sí que aparecían ante él y frente a ella, fue la serenidad la que le dio los mejores triunfos. Por esa época estaba enfrascado en la lectura de *Guerra y Paz* de Tolstoi. La imaginación, en semejantes seres como los de Andrés, encuentran consuelo en la comparación y en la asociación. Así, frases de ese libro, que forman párrafos como los siguientes, consiguieron engañarle en el entretiem po posterior al desengaño:

- Sí, me han criticado, y no poco, por la guerra y por la paz... Pero todo llega a su tiempo. *Tout vient à point à qui sait attendre* (“Todo llega oportunamente a quien sabe esperar”). Y, sin embargo, allí no había menos consejeros que aquí -y continuó,

volviendo a un tema que evidentemente le preocupaba-. ¡Oh, los consejeros, los consejeros! Si hubiéramos escuchado a todos allá en Turquía, no habríamos logrado la paz ni habríamos terminado la guerra. Se quiere hacer todo de prisa y la prisa se convierte en lentitud. Si no hubiese muerto Kámenski, estaría perdido. Asaltaba las fortalezas con treinta mil hombres. Conquistar una fortaleza no es difícil: lo difícil es ganar la campaña, y para eso no es preciso ni asaltar ni atacar; lo único que se necesita es *paciencia y tiempo*. Kámenski condujo a los soldados contra Ruschuk; y yo, sólo con tiempo y paciencia, he conquistado más fortalezas que él y he obligado a los turcos a comer carne de caballo.

Sacudió la cabeza.

- Y créeme, a los franceses les ocurrirá lo mismo -dijo Kutúzov, cada vez más animado golpeándose el pecho-. Les obligaré a comer carne de caballo.

De nuevo sus ojos brillaron con las lágrimas.

- Pero habrá que aceptar batalla, ¿no? -dijo el príncipe Andrei.

- Sí, será necesario si lo quieren todos. No habrá otro remedio... Créeme, querido: no hay nadie más fuerte que estos dos guerreros: *la paciencia y el tiempo*. Ellos lo harán todo. Pero los consejeros *n'entendent pas de cette oreille-là, voilà le mal* ("no quieren saber nada de eso: ahí está el mal"). Unos quieren una cosa y otros no la quieren. ¿Qué se puede hacer? -preguntó, pareciendo esperar una respuesta-. ¿Qué harías tú? -repitió, y sus ojos brillaron con una profunda expresión inteligente-. Yo te lo diré -añadió, porque el príncipe Andrei no decía nada-. Te lo diré lo que hay que hacer y lo que hago. *Dans la doute, mon cher, abstiens-toi* ("En la duda, amigo mío, abstente").

...

Kutúzov se volvió al oír estas palabras. Escuchaba el informe del general, que versaba sobre la crítica de las posiciones de Tsärevo-Záimische, igual que había escuchado a Denísov, como atendiera siete años atrás las decisiones del Consejo Superior de Guerra en vísperas de Austerlitz. Escuchaba por la sencilla razón de que tenía oídos y porque, a pesar del algodón que le taponaba uno, no podía por menos de oír; pero resultaba evidente que nada de cuanto pudiera exponer el general de servicio podía sorprenderle o interesarle, puesto que ya conocía todo lo que iba a decirle. No atendía sino porque no podía hacer otra cosa, como no podía evitar asistir a un *tedéum* en acción de gracias.

Cuanto había dicho Denísov era justo y sensato; cuanto ahora decía el general de servicio era aún más justo y sensato; pero evidentemente Kutúzov despreciaba los conocimientos y la inteligencia y sabía que algún otro factor iba a decidir el éxito de la campaña: algo muy distinto de la inteligencia y el saber. ... Desde luego, Kutúzov despreciaba la inteligencia, el saber y aun el sentimiento patriótico expresado por Denísov; pero los despreciaba no considerando su propia inteligencia, no por poner por encima el saber propio y el propio sentimiento (ya que ni siquiera intentaba expresarlos), sino por un motivo distinto. Los despreciaba desde la altura de su ancianidad y de su experiencia de la vida.

A esta edad de su experiencia, Andrés se creyó el mismo general ruso que venció a Napoleón. En fin... Esa visión le hizo augurar esperanzas. Él

es valiente, violento en muchas de sus acciones y comentarios, irreflexivo, cae en el mismo error continuamente, y así, delante de las mujeres de hoy, eso produce ridículo, no gracia como antiguamente. El amor pisa actualmente los terrenos de la razón, del método preparado, del engaño inaudito para lograr la presa. Si la honradez no supone la base del amor, se está traicionando su propio sustento: la misma pareja será la más engañada, de ahí hoy tanta incomunicación. Si la relación no existe, ¿para qué ser fiel? Sólo vivir por la razón del placer. Andrés, en cambio, pecaba por la total falta de método racional. Se debe ser sincero en el verdadero amor, espontáneo, pero un poco de finura tampoco le hubiera ido mal. De todas formas, Andrés estaba contento a las dos semanas del fiasco, porque aún consideraba posible el amor de Isabel. Y desde este bando, del de la mujer, las cosas tampoco estaban muy claras. Isabel vuelve a ver al Andrés del pasado, en muchas más ocasiones que durante el último mes. Ella también ha reflexionado, parece no ser tan mujer de hoy, y las líneas escritas asimismo están causando efecto a posteriori. Tras la tempestad, las aguas se están remansando y sus diferentes niveles de densidad se están adecuando a la verdadera realidad.

...

C:

La playa es plana porque la calma de los pensamientos de unos enamorados hace posible una segunda oportunidad. Veremos qué pasa. Lo cierto es que durante estas dos últimas semanas Andrés está fascinantemente comedido. Su tendencia natural a la finura y a la lógica adjetivación está alcanzando unos matices artísticos envidiables, pero en

absoluto propician el verdadero sentido del pecado capital. El piropo en él es dulce, preciso y adecuado a la realidad de las circunstancias. No viene porque sí o en mal momento; alejado de su sentido estúpido, y hasta obsceno, la primavera florece por donde pisa. La loa acaricia a las mujeres del lugar. Los hombres son envueltos también en el respeto y en el realce. Ya no le importan los competidores. Tras la dura y desesperada batalla, ha comprendido, que si ella no puede ser, es por diversos y diferentes motivos, ya que muchos de ellos yacen en él mismo, y entre unos superables y entre otros insuperables, el resultado lógico se ha de respetar. Cuando el león ha sido herido mortalmente, pero comprende el motivo por el que le han alcanzado, la entrada en el nuevo mundo se hace comprensible. Él no puede exigir nada. Parte de la culpa está en su propio pasado: pero ello no es óbice para llorar y echar todas las culpas a las circunstancias. Otra parte de la culpa está en ese genio que cuesta de acomodar, de mesurar. ¿Por qué en los momentos claves no se comporta como cuando adula, maravillosamente, a sus congéneres? Todavía le falta aposentarse, aún tiene poca experiencia, a pesar de su edad.

Tras el último y definitivo golpe, el diente que quedaba por engranar se ha movido por fin. Alcanzada la maquinaria todas las posiciones precisas, Andrés va perfilando, cada vez más en el tiempo, el sentido de la discreción. La paciencia, que en él ha sido siempre una más de sus cualidades, por fin se ha convertido en la base de su personalidad. Ya no se amarga ni la mira incluso con odio: las bellas flores de la primavera son para contemplar. Ella cambia de expresión dulcemente, porque la admiración es aún más sincera de lo que siempre esperó de un hombre. Como el niño, al que se le antoja perseguir las palomas, los perritos y gatos, porque son ligeros igual que él, en ese primer su contacto, la mira a ella. Y la mirada de un niño, en esas circunstancias, en absoluto se hace molesta.



Al contrario, se hace desear que también la miren a una, o a uno, aparte de a las palomas, perros y gatos.

Por otro lado, el dulzor de Isabel continuaba para con él. «*Eso no quiere decir que no sigamos siendo amigos.*» Aquí realmente hay algo raro. ¿No será mejor, por ahora, que dejemos la historia, que tengamos paciencia, que sepamos esperar y que pasemos a describir algo intrínsecamente bello?

Por las noches de verano, cerca de la playa, sobre la balaustrada de una antigua y clásica torre, a la luz de cualquier luna, debajo de las brillantes estrellas, y acariciándonos suavemente las mejillas nuestra brisa marina, estamos de fiesta, en lo que antes daba por llamarse un güateque. La música mueve los árboles de manera diferente. Les concede el don del sentimiento que parece faltarles con el mero vientecillo. Jesse Belvin, Marino Marini o Doménico colaboran desinteresadamente en este movimiento de la vida. Las parejas que ya han sido agraciadas con el regalo de Cupido no parecen aún muy predispuestas al baile. Prefieren animarse antes con algo de bebida. A mí nada me incitaría más que la tranquilidad del amor, pero ese tema meramente lo empleo para la escritura. La caligrafía de los hechos de la vida sirve para llenarla de estética. No me atrevo a decir de arte, porque me llamarían presuntuoso, pero sepan que yo también tengo mis ideas y opiniones al respecto. No es necesario que se cruce un cometa, suelen ser catastrofistas, eso dicen, como aquél de la época de Napoleón, por ejemplo, ya que antes hablábamos de *Guerra y Paz*. Con una simple estrella fugaz, todo será más romántico y mucho más pacífico. El desgarró que se produce en mi corazón es parecido al de otros seres sinceros que han nacido, al parecer, para sufrir en esta vida. Pero aún en esto yo parezco ocupar el primer lugar, porque de aquellos, que yo creía

desgraciados, van situándose, poco a poco en esta vida, desde todos los puntos de vista. Los hay funcionarios, los habrá políticos y los habrá hasta honestos.

A veces creo que mi mejor pareja es la sombra que se desvanece desde mi pobre cabeza. Ella no me obliga a corresponderle por los favores prestados, y parece darse cuenta de que el sufrimiento es mutuo y hasta parecido. Entre ambos nació, hace tiempo, algo más que una simple amistad. Por las noches sabe guiar cierto tipo de música. De día lleva la conversación, en el trabajo, de manera digna, hasta humorística. Con las mujeres ya se ha acostumbrado a tratarlas de igual a igual, como hace con otros simples objetos que la naturaleza artificial del hombre ha creado. Sí, sus propios pensamientos son los únicos amigos. Con ellos se recrea, con ellos se consume y con ellos ha conseguido contenerse frente a las adversidades. El enfrentamiento, como solución, qué lejos ya está de él.

Cuando sirven las copas de champán, todos se lanzan voraces sobre ellas. Su cosquilleo va a comenzar pronto a burbujear los sentimientos. Tras el fino cristal, los chisporroteos son de nieve. Casi helado el magnífico líquido, nos propone un comienzo de nuevas ilusiones. Tras media hora de ligeros tragos y de ligeras conversaciones, banales, que no deben conducir a nada, nuestro querido hermano, sobre el que ya tenemos un aprecio casi religioso, vuelve a esperanzarse con la noche de San Juan. La verbena en los pueblos costeros de nuestro Mediterráneo anima las buenas intenciones. En los personajes mediocres, los éxitos se hacen hoy más fáciles, porque únicamente les guía el dinero: dicho claramente. En cambio, este Andrés nunca va a sacar rendimiento de sus ideas románticas. Actualmente, los románticos clásicos solo sirven para exponerse en los museos. Incluso les llaman enfermos, reprimidos sexuales. Estos especímenes son muy loados

y hasta deseados en las fiestas, en las cenas, pero nada más. En cualquier reunión llenan el vacío con sus generosas y bellas palabras. Pero a la hora de la verdad, ninguna se le acerca para darle la mano y un beso. Nadie quiere acariciarlo. Queda como la virgen en su altar de cristal, encerrado para ser meramente contemplado. En estos tiempos, la espontaneidad se paga muy duramente. Esta mujer de hoy qué poco ha evolucionado, pues tiene miedo que su consorte resulte más espectacular en cualquier conversación. Andrés, que solamente usa las ocurrencias para hacer reír, y que si alguien le gusta es porque merece más que nadie ocupar su lado derecho... La inteligencia la usa como juego, no como competición. Él tiene que imaginar; cuando la suerte le premie, de lo que menos hablará con su mujer será de tonterías. Será el momento de actuar y únicamente habrá tiempo para hacer. Nacerán niños, se criarán y educarán. Todo el tiempo será con su mujer el del amor. La práctica en esta vida solo puede trascender de esta manera. La muerte se anunciará de otra forma entonces. Espera morir de viejo, y si todos estos presupuestos consigue alcanzarlos, el cielo le llenará de estrellas.

Parece que el champán de esta verbena de San Juan, y el ambiente, se le han vuelto a subir a la cabeza.

...

C:

Después de San Juan, los caracteres de nuestros protagonistas han alcanzado un mayor nivel de sedimentación. Andrés ha conseguido despertarse definitivamente del sueño. Su Isabel es en realidad el único sueño. Flota aún en el aire la mentira del mismo. ¿Por qué siempre nos

debemos engañar con las ilusiones propias? Nuestro concepto de libertad es siempre una ilusión, una utopía que trasciende desde nuestro mismo egoísmo. ¿Por qué no levantamos valientemente la cabeza, de una vez por todas, y miramos fijamente a la fiera? Será entonces cuando ella empiece a dudar, y tras esa primera derrota, podremos aumentar considerablemente las posibilidades de salir indemnes de su posible ataque. ¿Por qué continuamos empeñándonos en los ideales que siempre conformamos a nuestra medida? ¿Cuántas estocadas deberán darnos? No es posible que la luna salga a nuestro antojo. Debemos aprender mucho todavía de la madre naturaleza. Puede que cierta solución esté en hacernos, de nuevo, parcialmente salvajes. Solo en plena pugna, y dentro del adecuado medio, se nos enseñará a convivir con él y no contra él. Nadar contra corriente lo suelen hacer los presuntuosos y los héroes de papel. La naturaleza que nos rodea nos impone ciertas condiciones. ¿Por qué entonces nos empeñamos en jugar a Dios? Los frágiles e inmaduros poetas, infantiles y amanerados, creen en esa estatua de la libertad que tiene vida propia y por sí misma. Se ríen sus creyentes de los incultos campesinos, cuando son éstos los que acaban, no por reír, sino por apenarse incluso de la ignorancia que los mató aquel año de hambre. Ciertas plantas pueden apaciguar la hambruna durante varias semanas, pero otras pueden matarte en treinta horrorosos minutos. Todo viene a buen cuento de que las circunstancias que nos hacen, al final felices, son las que provienen del conocimiento propio y ajeno. Isabel se fijó en la mente absurda de Andrés. Pero esa Isabel se llamaba Lucía y el desconocimiento se hizo literatura. Durante semanas y meses dieron arte a la idea, pero ella meramente dibuja buenos argumentos para engalanar las hojas de papel.

Pasado el tiempo, Andrés comprendió, tras el horrible sueño de su última noche, que por fin había dado con la solución. Qué lejos estaba de

hacerle feliz su Lucía. Ella era de otra naturaleza. Quedar tranquilo, después de comprender, fue su premio. A todo ello, le llamaban las mentes, exclusivamente racionalistas, razón. Pero esta razón era puramente matemática, y las mismas matemáticas nunca han querido que se las confunda con los sentimientos. Son muy lógicas y nada tienen que ver. Dejémoslas ser; ellas tienen también sus propios sentimientos. A la pobre ciencia exacta, siempre los ignorantes la han empleado para su único beneficio. Los hombres son matemática y pasión, y a esta premisa ella nunca ha objetado nada. «*No voy a meterme en terreno ajeno.*» El problema viene de los de siempre, los que intentan ganar tras el pretexto. Retomando cierto hilo del argumento, los poetas (*ciertos*) creen en la superioridad de su única idea (*no deben tener otra*) y arruinan el divertimento que nos dan también las ciencias físicas y naturales. Y con ese horror de la dictadura, de no se qué libertad, intentan truncar nuestro fatídico destino. Si yo no trabajo no me pagan. Si no tengo hambre no comería buenos manjares. Si lloviese cuando se me antojase, de seguro que arruinaría las mejores cosechas. Puede que la idea de libertad esté en el conocimiento mutuo, y cuanto más avancemos hacia ella, más nos sentiremos desinteresados por nuestros mezquinos deseos.

No sentir límites sería enajenarnos en el mal espacial que desde siempre ha aturcido a Andrés. Aquellas noches terribles, de fuertes fiebres, que le acercaban los techos de la habitación hasta sus narices y que le ahogaban definitivamente el ánimo... Poseer la máxima libertad sería incomprensible, nos decía nuestro gran Tolstoi. En este mundo es la necesidad la que nos marca ampliamente, continuaba diciéndonos. Y si estudiamos y dominamos la naturaleza hasta unos límites infinitos (a los que forzosamente para comprender, deberíamos, lo antes posible, precisar), llegaríamos al problema de ser nosotros mismos unos diosecillos a los que

nunca nos hemos podido dar vida propia como hombres y mujeres, pero que sí la habríamos sabido dar a ciertos posibles seres, de carácter más bien monstruoso, como nuestro querido Frankenstein. Semejante filosofía viene a cuento (*o venía*) sobre que Lucía era realmente el nombre de la musa Isabel. Lucía no se parecía en nada a Isabel, al ideal, pero Andrés era terco, enamorado a la primera, y lo que es lo mismo, ignorante. Ello no quiere decir que queramos matar el amor ingenuo e iniciático, y del que ni en la edad más madura podemos escapar. Sería afejar parte de la belleza. No hay que ser dogmáticos. Tampoco debemos, por la parte contraria del asunto, empeñarnos continuamente en la edificación de ilusorias moles que a nada nos van a conducir. Acabaríamos siendo el monumento al platonismo perpetuo, el oponente del amor de facto, del verdadero amor que debe continuar la especie. Terco técnicos y estúpidos artistas deben quedar fuera de nuestros horizontes. Aprendices de dictador y aventureros, por lo mismo, alejarse deben de nosotros. A conclusión de todo esto viene, por fin, que la libertad nuestra existe en la medida en que nos sepamos adaptar a las circunstancias. Y la frase magnífica ahora me ha venido para solución del temario (no hubiese venido antes para evitar vuestro martirio). Andrés comprendió por el profundo sueño, de la noche anterior, todo el problema que le acuciaba durante los últimos meses. Se le explicó, más no se le dio la solución, que esperaba como la más fácil. Lucía no podía ser suya porque Lucía era realmente una estúpida presuntuosa, una esnob que solo buscaba el dinero como última meta. Él no podía darle semejante conjetura. Lucía no es que quisiera un millonario, pero el sentido material de la vida era su única obsesión. La inteligencia, para ella, era asumir curso tras curso para la mera mejora técnica de su bienestar. El acceso a los mejores puestos era lo propiciado. La vocación no tenía nada que ver con el necesario porcentaje (*recordemos bien que estoy muy lejos de defender posturas*

*extremistas*). Lucía sí, se conformaba con un hombre como ella, presuntuoso, deseoso de la novedad, y sobre todo, de su conocimiento, para alardear con la última ropa y con el último chiste ocurrente. Es decir, buscaba un consorte estúpido. Y a su semejanza lo encontró en aquel *compañero* de trabajo.

El magnífico sueño (ver *Sueños y Realidad* en este mismo volumen) le enseñó que su ideal (Isabel) no se podría reflejar jamás en Lucía. La cruda realidad produce dolor por semejante disensión: la ruptura en el momento último de la historia. ¿Cómo aquella estúpida y frágil chica podía parecerse, en algo, al bello ideal de sus sueños más profundos? Él tenía muy dentro de sí, escondido en el último rincón de su mente, y que únicamente el sueño podía reflejarle, el ideal de su amor, el deseo verdadero. Pero esa preeminencia, ese acto inmanente, ese principio divino y origen de todas las cosas, sólo provenía de algo muy seguro y sincero. Y el acto seguro y sincero solo puede provenir de la experiencia, del aprendizaje, de la necesidad que mi *amigo* Tolstoi me enseñó en *Guerra y Paz* y en otras maravillosas obras suyas. El paraíso partía con la ventaja de la experiencia preconcebida, del conocimiento preestablecido en la propia esencia. Ese puede ser un regalo de Dios y ello no es ninguna presunción, vuelvo a repetirme. Los hombres, como tales seres, debemos aprender por ello mismo a posteriori. No podemos ser Dios, sino estaríamos estableciendo un planteamiento ilógico. Si acatamos entonces esta idea de partida, las cosas se pueden entender mejor y el azar nauseabundo huye despavorido, y prontamente, de nosotros. Los intelectuales se esconden tras la valla y nosotros todavía podemos tener esperanza porque el hombre sin ella no es tal. *¿Qué es?* Da igual la contestación porque el juego del acertijo, muy propio de los anteriores intelectuales y presuntuosos, hace años que no me interesa.

Y el sueño se hizo bello, porque al fin comprendió. La verdadera mujer se le apareció en su esencia, y fue tras el dolor inteligible, por el que le llegó, por fin, la felicidad. Se abrigó cuando nevó y besó cuando lo necesitó.

21/6/1998



**FIN DE**

***TIEMPOS MODERNOS***